

Los túneles

Bambina Barracuda



Capítulo 1

Los túneles

Una novela de Álvaro de Soto

© 2020 Safe Creative

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



safeCreative®

Los túneles

Parte 1

Los vientos

El tren se detuvo a pocos metros de la estación central con una hora de retraso y en un andén diferente al que debía llegar. Un tronco se hallaba engarzado en las vías; era un pedazo de madera enorme, viejísimo, oscuro, robusto como el hormigón. Uno de esos que no se puede retirar así como así; el viento brutal de la noche anterior lo había arrancado de cuajo y empotrado contra los raíles. Los pasajeros se apearon como pudieron; los niños saltaban divertidos sobre las piedras, con exageradas muestras de arrojo, y los jóvenes fornidos ayudaban a ancianos y madres a bajar, con mucho cuidado.

Esta historia comienza con Baltasar y César viendo cómo se vacía su vagón. Estaban los dos con resaca, y no es que tuvieran prisa por volver a casa. El primero le dijo al segundo: «qué palo, qué dolor de cabeza, ¡qué mierda, tío...!». Y el otro, César, siguió con los ojos cerrados. No dijo nada. No es que se hiciese el dormido, es que su silencio y su pasividad

subrayaban las palabras de su amigo, como si interpretase el guion que Baltasar le cantaba.

A los dos les dolía la cabeza y se sentían agotados, pero al mismo tiempo, por mucho que se quejase Baltasar, estaban llenos de vida, porque eran jóvenes y la noche había ido bien. Baltasar consiguió el número de una chica (incluso le metió la lengua y le tocó el culo). César, que era mucho más atractivo y carismático, siempre "pescaba". Pero aquella noche se lo había pasado bien escuchando música, haciendo nuevos amigos, bailando, sudando como si estuviera en la cancha de baloncesto. A él estos momentos de serenidad post-fiesta le parecían lo más cercano al cielo. También se sentía de esta manera tras las largas siestas de domingo y después de ver seis o siete episodios de cualquier serie.

Al bajar, caminaron hacia la estación con los demás pasajeros, todos ellos encogidos en sus abrigos. Parecían refugiados cruzando una frontera, y esa sensación agradó en cierta medida a César, que se sintió parte de una cadena humana, de un sufrido colectivo. Desayunaron en el bar de la estación; la gente iba y venía, todos ellos rápidos como flechas, teledirigidos a sus puestos de trabajo, a sus universidades. A donde fuera. Baltasar le preguntó cómo actuar con la chica de la noche anterior. Él contestó:

—No seas bobo, no le escribas. Esa era tía de una sola noche...

Su propia voz le pareció fría y cargada de un desagradable tinte machista. No entendió porque dijo eso, pero le supo mal ver la expresión decepcionada de su amigo: Baltasar no solía tener éxito con las mujeres, lo que le llevaba a ilusionarse con cualquiera que le hiciese caso.

Realmente creía que aquella chica no era para Baltasar, pero, al fin y al cabo, ¿quién era él para suponer nada?

Sin embargo, a pesar de la convicción de haberse equivocado, no dijo nada más al respecto. Le dolía reconocerlo, pero a veces disfrutaba haciendo sufrir a Baltasar. Era su manera de desquitarse. Quería a su amigo y apreciaba sus virtudes, que eran muchas, pero al mismo tiempo lo veía como un recipiente ideal para su puntual necesidad de atacar a alguien. Esta crueldad tan aguda era motivo de preocupación para César, que a veces se preguntaba si era un psicópata desalmado, o si tenía problemas de autocontrol, o de personalidad. Pero convivía en paz con esa sensación, porque la mayoría del tiempo era un gran amigo, y sabía que cuestionarse su salud mental era síntoma de su indudable cordura.

Además, Baltasar nunca se enfadaba, y cuando lo hacía, enseguida olvidaba el asunto y volvía a su estado de alegría natural. Esa era una de sus mayores cualidades, y, al mismo tiempo, una de las principales carencias de César.

Tatiana solía acabar su primera ronda de limpiezas a las once de la mañana. Entonces desayunaba con su amiga Ada, que trabajaba en una tienda de ropa cercana, y luego volvía al trabajo con el ánimo a tope y el cigarrillo fumado. Pero aquel día, su jefe le pidió que se quedase un poco más y esperase para salir a desayunar: una niña había llegado de urgencia con mucho dolor en el primer molar, y no paraba de llorar.

–Te necesito aquí. Ya sabes que no se me dan bien los niños. Creo que les asusto.

Agustín era ciertamente un inepto con los críos. Lo intentaba, pero había algo en su voz honda y grave que recordaba a los monstruos de las películas. A eso hay que sumarle que es difícil llevarse bien con ellos siendo dentista, ya que ejercen uno de los dolores más temidos en la infancia. Ella, por el contrario, si tenía buena mano con los pequeños, así que se quedó encantada. Además, estando de prácticas, poco margen tenía para negarse a nada.

Ya era tarde cuando acabó, así que no pudo ir a desayunar con su amiga... Para compensarle, le invitó a comer al mediodía. Fueron a una trattoria en el centro, a apenas dos calles de la clínica donde trabajaba Tatiana.

–Agustín es un dentista fantástico, y tiene buen corazón. Pero no hay nada que hacer... con los niños es un negado.

Tatiana pocas veces hablaba de algo que no estuviese relacionado con el trabajo o con el hecho de ser madre. Y como aún no era una higienista dental titulada y tampoco tenía hijos, se sentía un tanto frustrada. Lo disimulaba bien, porque todo el mundo la veía siempre alegre, sonriente, bien peinada y con los ojos vivaces. Pero solo había que mirarle las uñas mordisqueadas para ver que, a solas, su espíritu era muy diferente. Ada le escuchaba siempre con atención, pero pensaba que podía predecir cada una de sus palabras: a veces incluso jugaba a intuir cuáles serían sus próximas reflexiones. Y de vez en cuando acertaba.

De todos modos, Ada sentía cierta envidia de su amiga, ya que ella no tenía objetivos, y no había nada que le causase una emoción parecida a la que experimentaba Tatiana al hablar de higienes bucales, molares y caries. Como trabajaba en una tienda de ropa a tiempo parcial, a menudo fingía estar interesada por el mundo de la moda y el patronaje, y por momentos lograba engañarse a sí misma. Sin embargo, cada vez que entraba en la tienda por la mañana y escuchaba aquella odiosa música traqueteante *-untss, untss, untss...* sentía unas ganas terribles de prenderle fuego a toda la ropa que tuviese a mano. Además, no se llevaba bien con ninguno de sus compañeros, ya que, secretamente, sentía cierta aversión por los homosexuales que hablaban y se comportaban como mujercitas tontas.

–¿Y tú? ¿Qué te cuentas?

La voz de Tatiana sorprendió a una Ada imbuida en sus pensamientos. El tono de su voz molestó a Ada, que se sintió casi ofendida, sin saber por qué. Aquella pregunta era en cierto modo una manera de remover sus miserias y esparcirlas por la mesa para dejarlas a la vista de todos.

Ada le comentó que estaba bien, pero que últimamente lloraba por las noches. No le dijo que se sentía perdida y que no sabía qué hacer con su vida, sino que lo expresó como si las lágrimas le llegaran por la noche de forma automática, del mismo modo que la luna aparece al ponerse el sol.

–Es normal sentirse así a veces. No es fácil encontrarse a una misma. Muchas personas no lo consiguen jamás.

El hecho de que Tatiana diese por hecho que estaba “perdida” le resultó al mismo tiempo insultante y analgésico. Pero le hizo pensar que quizás su

amiga no era tan simple como pensaba, que la ignorante paleta tal vez fuese ella misma. Al fin y al cabo, Tatiana trabajaba en una clínica dental privada y ella llevaba dos años en una mierda de tienda de ropa, a tiempo parcial.

Como Baltasar no tenía ganas de volver a casa (y César tampoco, para ser sinceros) se metieron en un salón recreativo. Era un antro lúgubre con olor a lejía barata y pies, y estaba regentado por un matrimonio chino de lo más desagradable: él olía fatal y siempre estaba sudando, y ella solo sabía gritar «¡No *fumal!* ¡No *fumal!*», cada vez que Baltasar intentaba encenderse un cigarrillo de extranjos.

Allí se encontraban bien porque podían sentirse los desechos sociales que de tanto en tanto fantaseaban ser.

Baltasar le comentó algo curioso:

—Ah, por cierto, ¿a qué no sabes de qué me enteré el otro día? ¿Te acuerdas de David? ¿David Aragonés? Aquel tío tan alto, un año más pequeño que nosotros... ¡Pues se suicidó! Se metió no sé cuántas pastillas de algo y hala, *pal* otro barrio.

David Aragonés, aquel tío tan alto, un año más pequeño. César recuerda claramente el rostro de aquel chaval. Dientes pequeños, granos en la cara, pelo castaño, nariz picuda, la piel del color de la mantequilla. No es que fuesen amigos ni nada parecido, pero sí que tiene, por lo menos, una docena de recuerdos claros con él, a lo que hay que sumar otros tantos en los que la imagen es difusa y los hechos contradictorios. No sabía si tenía hermanos, ni qué estaba estudiando, o si trabajaba... pero enterarse de aquella manera de algo tan trascendental le dejó de piedra. Internamente se enfadó con su amigo por ser tan frío y cínico. Después de un rato le dijo a Baltasar que quería marcharse a casa.

Tatiana y Ada tomaron el café en una terraza cerca de la estación central. Un viento fresco corría por la calle, pero las calderas calentaban el aire cerca de las mesas. Ada se sintió de repente muy desgraciada, y solo tenía ganas de subirse al autobús con destino a casa y llorar en paz, como lo haría la protagonista de una novela inglesa.

La cotidianeidad de las palabras de Tatiana le dolía en el alma. Le obligaban a asentir y sonreír de tanto en tanto y a hacer algún que otro comentario más o menos perspicaz sobre sus opiniones. De hecho, el abrazo de despedida fue como volver a respirar tras unos larguísima minutos en el fondo de un lago.

A aquella hora del mediodía se respiraba un ambiente tranquilo en el centro de la ciudad. Las calles pobladas de repartidores, jubilados, parados, estudiantes y vagabundos presentaban un aspecto especialmente saludable, y todo el mundo parecía feliz. Ya en el autobús encontró asiento en el fondo. Su mirada se volvió vidriosa, y las lágrimas cayeron como un amargo telón. Se dio cuenta de que su llanto, sordo y exánime, era mucho más doloroso que el que se experimenta por pura rabia o por tristeza. Ella no lloraba mucho, pero conocía la esencia de la llorera, como cualquier chica de su edad. Pero en aquel vetusto autobús rumbo a casa la verdad se presentó ante ella de un modo sorpresivo y fulminante, como si una gota de lluvia cayese sobre su nariz: estaba

deprimida. Ya no valían excusas y razonamientos torpes para justificar el modo en que se sentía.

En ese instante, como llegado por designio divino, se sentó a su lado un chico joven, de aspecto saludable y simpático. Él sonrió, y no torció el gesto al comprobar sus ojos inundados de lágrimas. Por su mente (la de ella) pasó que quizás no se había dado cuenta, pero su tristeza habría sido más que obvia incluso para el menos observador. Su mirada era simple y llanamente campechana, rebosante de una simpatía capaz de arrasar cualquier atisbo de desánimo.

Lo primero que hizo el chico fue una pregunta absurda y adorable:

–Este asiento... ¿No estará ocupado, no?

Ada sonrió, se secó las lágrimas y negó con la cabeza.

Acto seguido, el chico hizo otro comentario acerca del frío, que finalmente había llegado a la ciudad tras un enero particularmente cálido. Luego habló de lo bien que se viajaba en autobús a esa hora, sin tanta gente, y dijo algo acerca de lo bien que lo había pasado en una fiesta. Era imposible callarle, y también lo era no dejarse arrastrar por aquel optimismo explosivo. Su voz tenía, además, un deje parsimonioso y al mismo tiempo vivaz. Fuere como fuere, Ada se sintió atraída, y antes de darse cuenta se encontraba mejor.

Él se presentó como Baltasar, y ella le dijo su nombre y, justo después, comenzaron a reír de forma incontrolable, durante unos largos y dulces instantes.

No fue hasta una semana después que César se dignó a contestar a Baltasar. Este llevaba tiempo mensajeándole que tenía que hablar con él, que debía contarle algo importante. Pero César creía que a Baltasar no hacía falta decirle que estaba ocupado o que tenía no sé qué por hacer con la familia. Bastaba con ignorarle. Y de nuevo, ese sentimiento de culpa que no era lo bastante intenso como para tratar a su amigo de un modo diferente.

Quedaron en un bar cerca de la playa. Había gente corriendo, y César se preguntaba de dónde narices sacaba la gente tanta voluntad como para hacer ejercicio un martes por la tarde, con el viento frío en la cara.

Baltasar, henchido de emoción, dijo:

–Tío, me he enamorado.

César, que le conocía bien, sabía que había algo diferente en aquella declaración. Además del teatrillo formado por la insistencia en quedar y en no decir nada por mensaje, estaba el brillo chispeante de sus ojos al decir aquellas palabras. Aún así, César se mostró un tanto abstraído:

–¿En serio? ¿Otra vez?

Baltasar se tomó con filosofía la incredulidad de su amigo, y pacientemente le explicó cómo había caído rendido ante los pies de una muchacha en el bus de camino a casa.

Desde el mismo instante que se conocieron hubo mucha química (según él) y enseguida se intercambiaron los teléfonos y ciertas impresiones sobre la vida en general. Ella, Ada, se dedicaba al mundo de la moda y esperaba abrir algún día su propio taller de patronaje, o tal vez una escuela de diseño. Era endiabladamente hermosa (de nuevo, según él) y

tenía cierto aire melancólico que le volvía loco. César le pidió ver una foto, y Baltasar se la enseñó encantado, orgulloso de la presa que se había agenciado: la foto mostraba el perfil de una chica de aspecto dulce, mirando el mar con cierto aire taciturno y, cómo decirlo, un tanto melodramático. Tenía el pelo negro y liso, la tez blanca, y unos enormes ojos castaños que centelleaban cara al sol. A César se le pasó por la cabeza, de forma lírica, que aquellos grandes ojos estaban de algún modo conectados secretamente con el sol y que podía conocer, por tanto, una realidad que a otros se escapaba. Tal vez, esa aura mohína y tristonera que le rodeaba se debía a que podía experimentar esa forma de vida que en realidad era más oscura y menos agradable. Y efectivamente, era una chica muy guapa, pero que eso podía ser cosa de la foto en concreto.

–Es mona... –dijo casi en un susurro.

–¿Mona? ¡Es un pibón!

Baltasar contó que llevaban una semana viéndose para comer juntos e ir al cine. Habían visto ya dos películas, una italiana y otra francesa, y que ambas cintas, que en otro tiempo le habrían resultado infumables, ahora le parecían auténticas obras de arte por el recuerdo de haberlas visto junto a ella.

–No sé, es que tiene algo que...

–¿Qué? ¿Qué tiene?

El tono de César parecía algo antipático, pero realmente quería saber qué sentía su amigo por aquella aspirante a diseñadora.

–Es que... ¡No lo sé!

Un día de aquellos tiempos inciertos, Ada paseaba junto a una amiga suya. Ilaria era una antigua compañera de la escuela, y no es que fueran muy amigas en aquel entonces. Sin embargo, las dos estudiaron filología inglesa en la misma facultad y compartieron algunos amigos, incluso varios ligues. A Ada le gustaba charlar con ella porque tenía un curioso optimismo disfrazado siempre de catastrofismo. Por ejemplo, decía cosas como: «últimamente me duele mucho el culo... ¡espero no tener nada raro!» Y justo después se echaba a reír y contaba otra cosa que no tenía nada que ver. A pesar de llevarse tan bien, nunca llegaron a intimar demasiado, así que Ada tenía la sensación de que ambas mantenían a flote su frágil amistad por temor a cerrar del todo la etapa universitaria. Aquel día, Ilaria le comentó que tenía novio, y que iban a vivir juntos. Cuando ella le preguntó si estaba saliendo con alguien, Ada, para su sorpresa, contestó que sí. Le habló del chico que había conocido en el autobús, de lo bien que le hacía sentir y lo mucho que se reía con él. Dijo algo así como que conseguía mantenerla en un constante «estado de tranquilidad».

Ilaria le dio la enhorabuena. Y añadió: «no es fácil encontrar hombres así, créeme.»

El hecho de que Ilaria le felicitase le hizo comprender dos cosas: en primer lugar, que Ilaria no le conocía en absoluto, porque resultaba obvio para cualquiera que sí la conociese que Ada no estaba enamorada de ese chico del autobús... Y eso fue lo segundo que comprendió. Que no estaba enamorada, y que posiblemente no lo estaría nunca. Y sintió una profunda

pena por ese chico, porque parecía digno del más honesto de los amores, pero también por ella misma.

Volvió a casa triste, pensando en Baltasar. Él le ayudaba a permanecer alejada de sus demonios, y no iba soltarse hasta estar segura de poder seguir por su cuenta. Fue consciente entonces de que su estado actual requería cierta dosis de egoísmo, e incluso crueldad.

Comenzaba a desvanecerse el invierno, por lo menos la parte más cruda, cuando la nueva pareja se encontró con César. Habían quedado los cuatro (César también llevaba a una chica) en la entrada del Museo Del Tranvía, que en aquellos días exponía una serie de vagones rusos previos a la revolución. Como hacía bueno, los cuatro acordaron dar un paseo por la avenida antes de sentarse a tomar algo. Se podría decir que el primer encuentro entre Ada y César fue más o menos frío. Baltasar los presentó emocionado, porque para él aquello era como mezclar lo mejor con lo mejor. Y de aquella mezcla no podía salir nada malo, obviamente. Al darse los dos besos ambos dijeron «encantado» y «encantada», y nada más. Luego César presentó a María, una chica rubia, alta y delgada, risueña, y podría decirse que bien vestida. Era una compañera de la Facultad de Psicología y habían hablado dos o tres veces; para César, más que suficiente para seducir a cualquier chica.

Durante el paseo, María mencionó lo mucho que le gustaban las viejas películas chinas, y Baltasar, emocionado, comenzó a soltar una interminable perorata sobre el cine de Zhang Shichuan. Así pues, de forma subconsciente, Baltasar y María ocuparon los puestos del frente y Ada y César se quedaron unos pasos atrás, siguiendo a sus parejas. Apenas se miraron y, cuando lo hicieron, ninguno manifestó más confianza o amabilidad que la que se muestra a un desconocido al cruzar una mirada de forma involuntaria.

En general, aquel encuentro transcurrió bien. No fue un evento extraordinario ni excitante, pero pasaron el rato, bebieron vino y dieron, ya caída la tarde, un nuevo paseo por la playa. Baltasar siguió hablando sin freno, como si hubiese pasado años secuestrado por una secta anti-palabras y ahora tuviese que recuperar el tiempo perdido. Más tarde le diría María a César, en la cama:

«Tu amigo Baltasar es majo, pero un poco pesado. No se calla ni debajo del agua... Y su novia, una sosa.»

César no dijo nada, pero nunca más volvió a llamar a María, y cuando se la cruzaba en la universidad apenas le miraba a la cara.

A principios de marzo César se despertó en mitad de la noche con unos espantosos dolores en el costado. Aquel intensísimo dolor le hizo llorar de desesperación y angustia. Si Baltasar, Ada o cualquier otro conocido hubiese estado presente en esos instantes, habría visto a un chico sin ápice de ese aire trascendental que se gastaba.

Afortunadamente, se encontraba en casa de sus padres, que era donde residía cuando no dormía con alguna chica o se quedaba en casa de Baltasar, que vivía en la parte occidental del distrito central, a apenas unas calles del distrito financiero. De camino al hospital, en la ambulancia, se dio por afortunado, porque habría sido una jugarreta del destino

permitir que algún ligue o el propio Baltasar le hubiesen visto retorcerse de dolor y pedir clemencia a dios y a los ángeles.

Se pasó tres días en el hospital tras la operación. Un cálculo renal del tamaño de una canica le había producido aquellos dolores tan extremos que debían ser, en palabras del propio César, un retazo de la propia muerte. Su madre durmió con él la primera noche, luego él insistió en que se fuera a casa a dormir y a cuidar de la familia, que él se encontraba perfectamente.

—De acuerdo, pero llámame si pasa cualquier cosa, que nos conocemos... César se preguntó qué podría pasar, y llegó a la conclusión de que en realidad su madre disfrutaba estando en el hospital porque así no tenía que lidiar con Virginia, su otra niña, una criatura de trece años que le estaba amargando la existencia.

Apareció Baltasar en el hospital la misma mañana en que le dieron el alta. Vino acompañado de Ada, y César, aunque se sentía débil, pálido y feo, agradeció la visita. Baltasar estaba radiante, más delgado, bien peinado y vestido con camisa y zapatos, algo que debía haber visto dos o tres veces en toda su vida. Ada le pareció muy diferente a la del otro día; en aquella insulsa estancia de hospital, bajo la luz chamuscada e incómoda, pudo ver una belleza natural exultante, orgullosa. Vestía tejanos negros y una chaqueta de cuero que desentonaba con su rostro virginal, y llevaba la melena negra suelta sobre sus hombros. Los ojos negros desprendían una extraña fuerza, como relucientes cañones de guerra apuntando a un objetivo lejano, pero a su alcance. Se acordó de aquella fotografía que le había enseñado Baltasar la primera vez que le habló de ella, y de la impresión que tuvo al ver que el reflejo del sol se dibujaba en sus ojos. Muchos años más tarde, César compartiría con Ada aquella primera impresión que le causó su mirada.

Intercambiaron un par de opiniones sobre lo doloroso del asunto ese del cálculo, y Ada dio un paso al frente y extrajo algo de su bolso:

—Te he traído un regalo...

Era un libro. Se titulaba *Frankenstein en Bagdad*, de un tal Ahmed Saadawi. En la portada anaranjada se veía la fotografía de un hombre árabe paseándose en bicicleta entre los escombros de un barrio iraquí.

—¿A qué es maja mi novia?

—Lo leí hace un tiempo y me encantó -dijo ella, un tanto avergonzada-. Por lo que me ha contado Baltasar de tus gustos, pensé que te gustaría. Como sé que estarás unos días un poco convaleciente...

César pensó en dos cosas: en primer lugar, hacía mucho que nadie le hacía un regalo pensando en que le podría gustar. Las chicas con las que salía le regalaban camisas que les gustaban a ellas, zapatos que les gustaban a ellas, fines de semana románticos en spas que les gustaban a ellas... En segundo lugar, en lo mucho que hacía que no leía un libro. César empezaba muchos libros, pero eran pocos los que terminaba, porque le aburrían o porque no le interesaban en absoluto. En la universidad, su método de estudio (y su inteligencia) le permitía aprobar exámenes leyendo únicamente escuetos y ligeros resúmenes que encontraba por internet.

–Muchas gracias. No tenías por qué.

Aquella mañana Baltasar invitó a desayunar a César y a Ada en una cafetería cercana al hospital. En aquella ocasión, sin otra chica de por medio, disfrutaron los tres de una charla amable y relajada. Quizás el cansancio (a César le habían operado unos días antes y Baltasar y Ada habían salido la noche anterior con unos amigos) o el día soleado reducían el encuentro a un tiempo compartido entre amigos, cómo debían ser todos los encuentros entre amigos, según César: simple disfrute del paso del tiempo con gente compatible y agradable. En un momento dado, Baltasar le preguntó a César por María, la chica del otro día, y César contó que aquello se había terminado. Ada dijo que era una pena, que parecía una chica muy agradable y guapa. Aquel comentario, contrapuesto con las palabras de María en la cama, le hizo sentir un miserable, y despertó en él un intenso sentimiento de ternura y amistad hacia Ada.

Ese fin de semana, Baltasar y Ada fueron a esquiar. Invitaron también a César y a otros amigos, pero finalmente fueron solos, algo que Ada agradeció enormemente. La presencia de los amigos de Baltasar y la buena relación que mantenía con todos le incomodaba, le hacía sentir una rata asocial y, en ocasiones, sentía que sus amigos hablaban mal de ella a sus espaldas. Una vez, un compañero de la Facultad de Biología de Baltasar y su novia estaban cuchicheando en la barra de un bar, frente a la caja, donde un camarero iba cobrando las tapas y los vinos. Ada se dirigía al lavabo cuando escuchó parte de lo que hablaban: entre el ruido de copas, la cháchara de bar y el trajín de los camareros, distinguió ciertas palabras, como «chica», «amiga», «boba», «tonterías» y «lerda», acompañadas todas de irritantes risitas por parte de ambos. Al volver del baño se despidió de Baltasar, le dijo que no se encontraba bien y que se iba a casa, que ya se verían al día siguiente. Se subió al bus y lloró como una tonta: en su cabeza ni siquiera entraba que aquellos dos no estuviesen hablando de ella. Nunca supo que en realidad hablaban de otra chica, la novia de alguno de los otros amigos de alguien que rondaba por allí. Pero es que Ada tenía el poder de identificarse con cualquier rumor que oyese a su alrededor. Si escuchaba a alguien decir que un amigo suyo era un tonto por x motivo, ella misma pensaba: «ahí va, yo una vez hice x, así que debo ser una tonta». Este modo de abrazar la negatividad le costaría más de un disgusto a lo largo de su vida.

De todos modos, aquel fin de semana estaba animada. Se sentía con ganas de aprender a esquiar y descender por las montañas a toda velocidad. Siempre pensó que aquel deporte se le daría bien, y así era. Tras unas pocas enseñanzas de Baltasar, bajó las pistas sin ningún problema, y descubrió que, además de dársele bien, disfrutaba del descenso en sí; el sol pálido, que impactaba contra la capa blanca que cubría la ladera para estallarle en la cara, el olor del aire frío, la vista de los picos lejanos, que permanecían inertes a pesar de la velocidad. Y bajando la montaña a toda velocidad se sentía maravillosamente sola, y pensaba con cierta arrogancia en las aburridas y molestas actividades que estarían celebrando sus seres queridos en la ciudad, en ese preciso instante: eran las diez de la mañana, así que su hermano Oscar estaría

tirado en la cama, pensando en si masturbarse ya o esperar a la tarde; su madre se encontraría de camino a la pescadería, pensando en si comprar dorada o lubina, o un poco de ambas; su padre estaría en el bar El Arroyo, leyendo todos los periódicos y convenciéndose cada vez más de que votar a la derecha era «la única opción sensata para el país»; César estaría tal vez en una terraza, o en su habitación, tomando café y leyendo las últimas páginas de *Frankenstein en Bagdad*.

La historia transcurría enteramente en la ciudad de Bagdad, y a César le resultó sumamente emocionante que, a punto de terminar la novela, los barrios de Kadhimiya, Karadah o Sadr City le resultasen familiares. Lo que antiguamente era una tórrida capital de guerra e islamismo radical se tornó en una urbe rica en cultura, con sunitas, chiitas, asirios y ortodoxos, con ladrones, abogados, periodistas, hoteleros, curas, modelos, ministros, mecánicos, poetas. Ante su mente se desplegaba un nuevo mundo, vastísimo y hondo, peligroso y elegante. No le avergonzaba admitir que la literatura había llegado tarde a su vida, porque se sentía extrañamente feliz y enamorado de aquellas páginas con olor a papel nuevo y al tacto de la portada naranja.

Su madre entró en la habitación, y se quedó de piedra al ver a su hijo tumbado de lado en la cama, con un libro sobre las sábanas:

—¿Tú? ¿Leyendo un sábado por la mañana?

Ella no preguntó nada más, pero César comenzó a relatarle el argumento, convencido de que podía transmitirle su emoción por aquella historia y la ciudad. Decía: «va de un hombre que recoge restos de cadáveres de la guerra y monta un cuerpo con ellos, y entonces el monstruo se despierta y va por ahí matando gente... Hay un periodista que lo investiga y una mujer que cree que ese Frankenstein es en realidad el espíritu de su hijo, que murió en la guerra contra Irán...»

Mientras César hablaba su madre se acercaba a él, absolutamente consternada. Como si ese fantasma de hijo muerto fuese el de César, que volvía a su habitación tras años desaparecido. Y es que ella, la madre, no recordaba cuando fue la última vez que su hijo le decía tantas palabras seguidas. Suficientes para no poderlas contar. Ese chico, a ojos de muchos mustio y seco, que contestaba siempre con «sí», «no», «ajá», o «bah», le explicaba ahora el argumento de aquella novela rara... sin que ella le preguntase. Le escuchó con muchísima atención sin entender nada de lo que decía, disfrutando del tono de su voz grave y hermosa, un tanto ajada por el tabaco, como de estrella del rock.

Le preguntó si se encontraba bien y le dio un sonoro beso en la mejilla. Le dijo que le quería, y el respondió: «yo también, mamá». Los dos se sintieron muy felices durante todo el fin de semana.

El fin del invierno trajo consigo cierta nota de desesperación para todos: para Baltasar significaba época de exámenes para los que no se sentía preparado, y para César, un tiempo de exámenes por los que no sentía el más mínimo interés. La primavera significó para Ada la extensión de su contrato: Agustín, el encargado, le dijo que le renovaban, con el mismo horario y sueldo, con una enorme sonrisa en el rostro, como si le estuviesen comunicando que le había tocado la lotería:

–¿Qué pasa? ¿No estás contenta? Creía que estabas a gusto aquí. Ella contestaba que sí con mucha vehemencia, interpretando a la perfección el rol de doncella asustada y agradecida. En realidad, no comprendía qué era lo que le mantenía tan pegada a aquel empleo. Su familia, sin ser rica, podía mantenerla sin gran esfuerzo mientras ella buscaba otra cosa o pensaba en hacer un máster o algo así. En casa sabían que andaba un poco perdida con eso del futuro, que no tenía claro que era lo que le gustaba. De hecho, su padre se lo había dicho en una ocasión, que hiciese lo que creyese mejor para ella, que no se preocupase de nada.

Se llevaba muy bien con su padre. Pero también con su madre y con su hermano. Con Oscar tenía una relación cercana, y aunque con la edad iban separándose siempre estaban disponibles el uno para el otro. Ada solía imaginar un futuro lleno de críos, los suyos y los de Oscar, jugando en un glorioso jardín lleno de balones, bicicletas, relojes acuáticos y una enorme piscina. Pensando en esto, un golpe de felicidad eléctrica sacudió su cuerpo y se muy sintió afortunada.

Con todo, el transcurrir de las semanas fue posicionando a todos en lugares cómodos; Baltasar aprobó los exámenes con facilidad y consiguió esa beca erasmus para estudiar en Alemania. César aprobó, también sin demasiadas complicaciones. Ada se encontraba un poco mejor en la tienda y, al mismo tiempo, por las tardes, estudiaba francés y un curso de marketing online: la rutina, que tanto le asustaba se había convertido de repente en el bote salvavidas al que aferrarse. Ir al trabajo y desayunar con Tatiana, como siempre, y luego comer en casa, estudiar, y quedar con Baltasar. Solían ir a tomar algo a los cafés del centro, ya que las tardes volvían a ser más largas, o daban largos paseos en bici por el paseo marítimo.

En una ocasión, tras los exámenes, Baltasar dijo:

–Estoy un poco preocupado... El curso que viene estaré en Alemania. No sé qué haré sin ti.

Estaban aquel día montados en sus bicicletas de paseo (Baltasar tenía otra para montaña), y Ada pedaleó fuerte para adelantarse unos metros. El viento silbaba en sus oídos con fuerza, como si el mar le contase sus secretos. Baltasar pedaleó para ponerse a su altura:

–Oye, ¡que te estoy hablando!

Ada sonrió y volvió a pedalear, esta vez levantando el trasero del sillín. Reía con travesura, y Baltasar la siguió encantado, satisfecho por ser capaz de superarla con facilidad y, al mismo tiempo, por haber logrado una novia tan guapa, capaz de moverse con esa gracia; llevaba un vestido rojo de verano, con pequeñas raquetas de tenis estampadas, y unas zapatillas Adidas blancas con los cordones rojos. Los que se cruzaban en su camino la miraban deslumbrados, descubriendo en sus hoyuelos y en el tono de su risa la esencia del verano que se acercaba. Otro hombre, más inseguro que Baltasar, se habría sentido intimidado por aquella belleza melancólica capaz de atraer la atención de cualquier hombre. Pero en su caso, era tal el convencimiento de que la vida tenía siempre un final feliz, que jamás sintió que la pudiera perder. Le gustaba

mirar la expresión de la gente al contemplarla, se sentía feliz y rebosante de orgullo.

Más tarde tomaron un helado en la arena, de cara al mar sereno. Las olas rompían pesadas posando una densa espuma blanca en la orilla. Una gaviota blancuzca estiraba las alas y se mantenía suspendida en el aire, como una estatua apoyada en un pedestal invisible. Baltasar, al terminar el helado, volvió al ataque:

—No sé cómo hacer... ¿Debo ir a Alemania o no?

Ada notó como un repentino espasmo en los hombros: era una sensación de desagrado un tanto familiar, como el rostro de un primo lejano visto muchos años después. Esa pregunta, esas palabras pronunciadas en aquel tono infantil y desesperado, la alejaron momentáneamente de la playa. Ella dijo que no debía pensárselo, que tenía que ir a Alemania y vivir aquella experiencia que, palabras suyas, «iba a convertirle en alguien mejor». Las palabras de Ada infundieron cierta seguridad en Baltasar. Hay quienes podrían haberle calificado de ingenuo o tontaina: todo el mundo sabía lo que se decía sobre los programas de intercambio, que eran asesinos de relaciones, creadores de cornudos. Baltasar, sin embargo, se tomó las palabras de Ada como un devoto cristiano recuerda los versículos y los salmos y, durante su estancia en Alemania, meses después, recordaría esa tarde, las olas tibias, la gaviota suspendida en el aire, el helado de stracciatella, el vestido rojo con las raquetitas.

A mediados de mayo, Baltasar, Ada, César y otros amigos de la infancia, varios de ellos con sus parejas, fueron a pasar un fin de semana un pueblo costero, a unas dos horas en coche de la ciudad. Habían alquilado una gran casa, una antigua lonja reconvertida a vivienda para grupos escolares o eventos empresariales, cosas por el estilo. Se trataba de una nave rectangular de tamaño considerable, pintada de blanco y con el techo de tejas de barro. En el interior había un buen montón de habitaciones (doce o trece) con literas, y otros tantos baños. También disponía de cocina y un amplio comedor. En los alrededores había una cancha de baloncesto, un gran jardín repleto de macetas con flores y delgadísimos arboles encorvados y pálidos, una gran barbacoa de piedra y una piscina de unos veinte metros. Lo mejor era que a apenas veinte pasos de la entrada principal se hallaba una cala pequeña y tranquila, como tallada a expensas del resto del mar. El día de la llegada consistió, principalmente, en muchos abrazos, palmadas en la espalda y declaraciones como: «¡vaya barba, tío!», «¡cómo has cambiado!», «¡hacía mucho que no te veía el hocico, macho, ¡itenemos que vernos más!», «¡mira, te presento a mi novia, se llama...!». Estas expresiones se dirigían principalmente a César, ya que casi nunca asistía a los *revival* que organizaban Baltasar y los demás, ya fuese una cena, una fiesta, una barbacoa... Los demás sabían que César era un tocanarices en ese aspecto. Nunca se dejaba ver y había que arrancarle las palabras a mordiscos. Algunos de ellos incluso le despreciaban en secreto, porque creían que su absentismo, que rayaba la mala educación, se basaba en un complejo de superioridad típico de los guapitos listillos como él. Pero por lo general, seguía siendo alguien muy querido, y aquel fin de semana

estuvo particularmente espléndido, hablador y risueño. Tanto es así que las novias de varios de los chicos afirmaron más tarde en sus habitaciones que aquel chico era más simpático de lo que se esperaban.

La primera noche bebieron vino y comieron carne de cerdo a la luz de la luna. El cercano rumor de las olas invisibles embriagó a todos mucho más que el alcohol, y la alegría fue una constante hasta que cayeron rendidos en los sacos de dormir, en los sofás del comedor o, en algún caso, en una hamaca colgada entre dos almendros. César se quedó sentado al borde de la piscina, con los pantalones remangados, fumando un cigarrillo que le había robado a un amigo. Miraba la luz que resplandecía desde el interior de la piscina, como si el agua estuviese hecha de una luminiscencia extravagante de azul eléctrico. En un momento dado, como si un rayo le atravesase el cuerpo, estiró la espalda y miró a los lados y hacia atrás, a la puerta que conectaba el jardín con el interior de la casa. Primero se quitó la camiseta, y luego los tejanos y los calzoncillos. En la hamaca, más allá, dormía un chico, el novio de una amiga de siempre, pero estaba rotundamente dormido y roncaba como un jabalí. Así, César sonrió una vez más y se tiró de cabeza al agua. Buceó unos instantes, lentamente. El agua le acariciaba los genitales, y se dio cuenta de que nunca antes había nadado desnudo. El placer, más sexual de lo que cabía esperar, le hizo salir del agua con una atenuada erección, lo que un amigo suyo llamaría, de forma graciosa, «bandera a media asta». Se miró en el reflejo de una de las ventanas y le gustó su cuerpo: delgado pero estilizado, y, por gracia de la luz de la piscina, que le daba de perfil, ligeramente musculado. Le apetecía muchísimo acostarse con una mujer... Masturbarse le parecía vulgar y de mal gusto. Sin embargo, antes de darse cuenta estaba de pie, con una mano apoyada en un árbol, y con la otra sacudiéndose lentamente el pene. En aquella parte del jardín no había ni un rastro de luz, por lo que aunque alguien hubiese mirado por una de las ventanas no habría visto nada.

Al final, justo antes de correrse, se mordió el labio y cerró los ojos. Y llegó a su mente el rostro de Ada y la curva de su cintura, sus labios húmedos, el cuello de aspecto suave y cálido.

Al acabar volvió a la piscina y se puso los pantalones. Agarró la camiseta y se fue a una de las habitaciones, la primera que encontró. No había nadie, así que se tumbó en una litera de arriba y, justo antes de caer rendido, sonrió aliviado.

Los chicos habían organizado una excursión por la desembocadura de un río que pasaba por allí. Decían que había caballos y que al final del trayecto comerían en un restaurante que daba paellas riquísimas y muy baratas. Solo había que tener cuidado con las víboras, porque de vez en cuando se podían encontrar y eran peligrosas. Todos habían llevado el calzado adecuado, porque estaban avisados, pero César lo había olvidado. Solo tenía los zapatos con los que había llegado y dos pares de chanclas. Dijo que no pasaba nada, que él iba en chanclas y a las víboras que les den. Esta bobada, que César no pronunció con intención provocadora, causó la admiración de varias de las chicas del grupo. Ada sonreía imaginándose a César peleando con una pequeña serpiente como si fuese

una boa o una anaconda, y le pareció una imagen tierna. Observando a las demás chicas pensó que eran unas bobas por dejarse impresionar de esa manera.

A pesar de la ocurrencia, uno de los chicos del grupo dijo que ni hablar, que era peligroso; él tenía un par de sobras y que, como los dos tenían casi el mismo número, se las dejaba.

Lo que muchos se empeñaron en llamar "expedición" fue poco más que un paseo por caminos de tierra hasta llegar a la desembocadura. Fue, eso sí, duro caminar durante dos horas sin una sola sombra en el camino. El aire no era excesivamente cálido, pero la resaca lo compensaba calentando el cuerpo desde dentro. Al llegar a la desembocadura, copada por una densa arboleda que apenas dejaba ver el agua del riachuelo reseco, poco les importó lo que se decía acerca de las víboras. Se sentaron a la sombra y comieron bocadillos y pistachos, y bebieron cerveza y jugaron a las cartas. Ada solo se dio cuenta de lo cansada que estaba al quedarse profundamente dormida. Al despertar se sintió desubicada, como si hubiese dormido muchas horas. Se frotó los ojos y vio a César: estaba sentado con las piernas estiradas, mordisqueando un pedazo de hierba. Tenía la mirada perdida en el mar, que se advertía tras los matorrales. Su pecho se inflaba y desinflaba con su respiración, y Ada sintió que su cuerpo se estremecía. No podía olerle, pero imaginaba una fragancia dulce y caliente en su cuello.

Cerró los ojos, y con la efervescencia en el pecho y en las piernas, siguió durmiendo un poco más.

Llegó el anochecer, el último momento para estar todos juntos antes de partir de nuevo a la ciudad y, mientras dos de los chicos preparaban las brasas con sobreactuada dedicación, los demás charlaban de trabajo o de estudios. La mayoría eran de la edad de Baltasar y César, es decir, dos años menores que Ada. Ella trató de esquivar cualquier escenario en el que pudiese ser preguntada acerca de sus estudios o sus planes de futuro, así que se paseaba entre conversaciones con una copa de vino en la mano y, cuando escuchaba las palabras «examen», «tesis», o «trabajo» se escurría como un ratón hacia otra parte.

Baltasar, César y otro chico jugaban con una pelota de fútbol medio deshinchada que había aparecido de la nada, así que se acercó a ellos con el ánimo arriba y ganas de jugar. Ella hizo equipo con el otro chico, y Baltasar y César se la pasaban entre risas, esquivando los torpes intentos de Ada de arrebatárselo el balón. En estas, derramó casi todo el vino sobre el bañador de César.

—Ay, lo siento mucho...

A César le sorprendió el tono fresco de su voz.

—No es nada, tranqui.

César se adentró en la casa para cambiarse, y volvió con un bañador naranja que le daba a sus piernas fibrosas un tono más bronceado. Siguieron jugando, esta vez más relajados, hasta que fue la hora de comer.

La noche fue agradable, pero menos "mágica" que la anterior; el sonido de las olas había perdido parte de su armonía, el olor a salitre podía

incluso resultar molesto y, con el cielo en parte nublado, el mapa estelar no parecía gran cosa. A pesar de que todos pensaban en la velada del sábado como la noche grande del fin de semana, resultó que lo mejor del evento había pasado el primer día y que, con los brazos cansados, este grupo de urbanitas intelectuales, ya habían tenido suficiente contacto con la naturaleza.

Comieron, bebieron y charlaron de películas y de viajes, fumaron hierba y se tumbaron sobre hamacas o sobre el césped para relajarse antes de ir a dormir.

César parecía el más afectado por el fin del embrujo vacacional; había recuperado el aire mohíno y alejado de la sociedad, la inconfundible mirada esquiva de los parias, el aparente desinterés por lo que sucedía a su alrededor. Era como si, de repente, esos amigos suyos de la infancia fuesen unos extraños. A Ada le pareció en parte triste, así que se acercó a él en un par de ocasiones, pero tampoco se mostró muy interesado en hablar con ella.

Todos acabaron por irse a la cama, más o menos al mismo tiempo. Ada y Baltasar se fueron a "su habitación", un enorme camarote con doce lechos repartidos en seis literas que tenían para ellos solos. Aunque las camas eran estrechas habían decidido dormir en una misma cama. Cuando Baltasar se quedó dormido (en unos dos o tres minutos) Ada se levantó y fue al baño. Se limpió los dientes una segunda vez; todo formaba parte de un teatrillo formado por sí misma para dar peso a la idea de la que pretendía auto convencerse: cuestión de azar. Después, con la boca fresca, caminó por un pasillo con el corazón en un puño, y se dirigió a una ventana que comunicaba con la piscina. El agua irradiaba una luz azul que parecía ocultar un tesoro celestial, o algo por el estilo. No había nadie. Acto seguido, con el corazón en un puño y sumamente excitada, se dirigió a la parte trasera de la casa, a la que se llegaba por un pasillo estrecho y oscuro que servía para llegar a un viejo parking en desuso. Observó por la ventana con suma atención. Se fijó en el árbol, en cualquier sombra que pudiese sacudirse en la oscuridad. En cualquier ruido.

Tras unos minutos de espera, alicaída y al mismo tiempo aliviada, volvió a la habitación. Aquella noche, César no iba a aparecer.

Las siguientes semanas transcurrieron de un modo sumamente veloz, como si una mano omnipotente hubiese acelerado el tiempo de un modo consciente. Los exámenes, las notas, los primeros días de playa, el tórrido sol que castigaba el asfalto.

Durante el verano, Ada y Baltasar viajaron a la montaña y también pasaron un fin de semana en Londres por el cumpleaños de Baltasar. Aquel sería el verano más "feliz" en la vida de Ada, como recordaría años después, pero carente de emociones que hiciesen retumbar su corazón. De hecho, fue en aquellos días de agosto, en un encantador hotel de montaña, cuando descubrió que era una mujer decidida a autodestruirse. Podría decirse que aquello era una simple visión de juventud, una sumamente egocéntrica e ingenua, pero se convenció tanto que decidió esforzarse para encontrar la felicidad verdadera con Baltasar, y se convenció de que tal felicidad existía solo en el equilibrio emocional. Es

decir, que no se podía ser verdaderamente feliz siendo, en pensamientos suyos, *demasiado* feliz. Fue tal el impacto que produjo en ella esa decisión que acabaría por relacionarla con todo. Incluso dejó de consumir de forma habitual todo aquello que le gustaba *demasiado* y que llevaba tiempo formando parte de su vida, como el yogur de vainilla, los viejos episodios de Friends o los libros ya leídos de Eduardo Mendoza. Como si fuesen todos estos elementos malignos que perjudicasen su estado mental.

En la pizzería Secondigliano el tiempo también pasaba deprisa. Al estar situada en la zona más transitada del paseo marítimo había un constante tráfico de clientes, la mayoría de ellos turistas, que entraban en el restaurante seducidos, principalmente, por la modestia del local.

César, aunque trabajaba de camarero, pasaba cada día una o dos horas frente al local, convenciendo a los turistas para que entrasen a comer. Iba al baño, se pasaba un poco de agua por el pelo y practicaba su sonrisa durante unos instantes antes de salir. Aquello le gustaba. Se le daban especialmente bien las mujeres jóvenes y las mayores, pero también tenía mano con los hombres bien vestidos con aspecto de galanes, que veían en César a un socio, un prototipo de igual.

Además, se lo pasaba muy bien allí. Todos sus compañeros, incluido Mario, su jefe, eran napolitanos de pura cepa y le encantaba escuchar como hablaban y los gestos con los que se echaban en cara no haber hecho esto o sí haber hecho lo otro. Era sumamente gracioso. Incluso aprendió bastante del dialecto napolitano, incluidas expresiones que, a modo de alardeo cosmopolita, utilizaría de vez en cuando en el futuro. Los napolitanos no dicen *ciao* para saludarse, sino *ué*, y eso a César le hacía muchísima gracia: cada mañana, cuando llegaba al restaurante, gritaba «*ué!*», y todos se partían de risa. Además de Mario, quien decía ser un afamado *pizzaiolo* en Nápoles, César trabajaba con otras cinco personas, entre las que había una chica llamada Nicoletta. Tenía diecinueve años y era prima segunda de Mario. Era buena camarera, aunque un poco despistada para los números; cuando le pedían dos cervezas y tres aguas ella regresaba con cuatro aguas y un vino tinto, o cuando le decían “¿Puede traer dos arancinis más?” ella volvía con una bandeja con cuatro o cinco arancinis y una enorme sonrisa en el rostro. Cosas por el estilo. Los clientes respondían casi siempre bien ante los despistes de la chica, con comprensión y simpatía, pero de vez en cuando los había que se enfurruñaban y se quejaban entre dientes. Fue ahí cuando César quedó prendado, porque Nicoletta, indiferente a los comentarios que estos ceñudos clientes soltaban de vez en cuando, seguía siempre sonriente, hablando con sumo respeto y dulzura.

Físicamente le recordaba mucho a cierta persona, aunque siempre que lo pensaba sacudía esos pensamientos y volvía a lo suyo.

A veces salían a tomar algo juntos, fumaban hierba y acababan acostándose en el piso de ella, que compartía con su primo Mario y otra chica que también trabajaba en el restaurante.

Así estuvieron los dos durante todo el verano: trabajaban, salían, follaban y dormían. A veces desayunaban juntos en una cafetería cerca del Secondigliano, pero lo que jamás hacían era hacer planes que consistiesen

en quedar en otro sitio lejos del local. Aquello era cosa del verano y de la experiencia de Nicoletta en la ciudad. Para su edad, era una chica bastante madura y aceptaba con naturalidad los términos establecidos, de forma automática, por el comportamiento pasota de César.

El último día de César en el Secondigliano estuvo velado por la tenue negrura que caracteriza el final de los veranos. Fue un doce de septiembre y el restaurante cerraba hasta la próxima temporada. El resto del año era un fumadero libanés. Se despidió de sus compañeros quienes, a excepción de Mario, que vivía en la ciudad, regresarían a Nápoles en unos días. Todos abrazaron a César con una efusividad un tanto exagerada, a su parecer, pero sus lágrimas y su emoción parecían genuinas.

César experimentó cierta ansiedad en los días siguientes, aunque se recuperó por completo al ver su cuenta bancaria. Había ahorrado lo suficiente para no dar un palo al agua durante el resto del año.

El comienzo de una nueva estación supuso para Ada un cúmulo de sensaciones contrapuestas: por una parte, le dolía la marcha de Baltasar a Alemania. A partir de ahora a sus días le sobrarían horas, y debería hallar una nueva "distracción". Sin embargo se sentía llena de fuerzas, con suficiente energía para afrontar nuevos desafíos que, en realidad, no podría vivir con Baltasar. Así pues, del mismo modo que sentía lo prolongada que iba a ser la ausencia de Baltasar, no estaba segura de hasta qué punto le echaría de menos o no.

A César le sucedía lo contrario: sentía pena por la marcha de su amigo, y también cierta envidia, pues sabía que, cuando volviesen a verse, Baltasar sería un hombre más completo que él, sensación que jamás antes había tenido al pensar en Baltasar. De todos modos, se sentía feliz por él, y esa alegría por lo ajeno le alivió y le llenó de orgullo.

Retomar la universidad, si bien era el último año, se antojaba una epopeya complicadísima y, al contrario que Ada, él no se sentía lleno de fuerzas. Los meses de trabajo en verano le habían dejado baldado mentalmente, y la sensación de necesitar unas vacaciones ya a finales de septiembre le causaba un hastío considerable.

Un sábado salió con Mario a tomar unas copas. Su ex jefe le había llamado a media tarde porque se aburría, y aunque no tenía ganas de salir acabó por aceptar su propuesta. Mario era mucho mayor que César, pero contaba con un espíritu juvenil que, si a muchos resultaba penoso, a César le parecía encantador. Siempre decía tonterías y gesticulaba como un payaso, además de su voz, que era demasiado aguda para su género y edad. Pero también tenía una mente perspicaz, y era buen orador.

Tomaron algo en los bares cerca de la playa, y luego fueron a bailar a una discoteca. Mario se dejó llevar su propia inercia y dio rienda suelta a lo que él llamaba el «encanto napolitano», que según él era mucho más irresistible que el italiano. César bebía y reía mirando a su amigo, pero se prometió a sí mismo que era la última vez que salía con él. Debía aprovechar la ausencia de Baltasar para hacer cosas diferentes, establecer nuevas amistades y encontrar otros hobbies. No se sentía bien replicando viejos patrones con un simple sustituto de su amigo de toda la vida.

Fue al lavabo y se encendió un pitillo frente al espejo. Aún tenía veintidós años, pero le hizo gracia observar el nacimiento de una finísima cana en su sien. «Será por el trabajo...», pensó, y rio solo, como un lunático. De toda su indudable y afianzada belleza, lo que más gustaba a César eran su nariz y su frente, que tenía, según su madre, «la forma y anchura ideales», como si se tratase de un nuevo mueble para el comedor.

Escuchó como varias personas esnifaban y cuchicheaban en uno de los váteres. Al poco tiempo se abrió la puerta, y aparecieron dos chicos, más jóvenes que él, que vestían pantalones excesivamente apretados. Uno de ellos le miró a través del espejo con el gesto torcido.

–Hey, aquí no se puede fumar...

César comenzó a reír. Le pareció haber dado de bruces con una reflexión social de lo más interesante, y corrió a contársela a Mario.

Le buscó por donde habían estado antes, pero no dio con él. Tras serpentear entre jóvenes sedientos y ánimos enardecidos, se topó de bruces con su amigo y una chica: estaban los dos agarrándose como si no pudiesen respirar sin palpar con sus manos las nalgas del otro. Se besaban con un frenesí propio de inmaduros objetos sexuales, como si tratasen de alcanzar los pulmones del "interlocutor" con la lengua. Era una imagen obscena, pero también graciosa, porque la chica era feísima, aunque tenía un buen trasero. Recordó lo que le había dicho Mario un par de horas antes:

«In tempo di guerra, ogni bucco è trincea»

Y luego reía como un mono y daba sorbos a su copa de ron.

Tras presenciar aquel escenario decidió marcharse.

Eran las seis de la mañana cuando llegó a casa. Acelerada, sentía que una fuente de energía inagotable estallaba en el interior de su pecho y no le dejaba respirar. Cerraba los puños y resistía las ganas de gritar y ponerse a saltar de alegría. Sin embargo, cualquiera que viese su rostro –nadie lo veía; estaban todos durmiendo– hubiese pensado que Ada estaba siendo azotada por una inmensa desdicha. Mantenía un rictus serio, pálido, vacío. Era como si hubiese visto un fantasma.

Se tumbó en la cama, a oscuras, sabiendo que no podría dormir por mucho que cerrase los ojos y pensase en ovejitas.

En ese instante, César se sentía fresco como un pescado. Esa conclusión se debía a que se encontraba paseando por la playa, muy cerca de dónde rompían las olas. Llevaba las botas en la mano, con los calcetines dentro.

El mar era un pozo negro sin fondo ni grietas, pero donde las olas morían una espuma blanca y efervescente le acariciaba los dedos de los pies.

Ahora el sol emergía con una lenta y perezosa procesión en el horizonte.

Observando el astro, César pensó al instante en lo larga que era la vida, y todo el tiempo que tenía para hacer y deshacer a su antojo.

El aire entraba en sus pulmones con más facilidad que de costumbre, y el olor del mar... el olor del mar le recordó que pertenecía a esta ciudad y que los recuerdos que llevaba en su cabeza eran reales.

Se sentó en la arena, y cerró los ojos para dibujar en su mente un fiel retrato de los eventos: la discoteca, el baño, los chavales que esnifaban coca y su «hey, aquí no se puede fumar...», la forma de su frente perfecta

en el espejo, Mario, la chica fea, los pegotes alcohólicos del suelo pegándose a sus pies. La canción que sonaba cuando decidió irse rezaba un mensaje: *I'm feelin' rough I'm feelin' raw I'm in the prime of my life / Let's make some music make some money find some models for wives...* Entonces apareció, entre los cuerpos que se desplazaban sin rumbo, la imagen de ella. Como si se escondiese tras los barrotes de una prisión maldita, su rostro parecía esfumarse y reaparecer cada poco tiempo, como un espectro. Entonces entendió César que Ada estaba charlando con otra chica, y que en cuanto le vio, su rostro se iluminó, y ella le saludó en la distancia con una enorme sonrisa azul que le deslumbró. Su sonrisa era azul, igual que su piel, su pelo, su ropa, igual que el aire que les separaba y los cuerpos que había en medio. Si se lo hubiesen preguntado, habría dicho que también la música era de un azul luminoso y vivo. Años después recordaría César la melodía de aquella canción, y también la letra, y de ella extraería conclusiones acerca de la noción de felicidad. Se dieron dos besos, y sonrieron antes de hablar. Ella dijo algo, pero él no logró oír sus palabras:

– ¡Digo que me alegra verte! – chilló ella en su oído, con demasiada fuerza. César dio un respingo, un tanto asustado, o quizás impresionado por el calor de su aliento. Ella se disculpó, entre avergonzada y divertida. Rieron los dos y siguieron charlando a grito pelado:

– ¡Qué haces aquí!

– ¡He venido con unas amigas! ¡Y tú!

– ¡He venido con un amigo! ¡Está por allí!

– ¡Qué bien!

– ¡Sí, pero yo ya me iba!

– ¡Y eso!

– ¡Es que estoy un poco cansado!

– ¡Qué!

– ¡Que estoy un poco cansado!

Cada vez que Ada acercaba su boca a su oído, él inclinaba levemente la cabeza hacia adelante y cerraba los ojos. Escuchar cómo se esforzaba para vocalizar con fuerza le resultaba enternecedor, y sumamente sexual al mismo tiempo. Era como si estuviese dando el máximo de su capacidad para complacerle.

– ¡Ya, yo también!

– ¡Qué!

– ¡Que yo también estoy cansada...!

César sonrió y se encogió de hombros. Señaló hacia la puerta de salida, y ambos se dirigieron allí. Lejos del epicentro musical, César se excusó:

– Es que no te entendía.

– Ya... es que no se oía nada. Te decía que yo también me iré en un rato. Estoy agotada.

– ¿Has venido con amigas?

– Sí, de la universidad. Aún salimos de vez en cuando.

– Como tiene que ser.

– Sí.

César le ofreció un cigarro, y ella, que no fumaba, aceptó con cierta picardía, como si con sus dedos estuviese agarrando un bien robado de mucho valor.

Salieron, y una bocanada de aire frío les sacudió. Ella tenía dentro la chaqueta, así que César le prestó el jersey que llevaba a la cintura. Fumaron en calma, apoyados en el murete blanco de la discoteca. Aquí y allá había parejitas pegándose el lote, o grupos de amigos bebiendo cerveza de tapadillo, escondidos tras los coches o los contenedores. Nadie reparó en ellos.

–Pues sí, con Baltasar hablo todos los días... –dijo ella.

–¿Y cómo está? Es que yo estoy un poco *out* –César se arrepintió enseguida de haber utilizado esa expresión tan snob.

–Ya, me ha dicho que casi no le mandas mensajes.

–Ya, es que... Yo soy así.

–Sí, es lo que dice él, pero no te preocupes –Ada rio y ido una pequeña y patosa calada a su cigarro–, Baltasar está muy bien.

–¿Sí?

–Dice que al principio le costó integrarse pero ya está haciendo amigos. Comparte piso con un francés y una tailandesa. Está contento.

–Él se llevaría bien con cualquiera.

–Sí.

Cuando acabaron el cigarro, encendieron otro. El estado de la gente iba siendo más y más penoso; los había que salían a trompicones del local, solos o ayudados por camaradas que iban más o menos igual de mal. Un pesado se acercó a ellos con demasiada simpatía, y César lo despachó con un gesto frío y serio, y el tipo, antes simpático, se transformó en un extraño ser, patoso y malhumorado:

«Oye, tú... ¿te crees mejor que yo? ¡Qué sabrás tú de mí, idiota...!»

Por suerte, uno de sus amigos iba bien sereno, se acercó, se disculpó ante César y Ada y se llevó a su amigo a rastras.

El ambiente iba volviéndose hostil o, como mínimo, incómodo, así que volvieron adentro a por la chaqueta de Ada. Ella se despidió de sus amigas, y César buscó a Mario para despedirse, pero no lo encontró.

Quizás estuviese en el baño con la chica.

Se dirigieron a pie hacia la estación central, ya que estaba a unos diez minutos. Allí cogería ella un tren de vuelta a casa, y César, aunque aseguró que tomaría otro tren, en realidad tenía pensado caminar en la noche hasta casa.

Al llegar a la estación, un trabajador con aires de tecnócrata les anunció con profesionalidad que había un problema en las vías. Agarraba un reloj de bolsillo plateado, y no podía pasar más de cuatro o cinco segundos sin comprobar que las agujas seguían moviéndose:

–Un tronco ha caído en una de las vías hace doce minutos. Así que se interrumpe el servicio.

–¿Un tronco? Pero si hoy no había nada de viento... –replicó Ada, extrañada.

El hombre se encogió de hombros y nos explicó, sin que nadie le preguntara, que el último tren había salido hacía diecisiete minutos y que

el siguiente, el que iba a ser el último de la jornada, tenía que salir en cuatro minutos, es decir, a la uno y cuarenta y ocho. A pesar de lo engorroso de tener un tronco en mitad de una vía, como coincidía con el último servicio, dejarían que ese tren saliese.

–Solo tienen ustedes que esperar un poco.

–Pues qué asco.

César no pronunció estas palabras para intimidar al hombre ni para manifestar su rechazo a la situación; buscaba convencerse a sí mismo de que eso era lo que deseaba: regresar a casa. Sin embargo, en cuanto supo del dichoso tronco sintió un vibrante y eléctrico pinchazo en el estómago.

–Lo lamento, pero qué quiere que le haga, joven... ¿A dónde se dirigen?

Ada y César explicaron donde vivían cada uno de ellos, y el trabajador, haciendo gala de un extraordinario conocimiento de las redes de transporte de la ciudad, ofreció diversas soluciones a los dos, todas ellas minuciosamente acompañadas de precisos horarios y trayectorias.

Así, aunque seguramente no era la opción más cómoda, decidieron caminar hacia el sur, en dirección a la playa. Allí debían coger el autobús 49, que llevaría a Ada directamente a casa y a César relativamente cerca. Desfilaron por una calle silenciosa, callados los dos, muy despacio. Parecía más un paseo que el recorrido determinado a un lugar en concreto. César la miraba de tanto en tanto, y descubría un perfil hermoso en el que no se había fijado. En la noche, sus rasgos parecían cambiar, era una mujer más fuerte, o quizás menos pensativa y agobiada por sus demonios.

Ada se hacía la despistada cuando César giraba la cabeza para observarla. Años después, Ada aún recordaría como en aquel momento se esforzaba por estirar el cuello para parecer más alta, y como se humedecía los labios, para que estos tuviesen un aspecto más carnoso y sensual.

Por eso le sorprendió lo que dijo César a continuación:

–Baltasar y yo somos amigos desde bebés, ¿lo sabías?

–Sí, ya me lo ha explicado.

–Mi padre y el suyo eran compañeros de trabajo, y al final nos criamos juntos. Siempre íbamos a una casa que mis padres tienen en la montaña. Una vez nos perdimos y tardaron horas en encontrarnos. Casi nos matan.

–También me lo ha contado. Y que tú le pegabas.

–¿Qué?

Ada se echó a reír, y se tapó la boca con los dedos finos y largos.

–Baltasar siempre me decía que cuando erais pequeños tú le pegabas para conseguir que te dejase sus juguetes.

A pesar de la ternura que esconden todas las historias de infancias felices, César sintió un ápice de vergüenza.

–Ya. Es que era un poco nervioso.

–Pues quién te ha visto y quién te ve.

Avanzaron por las calles sorprendentemente desiertas; algún taxi, dos o tres autobuses, repartidores en sus motillos renqueantes, paseándose arriba y abajo. Era como si, de un momento a otro, una pandemia hubiese mermado la voluntad de esta ciudad.

Cuando llegaron al paseo marítimo estaban muy cerca el uno del otro: el viento que venía del mar les daba de cara, y congelaba el pecho de Ada, que se cubría con la chaqueta sin llegar a cerrarla con la cremallera.

César, que vestía un fino jersey de lino gris, se moría de frío, pero descubrió que tensando los músculos de los hombros lograba inducirse una efectiva sensación de calidez.

El bus tardaría aún veinte tres minutos en llegar, según las apreciaciones del entregado trabajador de la estación.

César, afectado por el frío, se frotó las manos y dijo, con un tono excesivamente simpático:

–¿Hace un bañito?

Ella le miró con el gesto serio, confusa. Lo cierto es que aquella broma no venía a nada, y el tono de César, no acostumbrado a comentarios como aquel, había sido excesivamente torpe, patético. Ada fingió un desconcierto preocupante, pero no pudo más y se echó a reír. César se dio cuenta entonces de que estaba un poco borracha.

–Un baño no, pero me muero de ganas de andar descalza...

–¿Ahora?

–Sí, me duelen los pies...

César miró los pies de Ada. Llevaba unas botas de cuero púrpura que no parecían especialmente incómodas.

Ente risas se descalzaron los dos y agarraron el zapatos y botines. Se acercaron al agua, y al ser la segunda vez que escuchaban las olas en el mismo instante y lugar –la casa de la playa, aquella vez–, sintieron los dos, sin decir nada, como si se conocieran bien y compartiesen más de un secreto.

Ninguno de los dos sabría decir a ciencia cierta cómo ocurrió y por qué, porque de estas cosas, la *cierta ciencia* poco tiene que decir. O eso es lo que dirían espíritus románticos y creyentes del destino y la astrología. Sin embargo, César y Ada, mentes frías y calculadoras las dos, tampoco podrían establecer las causas de lo que vino después: sin darse cuenta, comenzaron a correr el uno detrás del otro.

La noche se cernía sobre ambos. Solo la espuma de mar y los granos de arena percibían de algún modo la presencia de los dos.

Dejaron el calzado en la arena, y siguieron con ese pilla-pilla, que solo se congeló cuando los dos estuvieron agotados. En ese momento, se quedaron el uno frente al otro, con las rodillas flexionadas y los brazos apoyados en las rodillas, como luchadores de sumo a punto de abalanzarse el uno contra el otro. César pudo ver los dientes blancos y los ojos chispeantes de Ada, Un mechón de pelo se deslizó por su frente y ella lo retiró soplando hacia arriba. En ese momento, supo César que estaba irremediablemente enamorado.

Si uno le preguntase a Ada cómo fue que todo empezó, diría:

«Fue cosa suya. Estoy segura...»

César posiblemente permanecería en silencio, intentando recordar antes de pronunciar palabra. Quizás le daría la razón a Ada, pero sería solo por pereza, o por no llevarle la contraria.

Al final, cayó de rodillas César, y se dejó caer de cara sobre la arena, fingiendo un *ko* absoluto. Ada se arrodilló también, y se tumbó a su lado. En aquella postura pasaron varios autobuses 49, uno tras otro. Hablaron durante horas mientras, muy lentamente, el cielo perdía su oscuridad. Este momento sería recordado por ambos durante toda su vida, y no de un modo puntual: sería un lugar al que volver en el futuro, una prueba de algo, una constatación. Ada pensaría, mucho tiempo después, que si su vida fuese a convertirse en película, aquel momento debía ser la portada. Sus cuerpos tendidos, el uno junto al otro, sus pies descalzos, la arena. Finalmente, Ada se incorporó, y César también. Parecían haber despertado de un letargo profundo.

–¡Qué tarde es!

Eran las seis de la mañana. El cielo ya se había teñido de un tono claro. Se levantaron, y se despidieron con dos simples besos. Era como si se hubiesen conocido esa misma noche y no hubiesen compartido más que un par de impresiones acerca del trabajo o los estudios. Pero bajo esa frialdad velada se escondía algo más profundo, y los dos eran plenamente conscientes de ello.

Aquellos dos simples besos que, obviamente, no hacían justicia a la confianza que entre ambos habían gestado, no hacían más que evidenciar lo incorrecto de la situación. Convenía dotar ese instante de un toque personal que se adecuase a la *amistad* que acababa de nacer: Ada sonrió y le dio una palmada en el pecho a César. Fue un gesto dado con torpeza, como si se arrepintiese cuando la mano temblorosa estaba a punto de impactar.

–Bueno pues... ¡Ya nos veremos!

Años después, seguiría recordando César el tacto de aquella mano tibia y pálida que, al tocar su pecho por encima de la camisa, se convirtió en una poderosa bola de fuego que calcinó todas sus defensas. El atroz poder ejercido por aquella mano, interpretado como la derrota de su moralidad, serviría a César para repeler cualquier remordimiento.

La ausencia dejó de tener el peso poético de antaño, y pasó a ser a ser un compañero incómodo y maligno, que se podía masticar, oler, tocar con los dedos. Y tanto el sabor, como el olor y el tacto de la ausencia eran francamente desagradables.

Entonces comprendió César el concepto de «vida amarga». Y también –aunque de esto no se dio cuenta al instante, sino tiempo después– que no era una mala persona, como siempre había temido. El denso nubarrón negro que ensombrecía el recuerdo de la playa tenía el rostro de Baltasar, y se movía y gesticulaba como él. Esa nube oscura le atacaba con el rostro enrojecido por una intensa furia, y con las manos dispuestas asfixiarle. Baltasar jamás sería capaz de hacer algo así, lo que convertía esta ensoñación en una pesadilla aún más tenebrosa y desagradable.

Una tarde, semanas después, se encontraba apoyado en un buzón, fumando un pitillo. Esperó a que Ada saliese de la tienda donde trabajaba. Fumó seis cigarrillos mientras esperaba, y finalmente la vio salir: llevaba el pelo, un tanto grasiento, recogido en una coleta torpe, como hecha por un adolescente que tras meses de espera tiene melena por primera vez.

Tenía también ese aire despistado de quien no sabe qué narices hacer en cuanto no tiene obligaciones. Se puso los auriculares y desfiló calle abajo camino a la estación central. César la siguió a varios metros de distancia y buscó imperfecciones en su figura; un deje torpe y enfermizo al andar, una pierna más larga que la otra, un dedo que se mete en la nariz en busca de burillas que llevarse a la boca, una huella fétida en el aire, señal inequívoca de un grotesco y desagradable pedo. Sin embargo, aquella expedición le sirvió para darse más o menos cuenta del embrujo al que estaba sometido, pues todo lo que tenía que ver con ella se mostraba a sus ojos como una nueva canción de los Beatles. Sin darse cuenta se había acercado demasiado, y seguro que si no fuese por los auriculares que llevaba, Ada se habría girado para ver a quién pertenecían esos pasos cercanos y nervudos.

César pensó que quizás, de forma inconsciente, al desear hablar con ella, su cuerpo incontrolable le había hecho acercarse demasiado para que ella se diese la vuelta y le viese... Esa duda, ese miedo a perder el control de su propio cuerpo infundió en César un pánico nunca antes experimentado. Tembloroso, se detuvo en mitad de la calle y dio media vuelta, rumbo a ninguna parte.

Años después, Ada confesaría que sabía que César se encontraba tras ella, siguiéndola de cerca.

En aquel tiempo Baltasar llamaba a menudo a Ada, siempre lleno de noticias nuevas, de historias de gente que había conocido y de noches especiales.

–Lo único malo es que no estás tú.

Cuando escuchaba estas palabras Ada no sabía lo que pensar, si lo decía en serio o era una simple manera de apostillar con educación todo lo que le contaba, como un «que aproveche» o «que pases buena noche».

Para Ada, las vivencias de Baltasar en Alemania eran como las aventuras del personaje de una novela. Baltasar narraba en primera persona la vida de un individuo que ella no conocía, e imaginaba a los personajes secundarios como se piensa en los rasgos difusos de un individuo que no es demasiado importante para la historia.

En las experiencias de Baltasar nunca había chicas guapas. Cuando le hablaba de una compañera o amiga se apresuraba en decir cosas como «no es muy agraciada, la pobre» o «tiene que hacer deporte porque es un poco obesa», y enseguida pasaba a otra cosa. Le apenaba que Baltasar pensase que estaba celosa, porque no lo estaba en absoluto. De todos modos, Ada le llamaba, le escuchaba, y le contaba cómo iban las cosas por casa.

César tenía otro modo –o mejor dicho, otro "plan"– para sentir que hacía lo correcto: lo suyo consistía en castigar a Baltasar por marcharse.

Ignoraba sus llamadas y respondía los mensajes tarde, siempre con expresiones simplísimas, como «bien, ¿y tú? / Ahá, ok». Alejarse de Baltasar era soltar lastre, deshacerse de una incómoda enfermedad infecciosa que le mantenía en cuarentena. En una ocasión, Baltasar le envió este mensaje:

–Sé lo que te pasa, César. Pero no te preocupes.

La languidez de sus palabras le ofendieron enormemente, y César le llamó de inmediato, fingiendo el desinterés que, por otra parte, le caracterizaba. Baltasar, con su vocecilla alegre de siempre, le dijo que estaba muy feliz y que sabía que le echaba de menos y que por eso se mostraba tan tenso y frío al comunicarse con él.

–No te preocupes César. Tú también encontrarás tu lugar en el mundo. Date tiempo.

César se sintió que volvía al punto de partida. Pero más le dolió escuchar las últimas palabras de aquella conversación:

–Lo único es que hecho mucho de menos a Ada...

Esas palabras incordiarían a César durante días.

Comenzaban los meses húmedos, y Ada volvía a tener problemas en el trabajo. Sus compañeros no le hacían mucho caso –la tenían por altiva y aburrida– y comenzó a sentir un desprecio inexplicable y profundo por la ropa, tanto que, cuando su madre o su padre le recordaban aquel viejo plan de estudiar un curso de patronaje, ella enseguida entraba en un estado de ansiedad y mal humor que le enfrentaba a toda su familia. Tan solo las conversaciones Baltasar conseguían conducirla hacia un estado de tranquilidad:

–Tienes que entenderlo. Son tus padres y se preocupan por ti.

Y cuando ella escuchaba su voz gravosa y dulce pensaba que, efectivamente, tenía todo el sentido del mundo que sus padres le hablasen de la cuestión. Por las noches pensaba en su mala suerte, y en lo fácil que podría llegar a ser la vida si estuviese enamorada de Baltasar. Había escuchado acerca de aquellas historias de viejas novelas en las que, con un poco de paciencia, el amor llegaba; en el estado inicial de la narración –es decir, en la inmadurez– no se observaba la pasión, ya que no se conocía la esencia del amor, pero una vez superada esa fase previa al conocimiento puro, el destino llegaba a la puerta de una vestido en la piel de un viejo pretendiente. Así, lo que parecía ser un final dramático se transformaba en un instante en el encuentro con el amor puro, leal, enriquecedor, divino, ese que había estado allí desde el principio.

Ada esperó durante aquel año a que los sentimientos madurasen en su interior del mismo modo que un vino se forma en la barrica, pero la voz de Baltasar, si bien aplacaba todos sus miedos y ansiedades, no conseguía provocar la efervescencia que en el amor se supone. Y pensó, obviamente, que algo andaba mal en ella, que el problema era su mentalidad autodestructiva, su espíritu triste, su corazón gris.

El mes de octubre arrancó de cuajo todos los árboles que pudo: las brutales tormentas destrozaron la ciudad con unas sacudidas insólitas que ni los más viejos recordaban. Todo el mundo vio en directo como el mar engullía el paseo marítimo y como los frágiles chamizos de los arrabales desaparecían de la faz de la tierra para siempre. Hubo varios muertos, y muchos perdieron todo lo que tenían.

Los que no perdieron nada se lamentaron durante años de los desperfectos causados en la ciudad, de las oportunidades de negocio perdidas, del futuro de varios proyectos que pudieron haber sido y cuyo fantasma se esfumaba. Los que lo perdieron casi todo –el coche, el taller,

la casa, la escuela, la ropa, los electrodomésticos— lloraban abrazados a sus familiares con una grotesca e indescriptible mueca en el rostro. Aquellos rostros desechos por las lágrimas y el agotamiento le parecieron a Ada las expresiones de felicidad más sublimes que había visto en su vida; aquella tragedia era la auténtica oportunidad para la gran celebración de la vida, sin esperanzas, sin ensoñaciones ridículas sobre el amor y el trabajo, sin sueños autocomplacientes, sin otro deseo que permanecer con vida un día más.

Y lo que deseó Ada en ese instante fue la oportunidad de sentir el aliento de la vida de aquella manera tan cercana, consciente y brutal, aunque fuese solo una vez.

Por la noche, pasada la tormenta, quedó en la ciudad un airecillo fresco que recordaba a la primavera; olía a limpio, como si de repente no hubiese contaminación. De los árboles muertos emanaba una fragancia salvaje que hacía pensar que la ciudad había sido transportada al corazón de una jungla frondosa, inhóspita.

César se encontraba en su habitación, con la persiana echada. Afuera, toda la población daba cuenta del estado de la ciudad, pero él no quería saber nada. Estaba en su escritorio, leyendo por encima un par de revistas de motos; manuales de psicología descansaban aquí y allá, junto con libretas garabateadas llenas de tachones y episodios inconexos de apuntes, escritos en letra indescifrable.

Tenía los auriculares puestos y escuchaba una lista cualquiera que había encontrado por ahí. Llevaba ya quince o dieciséis canciones cuando escuchó el siguiente estribillo: "*Everywhere is music like a raindrop is falling down / People and animals on the treetops / Are dreaming of...*" La música le pareció en parte cursi, pero la melodía y la letra le recordaron, de algún modo, a cuando era pequeño, muy pequeño. Le vino a la cabeza la imagen de una cuidadora de la guardería. Hacía mucho que no pensaba en ella. Ni siquiera recordaba su nombre. Olía a judías y a plastilina. Poseía una sonrisa muy bonita.

En medio de ese embrujo le abordó una mano huesuda. Le agarró el hombro con sus dedos nervudos y fríos. César, fastidiado, se volvió sin quitarse los auriculares: "*Everywhere is music like a raindrop is falling down / People and animals on the treetops / Are dreaming of...*"

Vio el rostro de su hermana Virginia: tenía rastros de pintura verde en la frente y en los dedos de la mano que había utilizado para llamar la atención de César. Si se le miraba fijamente se podía decir que se parecían mucho, aunque el pelo de ella era de un tono ocre muy sutil y tenía los ojos verdes. Sonreía con la picardía que le caracterizaba, como si siempre encontrase algo gracioso en las caras de los demás. Se pasaba el día en su cuarto, pintando cuadros que luego colgaba en sus redes sociales. Tenía cierto talento.

Junto a la cara divertida de Virginia, César reconoció el rostro de Ada. Vestía una camisa blanca con botones plateados, y tenía el pelo recogido en una cola bien hecha, y los labios pintados de un color suave que recordaba a los helados de fresa.

A César le dio un vuelco el corazón, y enseguida se retiró los cascos:

–¡Tú! –exclamó Virginia–. ¡Llevo mil horas llamando a la puerta! No quería entrar y ver que te estabas haciendo una paja o algo así...

Ada rio, enseñando los dientes blancos y grandes.

Despaché a Virginia, que le dio dos besos a Ada, y nos quedamos los dos solos, pero solo un instante. Ada preguntó:

–¿Te apetece dar un paseo?

Pasearon por una calle intransitada en la que apenas se notaban los efectos de la tormenta, o eso parecía a simple vista: si se observaba con atención, se apreciaban las huellas de una violencia cruel en los tejados, muchos de ellos despoblados de tejas o directamente desgarrados, y en algunas fachadas, donde se veían ventanas tapiadas con maderas. César se sintió muy afortunado de haber salido indemne.

César preguntó:

–¿En tu barrio todo bien?

Ada asintió sin decir nada.

–Qué lástima que haya pasado esto, ¿no?

Ella volvió a asentir, esta vez con más levedad. Parecía que no le interesase una conversación, aunque había sido ella quien había acudido a su casa. Entonces pensó en cómo sabría ella dónde vivía. Era poco probable que se lo hubiese preguntado a Baltasar. Años después, recordando este instante, reconocería Ada que se lo había escuchado decir a María, aquella chica con la que salía César cuando se vieron por primera vez.

Más tarde se sentaron en una terraza desde la que se observaba un parque pelado de árboles y con montones de tierra húmeda por todas partes. Parecía que una familia de topos gigantes hubiese salido a la superficie por decreto de alguna divinidad suya. En torno a ellas apenas había tres o cuatro personas, todas ellas agotadas, silenciosas. El aire era fresco, y el cielo azul y claro parecía burlarse de la tragedia, como el abusón que pone buena cara en cuanto llega la profesora, justo después de aporrear a su víctima.

Ada dijo:

–En unos días viene Baltasar.

César, tras un silencio significativo respondió:

–Lo sé.

–Viene con unos amigos suyos.

El camarero llegó con dos cafés y unas galletitas dulces sabor a canela y limón.

–Estoy al tanto, me lo dijo ayer.

Las siguientes palabras de Ada podían considerarse una especie de amenaza:

–Tengo muchas ganas de que venga...

Y César se defendía:

–Yo también.

César tenía ganas de ver a Baltasar: ganas de verle y de que Ada no fuese su novia, o mejor, de que Ada y Baltasar no se hubiesen conocido nunca. Si se hubiese subido él a aquel autobús en vez de Baltasar...

De pronto, Ada comenzó a llorar: fue un llanto leve y sordo, como el que se da al ver una película concreta en un momento sensible. Pero César se sintió mal, o más bien desconcertado.

Sin decir nada, junto su silla a la de ella y la rodeó con su brazo. Acercó su boca a su mejilla, sin siquiera rozarla, y sintió el aroma fresco de su pintalabios que olía, efectivamente, a fresa. De su piel emanaba un calor agradable y juvenil. Al instante pensó en aquellos recuerdos de infancia recientemente despertados, en la chica de la guardería, en sus hoyuelos, en cómo el sol de la mañana impactaba en sus mejillas y en sus rizos, y se dio cuenta de que conservaba más recuerdos de los que creía retener. *«Everywhere is music like a raindrop is falling down / People and animals on the treetops / Are dreaming of...»*

Pensó en la infancia de Ada: quizás ella también conservaba imágenes, olores precisos y caprichosos que se habían quedado en su recuerdo. También le vino a la cabeza que, a lo mejor, se habrían cruzado alguna vez. Era posible que sí, que hubiesen coincidido en algún parque o en la piscina del ayuntamiento, y que se hubiesen mirado secretamente. Sobre la mesa se encontraba una maceta de arcilla con unas flores dentro. Le parecieron claveles, pero tampoco estaba tan seguro. César se fijó en que su mesa era la única que tenía una maceta. Alguien se la debía haber dejado. Ada permaneció absorta durante largo tiempo, observando aquellas flores que no parecían de verdad. Aún gimoteaba, pero el color de aquellas flores de pega, o quizás el abrazo de César, o puede que un poco de ambas cosas, consiguieron aplacar por un instante su tristeza. Viendo cómo observaba Ada el color rojo de la panta, César pensó que no existía en el mundo nada más que ella. Ella y todo cuanto ella misma percibiese como importante. Así, su amor se convirtió al instante en motivo de supervivencia. Solo con ella existía la vida, el placer y la música. Sin ella, no había más que un pesado y infranqueable silencio. Dos hombres pasaron frente a ellos cargando entre ambos un enorme espejo resquebrajado y polvoriento, enmarcado en unas maderas bien detalladas. En un instante se vio a sí mismo abrazando a Ada y le pareció estar en un sueño: un sueño feliz, a pesar de las lágrimas y la inevitable traición.

–No sé qué hacer... –susurró ella.

–¿Qué...?

–¿Tú qué opinas?

–¿Qué?

–De esto...

La pregunta de Ada constataba una realidad. Por primera vez el sueño de César había tomado forma fuera de su cabeza. Ya era algo real. Pero a la vez, seguía siendo extraño.

–Pues no lo sé.

César no dijo nada más, pero apretó a Ada con sus brazos. No es que quisiese hacerle sentir mejor. Pretendía con su gesto declararse sin decir nada. Su cuerpo se estremeció y sintió unas ganas horribles de besarle el cuello.

Pocas veces en su vida sentiría César un deseo tan fuerte como aquel.

Se quedaron en esa postura unos instantes y, finalmente, Ada, como activada a control remoto por la consciencia de Baltasar, se levantó como un resorte.

–Me tengo que ir.

César, medio mareado, no dijo nada. Pagó los cafés y fue tras ella hasta la estación de metro más cercana. Se despidieron con dos besos un tanto fríos.

A los pocos días, el vendaval que había hecho añicos la ciudad obtuvo la admiración de gente de todo el mundo. De todas partes vinieron jóvenes entusiastas a echar una mano en lo que pudiesen: retirar arena de las playas, ayudar a reconstruir casuchas en los arrabales –y, ya de paso, levantarlas más robustas y equilibradas–, a despejar de escombros las calles principales, a cocinar caldos y arroces para los damnificados, o simplemente a cantar y tocar la guitarra para subir los ánimos.

Para sorpresa de muchos Baltasar llegó a la ciudad con unos compañeros de Alemania: parecía más alto y fortachón, y tenía una voz determinada y la mirada más alta que nunca. Al verle, César sintió cierta envidia: era como si su amigo hubiese dado cinco o seis pasos mientras él permanecía en el mismo lugar, atrapado entre clases y personas que no le interesaban en absoluto. Baltasar y sus nuevos amigos formaban un grupo de jóvenes aparentemente destinadas a hacer algo grande, como si sus miradas chispeantes anunciaran al mundo que estaban seguros de que iban a triunfar, que nada podía salirles mal. Esos chicos navegaban a gusto en el mundo, como si contasen con un seguro especial anti-inseguridades del que César y los demás chicos no sabían nada.

César se sentía un poco desencajado con ellos, y eso que hablaba inglés mucho mejor que Baltasar.

Al llegar Ada, ésta le pareció más enamorada que nunca de Baltasar, y César sintió que sus fuerzas y su seguridad desfilaban hacia el alcantarillado.

Estaban todos en un bar repleto de sillones y sofás, incluidos los amigos de toda la vida, y Baltasar se sentía a gusto en el rol de amo de la fiesta. Rodeado de sus amigos y su hermosísima novia de mirada melancólica parecía que iba a comerse el mundo, incluso estaba guapo, y bien vestido.

–Creo que cuando acabe el intercambio me quedaré a vivir en Alemania.

–No jodas, ¿te quedas allí? –preguntó alguien.

–Sí, pero no creo que en Stuttgart. Lo más seguro es que me mude a Berlín.

Acto seguido le dio un beso a Ada y ambos se miraron y rieron, declaración inequívoca de que ella también se iba.

Los demás rompieron en aplausos, y a César, que hacía chocar sus manos como un autómatas inconsciente, le invadieron las ganas de llorar.

Cada pocos minutos miraba de reojo a Ada, buscando una complicidad que, a su modo de ver, se le debía, ya que el secreto era un tesoro compartido por ambos, que no le pertenecía sol a él. Pero era como si todo hubiese sido un sueño engendrado en su cabeza, una emoción latente en él pero desechada por Ada en un hondo contenedor para pestilentes recuerdos.

Al día siguiente, Baltasar, sus amigos guays y César fueron a la playa con palas y rastrillos ofrecidos gentilmente por el ayuntamiento. Pasaron la mañana haciendo un poco el tonto, tocando la guitarra, bebiendo cervezas, jugando a volley en la arena. Por la tarde sí trabajaron duro junto a otros muchos jóvenes. Ada llegó más tarde porque trabajaba, y enseguida se puso manos a la obra.

Fue ella quien, un par de horas después, se ofreció para ir a buscar bocadillos a una panadería cercana. Los amigos de Baltasar quisieron darle unas monedas para pagar un poco entre todos, pero ella dijo que no, que invitaba, que era su muestra de gratitud por los que venían de otro país a ayudar. César la siguió al instante; soltó la pala en cuanto vio que nadie le miraba y salió de la playa con pasitos cortos y veloces. Lo hizo pensando que, en caso de que le pillaran siguiéndola, se excusaría diciendo que iba a ayudarla a traer los bocadillos.

En cuanto la alcanzó, la agarró por el brazo y le dio la vuelta. Tenía los ojos empuñados y húmedos, y las mejillas rosadas. En cuanto miró a César a los ojos rompió a llorar y se dejó caer sobre sus brazos.

–No sé qué hacer... No sé qué hacer...

Años después, pensaría César en esas ácidas y pesantes lágrimas y recordaría ese momento como uno de los más felices de su vida.

–¿Qué te pasa?

Ada se alejó de él y rehusó mirarle a los ojos, como si allí fuese a darse de bruces con unas respuestas que no quisiese conocer.

–Vamos, dime,

–Estoy bien.

–No lo estás. –César apretó su brazo con fuerza, con miedo a que se le escapase la oportunidad de conocer la verdad–. Vamos, dime qué te pasa.

–Me haces daño...

–Oh! ¡Perdón! No quería...

–No te preocupes, estoy bien. Déjame, por favor. Voy a buscar los bocadillos.

–Te ayudo.

–No, ve a la playa con los demás. Hay mucho que hacer.

–Es que no tengo ganas... Deja que te ayude.

–Estás un poco pesado, eh. No me esperaba esto de ti.

César arrugó la frente, confundido. Nunca nadie le había llamado "pesado".

–No te pega ser tan insistente –añadió Ada– Te hace parecer un crío.

–A mí no me engañas. Te pasa algo y no quieres contármelo.

–Exacto, no quiero. No insistas más, por favor.

Y se alejó Ada lentamente, con un andar sigiloso que recordaba al de un duende. César permaneció inmóvil por unos instantes; su pecho retumbaba glorioso, como si acabase de descubrir que el arduo camino recorrido conducía, ciertamente, a un tesoro insólito y salvaje, que lo de la noche anterior había sido un desliz, un episodio triste, un momento en que Ada se vistió con su disfraz. La auténtica Ada se desplegaba ahora ante él, y solo para él.

Baltasar se acercó por detrás, caminando lentamente, con una pala al hombro. César lo vio llegar, de reojo, y pensó en cómo sería el impacto de la pala en la cara. Le pareció una sensación liberadora.

–¿Qué le pasa a Ada? ¿Está bien?

César dijo que sí, que no se preocupase.

–Pero, ¿qué te ha dicho? Parecía enfadada contigo...

César vio que Baltasar tenía los músculos de los hombros más desarrollados. Parecía un gigante. «Es por la lucha grecorromana», le había confesado la noche anterior. César siempre había sido más fuerte que él, desde pequeños, pero si ahora llegasen a las manos no las tenía todas consigo.

César le respondió que había intentado ayudarla con los bocadillos pero que, según ella, no hacía falta. «Creo que está un poco cansada...», añadió con la voz tranquila.

Baltasar se encogió de hombros, indiferente.

–Pues agarra esto, que voy a mear...

Baltasar entregó la pala a César y desfiló hacia los retretes, unos diminutos cubículos de pladur turquesa alineados en primera línea de playa. César no supo cómo interpretar el desinterés de su amigo por la escena, obviamente tensa, que acababan de protagonizar César y Ada; o una inusitada y sobrevenida seguridad en sí mismo o una ingenuidad patológica. César sintió por un instante que, en cualquiera de los dos casos, Baltasar merecía un escarmiento.

Desde que llegara Baltasar con sus amigos y anunciase sus planes de futuro, fue consciente Ada de que ella no iría a Berlín ni formaría parte de ese proyecto tan emocionante que ya vivía Baltasar en su cabeza. Porque él lo tenía todo en la cabeza: «he visto un piso perfecto para los dos, en Kreuzberg. Un amigo está viviendo allí y cuando se vaya, en unos meses, dice que hablará con el casero para dármelo a mí.» Baltasar volvió de Alemania hablando maravillas del país: decía que allí todo funcionaba, que las cosas salían como debían salir. Según él, el futuro se encontraba allí: «es que los alemanes lo tienen todo controlado. Simplemente lo saben hacer mejor.»

También fue consciente de algo más: el camino que estaba recorriendo pasaba, inevitablemente, por romperle el corazón a Baltasar. Había intentado con todas sus fuerzas enamorarse de él y quererle, y deseado como nadie formar parte de aquellos planes que, por otra parte, sonaban estupendamente. Sin embargo, la misión había fracasado y todo lo que su corazón clamaba era la presencia de otro hombre. Otro chiquillo perdido, como ella.

En los paréntesis lúcidos de Ada, llegaba a odiar a César por utilizar una especie de magia oscura para arrastrarla hasta sus pies, a una playa de arena negra y rasposa, siempre nublada, y lluvias que picaban en la cara. Ada y César recordarían, muchos años después, la noche del cuatro de noviembre de aquel año. Recordarían muchos detalles, como el jersey de él, recién comprado, azul, de cuello alto y coderas de color beige, o el reloj de ella, que casi nunca se ponía, dorado y con las agujas en forma de torre Eiffel. También permanecerían en su memoria el frío pernicioso

que se colaba por los ventanales de los bares, el olor a canuto, el sonido atroz del camión de la basura a las cinco de la madrugada, la sonrisa del camarero simpático que solo hablaba inglés, la camiseta blanquísima de Baltasar, que marcaba los músculos del cuello y los hacía parecer más fornidos, la cara del taxista que los condujo a la playa. Esos detalles activarían algunos recuerdos dolorosos y otros muy felices.

Empezó por la tarde: César visitó a Baltasar en casa de sus padres. Estos le saludaron como a un familiar, y le recordaron momentos maravillosos vividos con Baltasar y con Nico, el hermano pequeño de este, que tenía tres años menos y que estaba ahora hecho un armario.

–¿Y tú qué? ¿Qué tienes pensado hacer en el futuro?

Esto se lo preguntaba la madre de Baltasar, una mujer hermosa y dulce que, en tiempos remotos, protagonizó varias de las primeras fantasías sexuales de César.

–Déjale, María, suficiente tiene el chico con los ligues que se marca... ¿A que sí? ¿eh?

El padre, Nicolás, era un médico forense que, en opinión de César, compensaba las barbaridades que veía en el trabajo con un sentido del humor un tanto sobreactuado. Pero saltaba a la vista que era un hombre de buen corazón.

César pensó que, habiéndose forjado como persona en un ambiente tan sano, Baltasar era, probablemente, alguien demasiado blando para su edad.

Se ofreció para ayudar a Baltasar a hacer la maleta, y sintió una repentina felicidad al entrar en su cuarto: Baltasar mantenía los viejos posters de Sega y figuritas de acción de Dragon Ball. Parecía la habitación de un niño de doce años, y el hombretón que recogía ropa y la metía en la maleta, su padre. Viéndole doblar torpemente las camisetas se le pasó por la cabeza un pensamiento: «es que no te la mereces, idiota.»

Como los hombres no se *ayudan* con la ropa, César se sentó en la cama y agarró una pelota de béisbol que reposaba en la mesilla de noche mientras Baltasar trajinaba en el armario. César se tumbó en la cama y comenzó a lanzar la pelota hacia arriba, hasta rozar el techo. Hablaron de esto y de lo otro, de los viejos tiempos, y de lo que habría sido de aquellos viejos compañeros a los que les perdieron la pista.

Poco después apareció la cabeza de su madre, apacible y redonda, en la habitación, asomando su rostro sin poner los pies dentro. Era su modo de demostrar a su hijo cuánto respetaba su intimidad y sus cosas y que confiaba en él. Les ofreció algo para merendar, y al poco tiempo estaban los cuatro –César, Baltasar, padre y madre– en la mesa del salón, comiendo galletas con leche y cacao. A César le volvieron a preguntar por sus planes de futuro, y él, pacientemente, explicó que como la psicología no era lo suyo pues acabaría la carrera y luego ya vería. Dijo que a lo mejor se iba a Japón a estudiar un master, o a trabajar.

Baltasar pareció sorprendido:

–¿Japón? tío, nunca me lo habías dicho.

El padre de Baltasar le comentó que él había estado una vez en Japón, por un congreso, y que le encantó la manera de hacer de los asiáticos y que le

gustaría mucho volver. La mujer dijo que a ella de Japón le encantaban las geishas y los templos, y las novelas de Kobo Abe.

César jamás habría reconocido que lo de Japón se lo acababa de inventar, o más bien le había venido a la cabeza, para hacerles creer a los padres de Baltasar de que el viejo amigo de su hijo también tenía las cosas claras y que entre sus planes se escondían ambiciosos proyectos para el futuro. A modo de defensa, empezó a gestarse en la cabeza de César la idea de ir realmente a Japón, así, lo reconocido aquella tarde en casa de Baltasar, no sería mentira. César se daría cuenta, muchos años después, viviendo en Tokyo, de que este modo *científico* de corregir sus propios errores era, en realidad, la constatación de un carácter casi religioso.

Más tarde acudieron los dos a comprar un regalo para Ada. Baltasar quería marcharse a Alemania por la puerta grande, dejando huella. Sabía que Ada era una mujer particular, que muchos la calificarían –y lo hacían– como ensimismada e incluso oscura. Se veía de lejos que era una persona con demasiados pensamientos en la cabeza, pero Baltasar no era del todo consciente de que un anillo, una pulsera, un collar o algo por el estilo era, dicho simplemente, una cutrez. Esto llevó a César a pesar, por un segundo, que Baltasar, por muy loco que estuviese por ella, no tenía derecho a seguir siendo su novio, que había perdido la oportunidad de conocerla a fondo.

Sacudió la cabeza con vehemencia al escuchar las palabras de Baltasar sobre el regalo y le dejó bien claro que eso era una estupidez, que debía hacerle un regalo más personal, único. A Baltasar, ingenuo como ningún otro ser que César conociese, no le extrañó la observación precisa que hizo César sobre el asunto. Simplemente asintió, y le dio las gracias: «siempre has tenido más ojo que yo para esto... je, je.»

Fueron a una tienda de anticuario, pero viendo un par de precios que lucían en el escaparate dieron media vuelta con el rabo entre las piernas. En un centro comercial encontraron el stand de una marca que vendía artefactos esotéricos, cazadores de sueños, incienso y cosas así. Sonaba una canción: «*y ahora estás en mi lista, de promesas a olvidar...*»

Baltasar se fijó enseguida en un enano que le pareció gracioso. Era un gnomo de jardín con gafas de sol y un cigarro en la boca, con el gesto macarra. Él se reía observándolo, realmente le parecía una ocurrencia llena de carisma, pero a César le pareció sumamente vulgar e impersonal. Finalmente le convenció para regalarle otra cosa: era una maceta muy sencilla, de arcilla. No medía más de quince centímetros de alto. Dentro brillaban los pétalos rojizos de tres claveles desiguales, dos encorvados y uno erecto. Tenían estambres largos que emergían del interior de las plantas, como las antenas de un caracol diminuto.

Baltasar frunció el ceño:

–¿Una maceta? ¿Estás seguro?

César insistió, muy nervioso. Le dijo que a las mujeres les encantan las flores, porque son bonitas, huelen bien y al mismo tiempo hay que cuidarlas para que florezcan. Baltasar dijo unas palabras, algo así como que aquel comentario era un poco machista. César se limitó a decir con

aire grave que el mundo es como es, y que a las mujeres, desde siempre, les encantan las flores.

Finalmente, Baltasar, seducido por las explicaciones de César, accedió a comprar los claveles.

El rostro de Ada al recibir el regalo de las manos sudorosas de Baltasar fue, según la mayoría de los que aplaudían a su alrededor, de una profunda emoción. César, sin embargo, la habría calificado como *consternación*. Era como si aquellas flores de color carmesí fuesen un veneno disparado directo al corazón. César, desde una esquina, sonreía por dentro, con cierta mezquindad, con el egoísmo del que cree que su glorioso fin justifica cualquier medio. El regalo de Baltasar era una misiva de César a Ada, un mensaje más claro que cualquier palabra.

Un camarero muy agradable que balbuceaba palabras con acento británico les ofreció copas baratas a todos. Iba más borracho que cualquier cliente, incluso dejó que varios de los amigos de Robert y César fumasen porros en una esquina.

César se sentía extasiado. Como recordaría tiempo después, la felicidad se fundamentaba, principalmente, en saber que Baltasar se iba al día siguiente. El alcohol y la música –"*then you're left in the dust / unless I stuck by ya / you're sunflower / I think your love would be too*"– le ayudaban a no sentir ni rastro de culpa, un sentimiento que sin el abrigo de la noche habría sido ácido y doloroso. Las luces iban y venían, azules, rojas, amarillas, verdes, de todo tipo, y le daban en la cara, en los ojos y en las manos. Sudaba, bailaba con sus amigos y disparaba sus mejores miradas de seducción a las chicas del local. Muchas de ellas respondían con sonrisas, y entonces sus bailoteos se volvían más sugerentes, lentos y sensuales. Sentía un calor horrible, como si el cuello alto del jersey le estrangulase. Fue a quitárselo, pero decidió que era mejor salir a fuera a tomar el aire. La canción que sonaba en ese momento no le decía nada, y tenía el pelo empapado de sudor. A punto de salir a fuera vio que en la calle estaban Baltasar y Ada. También estaban algunos de los amigos de Baltasar que venían de Alemania. Hablaban todos y reían, incluso Ada parecía feliz. Sostenía entre sus brazos la maceta que él había escogido para ella.

César salió afuera, y uno de los amigos de Baltasar, borracho, se le acercó y le abrazó como si fuesen íntimos. Él sonrió incómodo, pero aceptó el abrazo y le dio una palmada en el hombro. Los demás rieron, y Baltasar dijo:

–Mis amigos dicen que eres el más guapo de todos.

Quiso encogerse de hombros, pero le salió un gesto en la cara que hizo reír a los demás.

–Reid cuanto queráis, pero el premio gordo me lo he llevado yo...

Y besó a Ada en los labios.

La maceta pesaba unos cinco kilos, más de lo que parecía a simple vista. El camarero del bar, un irlandés simpático que apenas mascullaba tres o cuatro palabras, le ofreció dejar la maceta en la barra, a buen resguardo. Ella negó con la cabeza, con una sonrisa. Le dijo que no quería separarse

de ella. Baltasar estaba justo detrás de ella, y la rodeó con sus brazos y le besó en el cuello.

No es que temiese que alguien rompiese su regalo; cuando pasaba cerca del cristal de la entrada y se veía reflejada en él le excitaban los pétalos rojos que brillaban entre los demás colores difusos.

En el baño estaban dos o tres chicos esnifando. César, frente al espejo, tuvo un mal presentimiento; se veía más viejo, más agotado. Su frente sudada no lucía como de costumbre, y los ojos rojos y la palidez de la piel le daban un aspecto enfermo. Para él, su imagen lo era todo (o eso creía), pero estaba dispuesto a envejecer a un ritmo de cuatro años por cada uno con tal de ganar a batalla que estaba librando.

Abandonó el baño con rabia, como si saliese a la arena del Coliseo a pelear con los leones, y pasó entre la gente casi a empujones. Frente al ventanal de la entrada, observando la calle, estaba Ada. En torno a ella, los demás bailaban, bebían, reían, brincaban, eran felices.

Ella permanecía observando las aceras de la calle, humedecidas por una espinosa llovizna que empezaba a caer.

Ada dijo estas palabras: «salgo un momento». Baltasar le dijo algo al oído, seguramente algo como «voy contigo» o «te acompaño». Ella negó con la cabeza y salió afuera tras besar sus labios. Él, embriagado por las atenciones y los brindis en su honor, sonrió y se dio la vuelta hacia sus amigos.

César no pensó, como el día de la playa, en si alguien le veía o no salir detrás de Ada. Se deslizó detrás de sus amigos y plantó las botas en la acera. No hacía demasiado frío, pero el sudor de la cara se le congelaba por el viento.

Ada, observándole, lloraba con las flores entre las manos.

Cuando César dio un paso hacia ella, Ada se fue corriendo, calle abajo. No quería saber nada. Por una parte, era como si lo que sentía fuese, más que un deseo, una necesidad implícita en el hecho de estar viva, como beber, comer, dormir, la menstruación que le fastidiaba cada mes. Por otra, no podía evitar convertir en desprecio a sí misma todo lo que encontraba a su paso.

Estuvo a punto de resbalar y darse de bruces con la cadera en suelo.

Perdió de vista a Ada en cuanto ella cruzó hacia un callejón lleno de motos y bicicletas. Pero los pasos que ella daba sobre los charcos la delataban, y no le fue difícil alcanzarla.

Sin embargo, él también daba pasos torpes sobre charcos.

La alcanzó en una pequeña plaza donde desembocaban infinidad de callejones oscuros, como el que ambos habían recorrido. Quizás, detrás de cada uno de ellos caminos llenos de sombras y curvas y charcos se escondía una historia como la suya. En medio de la plaza se encontraba una estatua: una campesina con la cabeza cubierta con un pañuelo y su hijo se encorvaban hacia el fondo de un pozo de piedra. Él señalaba el fondo y sonreía mientras la madre se esforzaba por retirar los cubos.

Además de eso, no había más que un puñado de árboles típicos sin hojas y tres faroles que desparramaban una luz mortecina sobre la piedra de suelo y fachadas.

César preguntó, casi sin aliento:

–¿Por qué corrías...?

Ella, sin dejar de llorar, contestó:

–¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has hecho que él me regale estas flores? Ha sido algo cruel.

Ella alzó un poco la maceta, donde brillaban los pétalos rojos. Él ni se molestó en mirarlas.

César pronunció estas palabras por primera vez en su vida:

-Pues porque te quiero.

Ada bajó la mirada y lloró con fuerza. Aquellas palabras, aun estando llenas de amor, parecían desprender una maldición ácida y tenebrosa.

César, embriagado por el silencio de la plaza, se acercó unos pasos, tomó el rostro de Ada entre sus manos y le obligó a mirarle a los ojos.

-Te quiero. Y no voy sentirme culpable por algo tan bonito...

-¿Te parece bonito?

César no supo qué contestar, pero se fijó entonces en sus ojos. Nunca los había visto con tanta claridad, tan de cerca, con la pulcritud y la sencillez que permitía esta noche clara. Se acordó de cuando vio sus ojos por primera vez, en aquella fotografía que le enseñó Baltasar. Los brillos que impactaban en sus pupilas parecían realmente túneles a otros tiempos y lugares, unas imperfecciones que escondían, con toda probabilidad, secretos insondables.

César besó a Ada por primera vez ese día de noviembre, a las cinco de la madrugada.

En ese instante, llegó Baltasar llegó a la plaza, seguido por sus amigos.

En el taxi, de camino a alguna parte, César y Ada miraron cada uno por su ventanilla. Él veía fachadas de edificios de oficinas, ella, el paseo marítimo. En un semáforo se detuvo el taxi, y Ada lloró las pocas lágrimas que le debían quedar. Delante del taxi, un camión de la basura escupía aire caliente y ensordecía las protestas del taxista y el llanto de Ada.

César se acercó, y le susurró al oído:

–Se acabaron las lágrimas, ¿vale?

Tras decir esas palabras sonrió, y sintió una punzada de dolor en el labio. Pero era un dolor hermoso: por lo que suponía, y también porque lo merecía.

Sí sería doloroso, desde ese momento en adelante, la imagen del rostro de Baltasar, su llanto sordo, su expresión vencida, sus hombros caídos. Sus gritos sordos. Sus amigos le abrazaban, le acariciaban la cara mientras insultaban a César.

Luego vinieron y le dieron una paliza. En la cara, en la espalda, en el estómago. Esos golpes dolían porque no venían de Baltasar. César le esperó, pero no vino a por él. Sus puñetazos hubiesen sabido a un alivio que no merecía, y a profunda amistad súbitamente destronada –o más bien destrozada– por el amor, o lo que fuese esto. Habría sido un dolor semejante a que se experimenta al retirar una espina de la encía. Pero Baltasar se encontraba derrotado, aplastado, incapaz de asumir como real lo que veían sus ojos.

Tras retirarse el camión de la basura, César dijo:

–A partir de ahora seremos felices. Te lo prometo.

El taxista soltó un par de insultos más al conductor del camión, y el vehículo avanzó en la noche fría. César y Ada se cogieron de la mano.

Parte 2

Las luces

Un hombre anciano se paseaba con el periódico enrollado en la mano, mirando el suelo. Caminaba lentamente, como sopesando grandes decisiones por tomar. César pensó, durante un largo rato, cuales podrían ser esas cuestiones tan importantes sobre las que un hombre de edad tan avanzada podría estar cavilando. Eso le inquietó, ya que siempre había imaginado esa edad como un tiempo para la cura y el reposo, para ver los días pasar sin mas preocupación que los crucigramas del domingo.

Allí había muchos hombres como ese, que paseaban solos, con sus miradas agotadas y perdidas, como si la bahía fuese un baúl en el que buscar viejos juguetes o fotografías. Los que no miraban al suelo se fijaban en puntos muy lejanos: el Rainbow Bridge, los edificios de la isla de Odaiba, los grandes cargueros que reposaban a pocas millas de los puertos de Yokohama y Yokosuka.

La bahía no le recordaba a César a absolutamente nada de su vida pasada, así que muchas veces, por la tarde, después de las clases, se acercaba allí a tomar un helado, o un simple café. Se sentaba en un banco y observaba a los ancianos y a los pájaros.

En aquella ocasión no encontró el abrigo de siempre, así que estuvo poco tiempo.

En la estación de Hamamatsucho tomó la línea Yamanote hasta Okachimachi, en Ueno. Allí caminó hacia el este, durante diez o quince minutos. Llegó a una diminuta finca –en Tokyo todas las fincas son pequeñas– cerca de un supermercado. Sopesó la idea de dar media vuelta y no volver jamás a ese lugar, pero una fuerza le empujó a dar dos pasos más y llamar al timbre número catorce.

Keiko le recibió emocionada, y abrió sus brazos para abrazarle en cuanto le vio. Era una de sus alumnas en el Instituto Español de Tokyo, en Shinagawa. Si bien Keiko era una mujer adulta y formada, las normas del instituto prohibían claramente cualquier relación «física o romántica» con cualquier alumno. Una noche, tras la celebración del fin de trimestre, César acompañó a Keiko a casa y terminó acostándose con ella. Y desde entonces, cuatro o cinco veces más habían pasado la noche juntos.

Keiko tenía veintitrés años y era delgada, elegante, de ojos grandes para el canon japonés, y labios carnosos. Tenía el pelo corto, en forma de tazón, y siempre vestía camisetas deportivas que le quedaban grandes cuando estaba en casa.

Tuvieron sexo y charlaron durante media hora. Cuando estaban juntos hablaban en castellano, idioma que Keiko dominaba, pero de tanto en tanto probaban con el japonés. César lo hablaba ya con cierta frescura, pero todavía le faltaba mucha práctica.

Keiko le propuso ir a batear un rato al Tokyo Dome, pero César rehuyó la invitación diciendo que tenía que ir al dentista. No era verdad, pero como le dolía una muela desde hacía días le vino a la cabeza esa excusa.

Más tarde, con el olor de Keiko aún en la piel, salió de su casa y tomó un taxi hasta Shinjuku, donde vivía desde hacía cuatro años.

La señora Tamaki le recibió con un gesto lleno de desdén, a lo que él respondió con una sonrisa y un «que te jodan, furcia». Lo hacía a veces, y le divertía muchísimo. La señora Tamaki trabajaba como recepcionista/limpiadora y era muy buena en su trabajo. Pero olía siempre fatal y era sumamente antipática. Nunca, desde que vivía allí, la había visto sonreír, ni una sola vez.

Al llegar a casa fue al baño y se dio una ducha a toda prisa. El espejo le devolvió la imagen de un tipo de treinta y tantos que se conservaba bien, con los músculos de abdominales y pectorales bien desarrollados. Su frente, sin embargo, ya no era tan perfecta; había crecido por el norte, con el paso de tiempo, y el contorno capilar había ido encaneciendo lentamente.

Se vistió con un chándal gris y unas zapatillas de deporte y se dirigió al salón.

–¿Qué tal? –preguntó.

Ada, que pasaba las páginas de un libro, se volvió para mirarle y sonrió con dulzura. Se quitó las gafas y estiró el cuello para darle un beso.

–Muy cansada, ¿y tú? ¿qué tal el día?

–Reventado...

César se repanchingó sobre el sofá y miró la televisión, que permanecía encendida, sin sonido. Una mujer presentaba las noticias. Por las imágenes y por lo que César pudo entender de los mensajes rotulados, parecía que una refinería del norte había tenido unos problemas y que dos trabajadores habían resultado heridos.

–¿Has hablado con el director Kawabashi?

–Aún no. No era el momento.

Ada fingió despreocupación y volvió a abrir el libro.

–Mañana le digo, ¿ok? –añadió él.

–Vale.

–¿A qué hora vas mañana al aeropuerto?

–No sé, creo que saldré de aquí a las nueve.

–¿Estás contenta?

–En realidad me da un poco de pereza, pero sí. Estoy contenta.

–¿Cuánto hace que no ves a Tatiana?

–Pues... cuando nos vinimos aquí ya hacía un par de años que no la veía.

–¿De verdad? ¿Seis años?

Ada asintió, y ambos pensaron al instante en cuanto de gran experiencia tenía vivir tan lejos de casa y cuanto de ostracismo voluntario.

–¿Vemos una peli? –preguntó César.

–Hueles diferente.

–¿De verdad? ¿A qué?

–No sé. ¿Qué peli quieres ver?

Al final comenzaron a ver un programa cualquiera, y se quedaron los dos dormidos en el sofá.

Ada esperó en Narita más de tres horas hasta que finalmente vio salir por *arrivals* a una mujer rechoncha con los ojillos pequeños, completamente

despistada. Cargaba dos maletas enormes con una facilidad pasmosa, como una lanzadora de peso.

Ada y Tatiana se saludaron con cierta frialdad, pero a las pocas horas ya se hablaban como siempre, o incluso con más frescura. Tatiana había sido madre de una niña hacía dos años. Se llamaba Elisa y ahora estaba en casa, con su padre, mientras ella acudía a un congreso sobre higiene bucal en Tokyo. «¡Qué ilusión verte! ¡Qué ilusión verte!», repetía todo el tiempo, y se echaba a reír como una boba, sin razón alguna.

Ada se sintió muy feliz los días que pasó con Tatiana: iban a comer, a cenar, paseaban por Tokyo y hablaban de sus cosas.

Cuando se fue, Ada sintió un ahogo muy intenso que fue creciendo durante semanas.

César le preguntaba, más molesto que preocupado:

–Pero a ver, ¿a ti qué te pasa?

Y ella se encogía de hombros y decía:

–Nada, nada...

César era muy feliz en Tokyo. Tenía días oscuros en los que se sentía muy solo y lejos de todo cuanto le pudiese importar. En ocasiones imaginaba que su ciudad natal se había convertido, en su ausencia, en la mejor ciudad de mundo, que todos sus habitantes eran más felices que antes, que había más trabajo, mejores sueldos, más diversión y más color. En esos días se sentía fuera de lugar.

Su trabajo era lo que más le agradaba. Se ocupaba de varios cursos de castellano, con unos veinte alumnos cada uno. Veinte hombres y mujeres sumamente dedicados, atentos como leales soldados a la causa del idioma castellano. César se divertía con sus errores de principiantes, y gozaba enormemente viendo el increíble progreso que desarrollaban.

Le gustaba también el piso donde vivían, en Shinjuku. Era relativamente grande y no demasiado caro, y estaba en la mejor zona de la ciudad, para su gusto. También comenzó a engancharse al beisbol: los fines de semana iba a los parques de bateo del distrito a golpear bolas y disfrutar de la violencia de los impactos.

Pero quizás, lo que más complacía a César era ser occidental en Tokyo: significaba ser extranjero en todos los sentidos, desde el primer contacto visual. Eso impregnaba de cierto aire épico a cualquier gesto. Comprar leche, pasear por el parque, ir a por tabaco... Todo estaba teñido por la virtud de la lejanía.

Keiko era otro asunto: disfrutaba de su compañía y del sexo, pero le proporcionaba más angustia que felicidad. Después de verla siempre se decía: «es la última vez...». Y si al final terminaba rompiendo la promesa no era por una exótica adicción a lo prohibido, y mucho menos por amor. Era algo que, a esas alturas, todavía no había logrado identificar. Por supuesto pasó por su cabeza la idea de ser simplemente un guarro, un cerdo, «como todos los hombres», pero solía desechar esa idea, convencido de que él no era eso.

Una noche fueron Ada y César a la fiesta de fin de trimestre del Instituto Español. Comenzaba el mes de abril, para muchos el mejor mes de Japón.

El cielo estaba siempre claro y la temperatura era ideal –en contraposición al asfixiante verano que vendría después–.

Era un evento informal, con mesas aquí y allá en la recepción de la escuela, en un pequeño edificio en Minato. Ada, sin embargo, apareció radiante, con una falda amarilla por encima de la rodilla y los hombros descubiertos. Iba maquillada –hacía meses que César no la veía así– de tal manera que sus ojos negros parecían aún más grandes, y sus «túneles» eran claros y penetrantes. Llevaba unos tacones ligeramente altos, lo que la hacía casi tan alta como César, y mucho más que cualquier mujer –y hombre– del lugar.

En esa ocasión, a César le tocaba dar un discurso: habló sobre lo buenos estudiantes que eran los japoneses, tan inteligentes, tan entregados... le sudaba la frente y le temblaba la voz, aunque más tarde afirmaría que estaba muy tranquilo. Ada sonreía viéndole tan nervioso. Le parecía estar observando a un niño estirándose como un chicle para parecer más alto. Después, le dijo:

–Has estado muy bien...

–¿De verdad? Es que me daba mucho palo, pero me lo pidió el señor Kawabashi...

–Sí, has estado muy natural.

César estuvo hablando con otros profesores y con el señor Kawabashi, el director. Era un hombre largo y calvo, de mirada seria y postura encorvada. Tenía unos dedos larguísimos y delgados, y una boca demasiado pequeña. Él mismo, tras pasar quince años en España, decidió fundar el Instituto Español de Tokyo. César llevaba tiempo esperando una reunión con él para solicitarle un aumento, pero el señor Kawabashi, que se lo olía, le iba dando largas. Además, el señor Kawabashi ejercía sobre él un poder torvo e inquietante, y siempre se ponía a temblar cuando se dirigía a él. Aquel hombre larguirucho era capaz de despertar en él mil inseguridades con las que no contaba.

Mientras hablaban los profesores y el director, Ada se dirigió al baño. Limpiándose las manos frente al espejo se topó con un par de chicas. Ambas, sumamente amables, le saludaron en un castellano más que correcto y se dirigieron a la salida.

Ada observó a una de ellas y le sonrió con amabilidad.

–Anda, tú eres Keiko, ¿verdad?

La chica, con una mirada pulcra e inocente, abrió los ojos y se ruborizó. Asintió, y Ada miró a la otra chica, que salió afuera.

–¿Qué tal ha ido el curso? ¿Bien?

–Sí, señora... muy bien.

–¿Tienes pensado ir a España?

La joven se encogió de hombros y sonrió.

Su rostro tan fino, tan delicado, le pareció a Ada de juguete. Era un monigote hermoso hecho a base de porcelana y pieles finas y brillantes. Olía muy bien, a caramelo.

Ada no pudo soportar aquella belleza despistada, la piel tan cálida y dulce. Alzó la mano y le arreó un enorme bofetón en la mejilla.

El golpe dolió a la misma Ada. Sintió un hormigueo en la mano que habría de durarle todo el día.

Keiko, con la mano en la cara, miró a Ada con pánico.

–Es mejor que no vuelvas a verle...

Keiko permaneció inmóvil, como la fotografía de un momento exacto.

–¿Lo has entendido, puta china?

Keiko asintió, bajó la cabeza y se escurrió hacia la salida.

Ada respiraba con dificultad. Se apoyó en el lavabo y se miró al espejo.

Era, objetivamente, más guapa que Keiko, más alta, más sexy, más atractiva. Pero la belleza de aquella chica era algo casual y que parecía eterno, como una ley de la física. Se arrepintió de haberle pegado y, al mismo tiempo, de no haberle gopeado con más fuerza, o de no haberle propinado un segundo bofetón.

A los pocos días, César apareció en casa con un gato: se llamaba Nobu.

César sonrió con picardía cuando se lo dijo:

–Nobu... ¿No te suena?

Ada parecía confundida. Negó con la cabeza mientras observaba al animal, una criatura diminuta, de pelaje fino y gris y ojos verdes casi transparentes.

–¿En serio no te acuerdas?

–Pues... no.

–Nobu era el gato que salía en aquel libro que me regalaste hace muchos años, ¿no te acuerdas?

Ada intentó recordar: aquella novela que transcurría en Bagdad... Podía ser que hubiese algún gato, pero no lo recordaba con claridad. Es más, no recordaba casi nada de aquella historia.

–Ah, sí... Nobu. Claro.

El gato lo había encontrado César en una tienda: estaba «expuesto» en un escaparate, como si fuera un pantalón, o una toalla. La frialdad del cristal llamó la atención de César, así que decidió comprarlo.

Esa era la versión de César.

Ada se formó otro cuento en su cabeza: la chiquilla japonesa había informado a César del encuentro en los baños del instituto. Aquel animal era un mensaje cifrado, una manera de disculparse sin tener que aceptar culpa. Le vino a la mente el recuerdo de la maceta y los claveles.

De todos modos, ni ella conocía la verdadera versión del asunto ni él sabía qué creía Ada.

Nobu, contra todo pronóstico –ninguno de los dos era gran amante de los gatos– llenó la casa de alegría. Cada semana volvía uno de ellos a casa con un regalo para el animal, cualquier tipo de juguete, o prenda. Le hacían fotos a todas horas, y, gracias a Nobu, Ada y César pasaban más tiempo juntos.

Un mes después, Nobu murió. Se lo encontró Ada tirado en el balcón, acurrucado entre la barandilla y uno de sus juguetes.

El veterinario dijo que había sido una infección provocada por la ingestión de una culebra que había encontrado en su estómago. Nobu, que siempre correteaba libremente por la zona común del edificio, se la habría encontrado por ahí.

A ambos les invadió la tristeza, pero ninguno quiso hablar del asunto. La pérdida de Nobu dejó entre César y Ada un rastro de nuevas costumbres: los domingos veían la televisión, hacían ejercicio en casa y luego iban a desayunar a un centro comercial junto al parque Yoyogi. Luego iban a una tienda de mascotas y compraban algo de comida para Nobu. Esto último lo cambiaron por otras actividades –ir al cine, batear, ver algún espectáculo, comer en el parque...–, pero en general insistieron en seguir con las costumbres que durante la vida de Nobu habían comenzado. Era como si aquel gato hubiese nacido, solamente, para tejer un nuevo vínculo entre los dos amantes.

Aquello, sin embargo, no hizo que César dejase de ver a Keiko. Más o menos un par de veces al mes tomaban algo después de las clases, y la mitad de esas veces acababan entre las sábanas de Keiko.

A pesar de lo que creía Ada, Keiko no informó a César del episodio del baño. Keiko tenía la una malicia mucho más desarrollada de lo que César pudiese imaginar. El tortazo de Ada le había asustado, pero al mismo tiempo le había recordado que era joven, que podía permitirse jugar con el fuego que asusta a otras mujeres, y que su frágil pero incuestionable belleza era un arma que podría conducirle a donde quisiese.

Agosto llegó a Tokyo con la inquina de siempre, dispuesto a derretir los resistentes ánimos de los japoneses. Ellos se defendían, según Ada, asumiendo el calor del mismo modo que se encaja un golpe en el ring, como si fuese una tradición más bien religiosa que, al sufrirla, acercara a uno a dios.

No se podía negar, en cualquier caso, que no fuese algo anunciado. Llevaban ya cuatro años en Tokyo y sabían que el agosto siempre era así, tanto que escogían esas fechas para irse de viaje, en ocasiones de vuelta a casa, para esquivar así aquel aire caliente y pegajoso, tan horroroso, tan brutal.

Ese año no podían tomarse vacaciones en verano –Ada acababa de encontrar un trabajo nuevo como traductora en una empresa farmacéutica–, así que tuvieron que quedarse.

Pero no se prepararon mentalmente para el golpe emocional que supone el verano tukiota: César, que estaba siempre de mal humor porque odiaba sudar, siempre se consolaba pensando esto: «por eso las guerras empiezan siempre en verano...» Como si los conflictos estallasen por el mal humor de los dirigentes. El propio César sabía que ese detalle era un tema puramente logístico, pues en verano los caminos no estaban embarrados y la infantería no tenía que soportar lluvias ni heladas. Pero a César le divertía pensar en Hitler, Stalin y compañía secándose el sudor de la frente y gritando: «¡ataquemos! ¡ataquemos! / Pero no podemos, *Mein Führer*, el enemigo... / ¡He dicho que atacemos! ¡*Sieg Heil!* ¡Qué calor!»

César compartía a veces estos pensamientos con Ada, y ambos se reían. Un día, estaban comiendo juntos en un restaurante italiano en Minato.

César dijo:

–Démonos prisa. Tengo que volver al instituto.

–¿Hasta qué hora tienes clases hoy?

–Hasta las cinco.

–¿Nos vemos después?

–Claro.

Ada quería saber si César estaba rumiando lo mismo que ella: ese siete de agosto –igual que todos los demás sietes de agosto–, era el cumpleaños de Baltasar. Pero aquel verano, la existencia de Baltasar le resultaba más inquietante, no sabía por qué.

César terminó las clases a las tres y fue directamente a casa de Keiko.

Ella le recibió en bragas, con una enorme camiseta de los Yomiura Giants que le llegaba hasta las rodillas.

Estaba pálida, con los ojos entrecerrados, cansados.

–Hoy no me encuentro muy bien... –le dijo en un español esplendoroso–.

¿Te parece si nos echamos un rato?

César no quiso saber nada de eso. Insistió mucho –hay quien diría que demasiado– en hacer el amor de todas formas, durante un par de horas, sin descanso.

Después, se fue sin decir nada.

Keiko lloró hasta quedarse dormida.

César saludó a la señora Tamaki con una sonrisa:

–Hola, vieja perra sarnosa.

Y subió a casa.

Allí le esperaba Ada, que le dijo que pensaba que llegaría antes.

–Pues he llegado ahora, ¿qué pasa?

Así empezó una discusión que duraría horas:

Cuando la bronca parecía disminuir el tono cualquiera de ellos la alimentaba con algún comentario más hiriente y desalmado.

César salió del apartamento y vio las cabezas de media docena de japoneses que se asomaban al pasillo, consternados por el alboroto.

Caminó durante horas por Shinjuku, sin rumbo aparente, y pensó en Baltasar y en sus viejos amigos, los que ya no tenía. Ese día era su cumpleaños y seguro que le iban a hacer una buena fiesta, como debía ser. Seguro que era muy feliz.

Esa tarde, al volver a casa, se calmó y se dio un baño, luego se sentó al ordenador y llamó a Virginia. Su hermana era la única persona del mundo cuya felicidad no le resultaba ofensiva cuando él se sentía mal. Es más, Virginia tenía la capacidad de transmitirle parte de la alegría que, según él, tenía para regalar. En aquella ocasión, sin embargo, se encontró a una Virginia un tanto oscura, pesimista:

–Nadia se ha ido. Me ha dejado

Virginia habló durante más de media hora sobre su extinta relación.

Llevaba casi un año con esta chica, pero César siempre olvidaba detalles sobre ella, como su oficio, su cara, sus gustos, su nombre. A decir verdad, nunca se había tomado en serio aquellos escauceos de su hermana con el lesbianismo.

«No sé, es como si quisiese demostrar algo... No me lo creo», le confesó a Ada en una ocasión.

–Se ha ido, ha cogido sus cosas y se ha marchado...

César se extrañó, pues no sabía que viviesen juntas.

–Hace seis meses que vivimos juntas, ya te lo dije. Eres un imbécil, nunca escuchas...

César se excusó, y le juró con toda la sinceridad que a partir de ahora iba a escucharle más, que le sabía muy mal que fuese infeliz.

Virginia lloró, y César la consoló con una efectividad que sorprendió a él mismo. Le dijo que la felicidad era esquiva, un tanto caprichosa, pero que no había ningún espíritu maligno conjurando contra ella, ni nada parecido. Que se relajase, que era una chica guapísima y muy inteligente y divertida, y que encontraría a alguien mejor que esa «bruja bollera» de Nadia. Virginia se rio y se secó las lágrimas.

Virginia, calmada y agradecida, se secó las lágrimas y le dijo que de este año no pasaba, que iba a visitarle a Japón, sí o sí, que le pedía dinero a papá y que se iba a pasar unas semanas con ellos.

La idea de pasar tiempo con su hermana se le antojó como un regalo inmerecido, como un gran placer del que habría de disfrutar cada minuto. Y eso nunca antes había sucedido: amaba a su hermana, pero su relación se basaba más en la seguridad de saber que estaba bien y feliz que en pasar tiempo juntos.

César se preguntó por qué se sentía así en ese instante, por qué tenía tantas ganas de ver a Virginia. Lo achacó, ingenuamente, a los miles de kilómetros que les separaban y a la madurez que ambos habían adquirido. Con el humor transformado se dirigió al salón, y se plantó delante de Ada.

–Perdóname. No me hagas caso. Ya sabes cómo me pone el calor...

–¿Dónde has estado?

–Por ahí, dando un paseo.

–¿Qué tal está Virginia?

–Mal. La ha dejado la novia.

–Qué pena...

–¿Me has oído? Lo siento...

–Yo también... ¿qué quieres cenar?

Esa noche cenaron juntos, hablaron relajados de diferentes temas banales y se tiraron en el sofá. Ada se quedó dormida a los pocos minutos. César pensó en el día, en el encuentro con Keiko. Intentó sentirse mal y culpable, asco por sí mismo. Era obvio que no había actuado de forma correcta. Sin embargo, cuando estaba a punto de sentir la repulsión que a su juicio merecía, se quedó dormido.

A diferencia de otras ocasiones, a Ada le empezó a gustar su nuevo trabajo desde el principio. Traducir *newsletters* y artículos sobre temas farmacéuticos era una tarea mecánica y soporífera, pero precisamente por eso Ada se sintió relajada desde el principio: cuando empezaba un nuevo empleo siempre se preguntaba si era posible que, por una vez, hubiese dado con el trabajo de sus sueños, con aquello en lo que podría destacar y llegar a ser especial. Le pasó en la tienda de ropa donde trabajaba de joven, en un estudio de arquitectura que se dedicaba al diseño de escaparates y, ya en Japón, el chasco se lo llevó trabajando en una galería de arte y, un par de años más tarde, como profesora de español en una escuela primaria de Saitama. Nada le hacía que pensar que trabajar en

una empresa que vendía tiritas y gasas pudiese desvelar una serie de nuevas cualidades e intereses, y eso le quitaba toda la presión.

Además, las oficinas estaban en Shinjuku, y tardaba unos veinte minutos en bicicleta en llegar, lo que en Tokyo es prácticamente como trabajar al lado de casa.

Dentro había buen ambiente, porque todos eran extranjeros –menos el supervisor, Daisuke, que era muy simpático– y se llevaban muy bien. Era fácil tener una buena relación con ellos; era como si todos sus compañeros estuviesen hambrientos de nuevas amistades extranjeras, de acercarse a personas que vivían tan lejos de casa como ellos, porque les hacía sentir en casa.

Ada trabajaba en una mesa que compartía con otras cuatro personas: Monika, Matthew, Carine y Madhur. Formaban un grupo variopinto pero sumamente unido. Matthew era norteamericano, alto, guapo, seguro de sí mismo pero no demasiado. Madhur era indio, un poco enclenque y cojo –tuvo un accidente de pequeño–. Carine era una chica de Sao Paulo de origen austríaco. Era muy habladora y enseguida congenió con Ada. Monika era alemana, seria, un tanto desdeñosa quizás. Hablaba muy bien inglés, pero cuando Madhur y Matthew no estaban hablaba siempre en alemán con Carine, lo que llenó a Ada de inquietud.

En una ocasión, después del trabajo, fueron a tomar algo a una taberna que estaba cerca de casa. También estaba Daisuke y otros integrantes de diferentes equipos. Bebieron durante horas y, Ada se lo pasó tan bien que por un momento olvidó que estaba en Tokyo viviendo con César. Su rostro se le antojaba lejano y difuso, como si se hubiese quedado en un amor de juventud, más bien en una vieja obsesión irracional. Daisuke y otros japoneses de la empresa bebían como si se fuese a acabar el mundo, y era inmensamente gracioso ver como se tambaleaban para ir al baño, como reían apoyados en la pared. Luego cantaban viejas odas japonesas en el karaoke, y o hacían todos tan mal que llegó a pensar que esa era la forma correcta de cantar esas canciones.

Llegó a casa con los pensamientos hechos trizas, agotada, y se tumbó en la cama. César se hizo el dormido, pero estaba despierto. Despierto y enfurruñado porque Ada había llegado tarde. Ella le abrazó por detrás, y él se dejó hacer.

Fue a finales de verano cuando César se atrevió a llamar al despacho el director Kawabashi: le temblaban las manos, y él se odiaba por ello. César tenía en su cabeza un complejo sistema de estratos «sociales», completamente irracional y absurdo, pero lo tenía y no había manera de desmontarlo. No se basaba aquel esquema en criterios clásicos como el dinero, el status social, el cargo. No tenía nada que ver. César era capaz de tratar con desdén a jefes, a ricachones o a hombres más fuertes que él. Pero cuando alguien, como era el caso del director Kawabashi, ocupaba un puesto *superior* en su esquema y César debía hacerle frente, sus debilidades se hacían fuertes y hablaba y se comportaba como alguien lleno de complejos.

Cuando eso ocurría cerraba los puños y se decía cosas como: «si no me sube el sueldo me voy a otra parte. Se acabaron las chorradas.»

El director Kawabashi le recibió con simpatía profesional. Le ofreció agua, o té –César declinó la invitación– y escuchó atentamente sus demandas. –Ya sé que Tokyo es muy caro, pero en este momento no podemos permitirnos aumentos.

César asintió, absorbió las palabras del director con amargura.

–Es usted un gran profesor, pero si opta por abandonar el instituto por este motivo... lo entenderé.

César dijo que no, que estaba muy contento en su puesto y que no quería abandonarlo.

Volvió allí al día siguiente, lleno de argumentos estudiados durante la noche, de ideas.

Le dijo al director que tenía una propuesta: organizar actividades extraescolares que se desarrollarían íntegramente en castellano. Se le había ocurrido visitar museos y parques de Tokyo, excursiones a Hiroshima o a los templos de Kyoto, clases de claqué, de cocina. Cualquier cosa. Y todo se desarrollaría en castellano.

–Es una buena idea. Muy buena, de hecho. Pero me temo que no hay dinero para eso... Ya le dije ayer que andamos justos de presupuesto.

César sonrió y le extendió un papel. En él se describía un presupuesto detallado, con cifras, aproximaciones, horarios, profesores, etc. Kawabashi rumió palabras en japonés mientras se rascaba la larga nariz.

–Está bien, déjeme echarle un vistazo, y luego lo discutiré con la junta.

Kawabashi sonrió y extendió su mano. Al apretarla, César pensó que aquella gélida y consistente mano, tan diamantina, pertenecía a un cadáver, o a alguien sin circulación sanguínea.

Cuando César conoció a los compañeros de Ada no se sintió impresionado por la inteligencia de ninguno de ellos: «son un poco bobos... muy simples».

Ada se sintió un tanto ofendida, pero no dijo nada al respecto. O por lo menos directamente, porque siempre que tenía oportunidad soltaba detalles sobre sus nuevos amigos como si fuesen grandes logros: «pues Carine habla seis idiomas», «Monika patina de miedo», «Madhur tiene una facilidad para el cálculo increíble», «Matthew fue campeón de ajedrez en su ciudad». Y César torcía el morro, y decía «bah». Algunas de esas afirmaciones –como la de Monika o la de Matthew– eran mentira, y las decía solo por chingar.

Ada descubrió más tarde que sus compañeros tampoco sentían una gran simpatía por César, ya que nunca le preguntaba por él, cuando sí lo hacían por Carlos, el marido de Carine. Aquello no le molestó. Más bien, todo lo contrario. Le gustaba que aquel pedacito de Tokyo fuese solo para ella.

A finales de setiembre César le propuso a Ada una cena:

–Vayamos a aquel sitio de ramen tan bueno.

–Es que tengo cena con los de la oficina...

–Ah, ¿tengo que ir yo también?

–Solo vamos los colegas. Nada de novios, lo siento.

Le dio un beso en los labios y fue a cambiarse.

–¡Pues yo me pido una pizza! –gritó César, repanchingándose en el sofá, más o menos aliviado.

Aquella noche hubo una fiesta en un local de Minato. Estaban casi todos los compañeros de Ada, con sus novios, novias, maridos, mujeres. Algún amigo, también. Uno del equipo de finanzas se marchaba tras siete años en la empresa y los directores le prepararon una buena fiesta a la japonesa, con mucha cerveza y comida, karaoke y juegos.

En general había un gran ambiente en la oficina, entre compañeros de equipos diferentes y entre jefes y empleados. Sin embargo, a medida que avanzaba la fiesta se formaron dos grupos: en uno, los japoneses, y en el segundo, los extranjeros. Esto sucedió sin planearse, pero a según pasaban las horas y la embriaguez se manifestaba todos comenzaban a hablar en el idioma que sentían más suyo.

Así, los japoneses bebían su cerveza Asahi y los extranjeros vino o vodka. Unos entonaban con torpeza viejas canciones y los otros bailoteaban despreocupados, como lo harían en cualquier discoteca europea.

Matthew y Madhur reían todo el tiempo. Formaban una extrañísima pareja, pero al mismo tiempo parecían entenderse a la perfección, como viejos amigos de la infancia. La visión de aquellos dos hombres tan diferentes, de coordenadas tan remotas entre sí, enterneció de algún modo a Ada y alteró la concepción que tenía sobre las relaciones. Se vio a sí misma entendiendo de forma errónea lo que para personas, tal vez, menos inteligentes, como decía César, era una realidad tan simple que ni siquiera había que reflexionar sobre ella.

Aquella Noche, le dijo Matthew a Ada:

–Me gustas.

Ella rio, y siguió bailando. Toda ella sudaba, se moría de sed.

–De verdad. Estoy loco por ti.

Esta vez decidió ignorarle, hacer como si no hubiese escuchado nada.

El siguiente lunes no hablaron del asunto. Ella le saludó con normalidad, sonriente, sin asomo de incomodidad, lo que permitió a Matthew convencerse de que Ada no recordaba nada de lo sucedido.

Ya terminaba el verano cuando Kawabashi llamó a César a su despacho.

Le recibió con una sonrisa tibia, que para él ya suponía mucha sonrisa.

César se fijó en que, cuando sonreía, perdía el aspecto japonés, como si sus rasgos se modulasen hasta parecer occidentales.

–Hemos revisado su plan –dijo–. Y no hay duda de que es interesante.

Haremos una prueba piloto, ¿qué le parece?

El director le propuso una serie de actividades, aunque, más que proponer, le informó de lo que sucedería de aquí en adelante, por lo menos hasta navidad. El programa consistía en una excursión a Kamakura el mes siguiente y un circuito de películas españolas y latino americanas en el instituto.

–Y sí, no se preocupe. Estas actividades serán remuneradas...

Esto lo dijo sin que César se lo preguntase. Él asintió con formalidad, sin sonreír, aunque por dentro celebraba el «ascenso». César jamás le habría preguntado otra vez por el aumento, porque consideraba que esa cabra estaba ya ordeñada. Es más, habría llevado a cabo esa labor

completamente gratis, a regañadientes pero sin protestar. Kawabashi seguía ocupando un alto puesto en el gráfico social que César formulaba en su cabeza.

–También le ha llamado por otro asunto...

Kawabashi suspiró, y pasó sus lánguidos dedos por el cuello.

–Se me ha dado una noticia inquietante. Algo relativo a la alumna Keiko Minami.

César sintió el peso de toda la ciudad en sus hombros y notó un sabor ácido en la lengua. Kawabashi le explicó que sabía, por medio de alguien cuya identidad no pensaba revelar, que mantenía una relación con la alumna Keiko Minami. César supuso que alguien, quizás un compañero de trabajo u otro alumno, le había visto salir de su casa, o caminando juntos a las tantas de la madrugada, o quizás en la línea Yamanote, sentados el uno junto al otro con las manos entrecruzadas. Tokyo es tan ridículamente grande que César se creyó a salvo de cualquier clase de encuentro de carácter fortuito...

–Yo no soy quién para juzgarle. La señorita Minami es mayor de edad y, según su expediente, además de estudiar la lengua hispana, cursa tercero de arquitectura en la Universidad de Waseda.

Dijo esto con el cuerpo inclinado hacia adelante, como compartiendo un secreto que nadie más debía escuchar.

–Además –añadió–, a mí me parece ridícula esa norma de no tener relación con los alumnos. Esto no es un colegio, y si bien no es ideal, no se le puede decir a un adulto con quien puedo o no salir... Aunque tenía entendido que tiene usted una relación, ¿no es así?

César no supo qué decir, se sintió sumamente avergonzado y, al mismo tiempo, furioso con Kawabashi, de quien no esperaba una intromisión como aquella. Masculló varias ideas contradictorias sobre su relación, alargando ciertas palabras, como si quisiese dibujar en el aire los puntos suspensivos con la esperanza de que Kawabashi le interrumpiera para decir algo. Sin embargo, el director le seguía observando con sus ojos calculadores por encima de las gafas. Estuvo tentado de gritarle, de decirle que no se inmiscuyera en asuntos que no le correspondían... y lo hubiese hecho con cualquier otro. Pero Kawabashi seguía ejerciendo en él una presión insondable cuyo origen desconocía.

Kawabashi dijo, finalmente:

–No soy quién para juzgar a nadie. Solo le digo que vaya con cuidado. No quiero dramas en mi instituto.

Durante los siguientes días César regresó al despacho de Kawabashi en varias ocasiones. El director le trató con la familiaridad con que se habla a un alumno aventajado. Pasaron horas, después de las clases, estableciendo los detalles de las actividades y dando forma a nuevas ideas para el futuro; hablaron de libros, de cine, y también de deportes. Poco a poco, sus conversaciones fueron deshaciéndose del velo profesional que parecía envolver siempre a Kawabashi:

–No sabe usted cuántas ganas tengo de jubilarme...

César se extrañó: pensaba que Kawabashi seguía trabajando por un profundo amor hacia todo lo relacionado con el trabajo, como la disciplina,

las materias, los exámenes, incluso el hecho de madrugar para llegar el primero era un gesto de amor hacia su profesión.

–Pero debo seguir ahorrando... No es fácil jubilarse en Japón. ¿Sabe lo que hacen muchos ancianos de este país? ¿Eh? ¿No lo sabe? Pues cometen delitos para acabar en prisión, porque no tienen ni para alimentarse...

Enseguida se echó a reír, con un aire infantil que despertó una enorme simpatía en César, quien se dio cuenta, en ese instante, de que el director ya no ocupaba aquel lugar privilegiado en su esquema mental-social.

–¿Me imagina a mí en prisión? –añadió–. ¿Debería este viejo convertirse en criminal para que le den comida caliente?

César rio y le dijo que sí, que debería robar un banco o algo por el estilo. Tras compartir unas cuantas risas más, le preguntó por su esposa.

Kawabashi enmudeció y miró a ninguna parte con unos ojos súbitamente agotados. Poco después, dijo:

–Yo no tengo esposa...

César observó el anillo del director, que relucía en el anular izquierdo. Se extrañó, pero no dijo nada más.

César supo al poco tiempo, por pura intuición, quién había informado a Kawabashi sobre su relación con Keiko: lo supo por la frialdad con que empezó a tratarle un compañero que, hasta aquel momento, siempre había sido sumamente cercano y amable. Se llamaba Gonzalo. Era un hombre de cincuenta años, rechoncho, con el denso cabello alborotado y negro encajado en su cabeza como la pieza de un juguete. Era medio argentino medio japonés. Un día, al llegar al instituto, César se dio cuenta de que este ya no le saludaba, ni le hacía comentarios graciosos, ni le hablaba de fútbol –cosa que a César, en realidad, poco importaba–. César pensó que ya no le hablaba por vergüenza, o quizás por arrepentimiento. Decidió pasarlo por alto y no decirle nada. Si hubiese hablado con él al respecto habría descubierto que su agria actitud no tenía nada que ver con la vergüenza, sino con un hondo desprecio y sentimiento de decepción.

Ada desayunaba casi todos los viernes en un café estilo europeo que tenía cerca de casa. Tomaba café con leche y tostadas con mermelada y miraba por la ventana cómo los niños iban al colegio, muchos de ellos por su cuenta. Llevaban unos graciosos sombreros amarillos con barboquejo. Ada imaginaba a un hijo suyo, caminando entre todos esos niños con el mismo sombrero; seguramente destacaría por su altura, y por la forma de sus ojos y el color pálido de su piel. Quizás tuviese algo de rubio, como la madre y la hermana de César, incluso pecas, como ella misma cuando era pequeña. ¿Sería feliz en Japón? ¿Se sentiría uno más? ¿Echaría de menos un país y unas tradiciones que no llegó a conocer? Estas cuestiones llenaban a Ada de una intensa alegría, y no de dudas, porque estaba viviendo en un lugar muy lejano, muy diferente, sin que ella hubiese planeado nada, como si al lanzar unos dados invisibles al aire el azar le hubiese regalado esa vida. La sensación de viajar a la deriva en un insondable océano le colmaba de un gran alivio; creía observar los eventos como si fuesen parte de una película en la que ella era, como

mucho, un afortunado personaje secundario sin gran peso en la trama principal.

Se acordó de aquella vez, muchos años atrás, cuando al salir del trabajo sintió que alguien la seguía: enseguida se dio cuenta de que ese alguien era César, y disfrutó de su presencia prohibida y secreta. No por un placer sexual ni fantasioso, sino por el hecho de tener a un protector, un guardián, alguien que, de ser necesario, podría darle un sentido a su vida sin que fuese ella la responsable de encontrarlo.

Esa tarde, tras el trabajo, Monika y Carine le propusieron ir a tomar algo a Shibuya.

–Conozco un sitio con unos mojitos estupendos... ¡Los mejores de Tokyo!

–dijo Carine, emocionada.

Al llegar a Tokyo, Ada concluyó que Shibuya era el barrio que menos le gustaba. Era el perfil histérico y estridente de la ciudad, y no había manera de saber si ese era el verdadero rostro de Tokyo o un disfraz. Con el tiempo, sin embargo, llegó a disfrutar del bullicio de sus calles, del estrepito de las salas de pachinko y de los exagerados brillos de la noche de Shibuya. Para ella era como esconderse en un laberinto repleto de robots y de megafonías incomprensibles.

Se encontraban en un bar con mesas altas de cristal, en el segundo piso de un centro comercial. Afuera, los peatones que circulaban eran tantos que ni siquiera se veía un fragmento de la acera.

Monika les habló de algo inquietante:

–Por lo visto, la esposa de Daisuke está muy enferma...

Daisuke era el supervisor del equipo de traducción. Era un chico joven y alegre, enjuto, siempre mostrando sus enormes dientes al reír. Ada apenas había cruzado dos o tres palabras con él, y recordaba vagamente que estaba casado.

–Yo sabía que tenía un problema, pero no que estuviese tan mal... –dijo Carine.

–Pues parece que está muy mal. Qué lástima, solo llevaban dos años casados.

Ada se quedó embobada observando a los peatones que circulaban por la calle. Entre la marabunta de cabezas que desfilaban por allí, advirtió un rostro familiar. O, mejor dicho, una fisionomía craneal que le resultaba conocida. Era un hombre largo, de cuello erguido y hombros fuertes. Al reconocer a Matthew Ada no pudo reprimir una sonrisa, ni una fuerte exclamación: «¡Mirad! ¡Es Matthew!»

Su alarido llamó la atención de todo el local. Incluso Monika, embutida en sus pensamientos, se estremeció en su asiento.

Ada llamó por teléfono a Matthew –que iba acompañado de Madhur, solo que desde la distancia no se le veía bien– y bromeó con él, diciéndole que podía verle, que sabía lo que llevaba puesto. Disfrutó viendo como Matthew torcía el gesto y miraba a los lados, confundido en medio de aquel mar de cabezas flotantes.

Con las pistas que le dio Ada pudo, finalmente, identificarla desde la distancia. Entonces alzó su larguísimo brazo y sonrió. Matthew y Madhur

se unieron a las chicas y pasaron un buen rato todos juntos, hablando de esto y de lo otro.

Más tarde, Monika y Carine cogieron un autobús rumbo a Minato, y Ada se quedó con los chicos. Pasearon un rato por Shibuya y comieron taiyakis rellenos de pasta de judía dulce. Descubrió que Madhur era un chico tímido, a pesar de las bromas y su aire risueño. Cuando hablaba con Matthew u otro chico parecía una persona diferente, y eso le hizo gracia. Más tarde se fue en metro al piso que compartía con otros dos indios en Harajuku.

Matthew y Ada se quedaron a solas. Caminaron durante largo rato sin rumbo aparente, aunque sus pasos les llevaban hacia las calles que veían menos transitadas. Hablaron principalmente de trabajo, y Matthew le comentó varios detalles de su hogar. Venía de un pequeño pueblo en el estado de Washington, cerca de la frontera con Canadá. Su padre había sido minero, aunque estaba jubilado, y su madre tenía una tienda de material escolar. Su vida había sido tan fácil y apacible como la suya, pero en labios de Matthew, su relato parecía apasionante. Ada sintió vergüenza, porque siempre que hablaba de su existencia terminaba torciendo el morro, como si se avergonzase del rumbo que su vida había tomado.

Así, terminaron llegando a un santuario, al norte de Shibuya. Se encontraba en medio de un amplio bosque con árboles altísimo y caminos largos y sinuosos.

Ada se enorgulleció por conocer bien aquel lugar: le explicó a Matthew que se trataba de un santuario dedicado a los espíritus deificados del emperador Meiji y su mujer, la emperatriz *Shōken*. Se lavaron las manos y pasaron por el torii. Allí hicieron una ofrenda: escribieron cada uno un deseo en un papel para después introducirlo en un sobre e introducirlo en una estructura de madera.

Pasearon por allí en silencio. Se fijaron en los rezos de las personas y en el silencio que reinaba, a pesar de la cantidad de gente que había.

Matthew no preguntó a Ada qué había escrito en su papel, y eso le encantó. Matthew tenía un perfil anguloso muy atractivo y el pelo rubio siempre alborotado, como si se acabase de despertar. Sin embargo, siempre conservaba un rictus templado y reflexivo. Se podría pensar que esa característica también pertenecía a César, pero César era alguien abrumado por sus pensamientos, a pesar de su apariencia relajada. Mathew, sin embargo, desprendía una armonía que le recordaba más a Baltasar, aunque tuviesen personalidades opuestas. Pensó: «podría enamorarme de alguien así.»

Anocheía cuando Matthew le propuso tomar un café en la cafetería del recinto, junto al santuario. Siguieron charlando de diversos temas hasta que Ada, sin saber por qué motivo, dijo lo siguiente: «la otra noche me dijiste algo que me inquietó.»

Matthew respiró hondo, tranquilo.

–Ah, me escuchaste.

El chico sonrió, como si se riese de su propio fracaso.

–Lo lamento. No debí hacerlo. Tienes pareja...

Ada explicó que eso no era motivo para no expresar sus sentimientos, que había hecho bien. Matthew le pareció entonces, por primera vez, un tanto confuso, perdido. No sabía si había una puerta que se acababa de abrir o si, simplemente, Ada estaba cavilando.

Se mantuvieron en silencio hasta que Ada dijo que debía irse a casa.

En la parada de metro Ada miró a Matthew antes de despedirse y se plantó seriamente besarle en los labios. Podría abrir esa puerta y dejar que corriera el viento, ver qué ocurría. Su vida podría ser diferente, quizás ir a Estados Unidos y tener un par de críos rubios y trabajar en una tienda vendiendo libretas y estuches. Era un camino como cualquier otro, y fantaseó largo rato con su vida alternativa junto a Mathew.

Finalmente se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla y sonrió sin decir nada más. Se metió en la estación y no miró atrás. Durante los siguientes días, Ada no daría ninguna importancia a este episodio.

En una ocasión, días más tarde, le preguntó Ada a César:

–Si yo estuviera muy enferma... ¿Tú qué harías?

César contestó, de un modo consistente:

–Me moriría antes que tú.

La pregunta de Ada estaba relacionada, obviamente, con la situación de la esposa de Daisuke, pero ella no pensó en aquella mujer al hacer la pregunta.

Estaban comiendo algo en la cocina; él apoyado en la pared de baldosas frías y blancas, saboreando un yogur, y ella preparando un bocadillo de queso y hummus. Entonces se volvió Ada y observó a César: aunque seguía siendo delgado, una panza liviana se adivinaba a través de la camiseta. Las canas avanzaban, imparable, en la invasión de la cabellera de César. Sin embargo, pensó que era aún más bello que cuando era joven, y en cada uno de sus gestos reconocía al hombre del que se había enamorado de un modo tan salvaje y cruel.

–¿Qué pasa? –preguntó él al ver que Ada le observaba. Tenía los labios cubiertos por una masa púrpura y blanda, y Ada se rio.

Se acordó de una ocasión, paseando juntos, muchos años antes, cuando estiraba el cuello para parecer más alta y se humedecía los labios. Aquello le transportó un espasmo de felicidad. Dijo:

–Nada. Que te amo.

Él sonrió con ojos pícaros y balbuceó «*I love you too*», escupiendo a propósito diminutas burbujas de yogur que impactaban en la frente de Ada.

Pese a las protestas inocentes y divertidas de ella, terminaron haciendo el amor en el suelo de la cocina.

A mediados de octubre, César, otros dos profesores y una docena de alumnos tomaron el shinkansen de las ocho de la mañana y marcharon hacia Osaka. La idea era realizar una excursión como si fuesen turistas hispanohablantes. Todo se desarrollaría en castellano y cualquier alumno que intercambiase alguna opinión en japonés sería sancionado con una décima en el examen final. Se trataba de una prueba, por eso era necesario que saliese bien. Lo único que preocupaba a César es que fuese una actividad demasiado fácil, pues todos los alumnos de su curso tenían

un nivel muy bueno, más que de sobras para hablar sin dificultad sobre arte y arquitectura.

Al llegar a la estación de Shinagawa, donde se reunieron todos, César descubrió aliviado que Keiko no estaba entre los alumnos apuntados. En Osaka el cielo estaba cubierto por una capa grisácea, con unos cuantos huecos por los que se colaba la claridad de la mañana. Por momentos lloviznaba, pero la excursión transcurrió sin obstáculos: visitaron el castillo de Osaka, pasearon por Namba y se adentraron en los callejones de Umeda. Más tarde visitaron el Den Den Town, el distrito electrónico. Al acabar la mañana llegaron al barrio de Dotonbori, donde hicieron fotos al Glico-man, un neón de luces rojas, azules y blancas, que representaba a un atleta con los brazos abiertos, muy típico de Osaka. Allí mismo se pararon en un puesto de takoyakis, unas bolas de harina fritas, rellenas de pulpo y jengibre. Uno de los maestros preguntó a un alumno qué llevaban esos takoyakis, y el chico, muy risueño, dijo «*puropo*» en vez de «pulpo». César se moría de la risa. Los demás alumnos, que dominaban el castellano, tampoco eran capaces de pronunciarlo correctamente, y César y los demás profesores vengía a reír. También los alumnos reían, divertidos con su torpeza.

Todos decían: «*iPuropo! iPuropo!*»

César recordaría para siempre aquel divertido episodio, que precedió a uno de los instantes más estrepitosos de su vida.

Eran las dos. Se encontraban en un parque, profesores y alumnos, dormitando y compartiendo alguna que otra observación sobre la ciudad. César recibió una llamada. Era Keiko. Se alejó unos metros y respondió. La voz de la chica parecía lejana, como si un filtro se interpusiese entre los dos.

–Tengo que hablar contigo, ¿cuándo vuelves?

César respondió que volvía esa misma tarde, en un par de horas. Pero insistió en saber de qué se trataba.

–Estoy embarazada.

César permaneció en silencio. Sintió el sabor del pulpo y el jengibre en la garganta. Muy cerca de él paseaba una pareja joven, quizás adolescente. Él reía con superioridad, y ella le empujaba mansamente, divertida.

–¿Me oyes? Tenemos que hablar.

César permaneció en silencio durante todo el trayecto de vuelta. Los alumnos estaban agotados, y apenas pronunciaron palabra de regreso a Tokyo. Él se sintió afortunado. No podría haber soportado la cháchara del viaje de ida.

Nada más llegar tomó la línea Keihin-Tohoku hasta la estación de Ueno. Allí camino cabizbajo hasta el apartamento de Keiko. Caía una fina lluvia que le rasgaba las mejillas, y el viento, que comenzó a aparecer a mitad de camino, se colaba por el interior de la chaqueta y estremecía su cuerpo.

Keiko le recibió tranquila, muy serena. Le ofreció un té y le dijo que se sentase. Él obedeció como un niño pequeño. Pronto comprendería César que aquella calma se debía a la claridad con la que Keiko estaba dispuesta a comunicarle su decisión:

–Voy a tenerlo.

César sintió en aquel momento que el peso de su cuerpo era demasiada carga, que toda su sangre discurría en una dirección y abandonaba su cauce a través de un hueco cuya ubicación no conocía. También le abordaron unas intensas ganas de llorar, pero se contuvo.

–Puedes hacer lo que quieras, yo no te pediré nada... Pero digas lo que digas, lo tendré. Estoy decidida.

Al abandonar el apartamento de Keiko César rompió a llorar. La lluvia, ya intensa, disimulaba sus lágrimas y los ojos enrojecidos. Llegó a casa a las diez de la noche. Olió el aire y sintió el aroma del caldo, las verduras, la patata. El chirrido del sofrito en la sartén. Imaginó a una Ada conocedora del asunto, rota de dolor. O quizás fuese comprensiva. Al fin y al cabo, habían estado un poco distantes los últimos meses. Bien visto, podía ser incluso culpa de ella. Al menos en parte. César sacudió la cabeza y despejó esas sandeces.

Esa noche Ada estaba radiante, muy hermosa. César se fijó en que había engordado unos pocos kilos, y que su cara, un poco más redonda que de costumbre, le hacía parecer más alegre. Era como si alguien le hubiese informado del embarazo de Keiko y ella lo celebrase porque así podría librarse de César.

Ella le dio a probar la salsa que rezumaba en la sartén.

–¿Qué pasa? ¿Está demasiado caliente?

La voz de Ada despertó a César de su letargo.

–Eh, sí.

Y ella dijo, riendo:

–¡Pues sopla!

Ada se despertó temprano y salió a correr. Hacía meses que no hacía ejercicio, pero aquel día se sentía tan llena de energía que pensó que o salía a correr media hora o acabaría explotando.

Tokyo llevaba varios días con el cielo encapotado, y la humedad en el suelo le ayudó a no sentirse culpable por correr despacio. Sentía la grasa acumulada en el abdomen que subía y bajaba, y eso le produjo risa. A los dos minutos ya estaba cansada. La fatiga le agarraba los gemelos y los muslos y le provocaba ardores en el pecho. Pero entonces, escuchó la música que escupían sus auriculares: *I'm feelin' rough I'm feelin' raw I'm in the prime of my life / Let's make some music make some money find some models for wives...*

Aquella letra infundió en sus piernas una insólita fuerza. Eran en parte rabia, pero también una dulce histeria. Intentó recordar por qué la canción causaba en ella esa extraña excitación, pero no fue hasta que se detuvo –completamente devastada, con los músculos hirviendo– cuando revivió una noche en aquella discoteca, cuando se encontró con César y acabaron en la playa. Ellos dos, tumbados en la arena, observando las estrellas. La portada de la historia de su vida.

Fue aquel momento, tan lejano ya, el que le condujo hasta esta ciudad, hasta esta edad. Este mismo momento era una parte más en el camino, un episodio cualquiera de aquella novela que empezó con aquella letra:

I'm feelin' rough I'm feelin' raw I'm in the prime of my life / Let's make some music make some money find some models for wives...

Llegó a casa y comprobó que César seguía dormido. Con el rostro hinchado por el cansancio –el día antes había ido de excursión a Osaka con sus alumnos– y el pelo alborotado parecía un padre, un atractivo hombre de familia. Ada imaginó a un niño pequeño, de piel suave y sonrisa dulce, de frente perfecta, encaramándose a lo alto de la cama para llamar su atención. Aquella imagen le hizo sonreír, pero le provocó también cierta ansiedad, una sensación de lejanía inexplicable.

Le despertó con besos en el cuello, y él le miró como si no la hubiese visto en años, como si buscase algo en aquellos túneles que siempre afirmaba ver en sus ojos brillantes.

Al despertar, César comprobó que Ada estaba sudando. Acababa de venir de correr y tenía el rostro enrojecido. Le daba besos sin parar, y reía como si estuviese borracha. César se sintió inmensamente desdichado, como si se encontrara a punto de perder un tesoro que comenzaba a valorar. Recordó aquella ocasión, en la playa, cuando Baltasar y los demás retiraban arena de la playa: sus lágrimas, sus temores, y la felicidad que estos infundieron en su corazón.

En ese momento, recién despertado, le asustó su maldad, o lo que él entendió como problemas emocionales severos: la aparente felicidad de Ada le consternaba, sin embargo, su tristeza de antaño le había llenado de alegría.

A los pocos días de recibir la noticia, César entró en el despacho del director Kawabashi. Este le miró a los ojos y vio a un hombre empedregado, de hombros cansados:

–¡Parece usted un pececillo!

Kawabashi rio con disimulo su propia ocurrencia y, al ver que César no respondía a su simpatía, torció el gesto.

–¿Se encuentra bien?

César respondió que sí con una sonrisa nerviosa y eléctrica y, tras un conato de broma sobre el aspecto que traía –dijo que tenía jaquecas y que con la edad se le hacían más incómodas– pasaron a hablar sobre la excursión a Osaka del pasado sábado. César comentó que había sido un éxito, que los alumnos habían colaborado y que, seguramente, estas actividades podrían hacer crecer el interés en la escuela. Kawabashi estaba contento, muy animado. Parecía rejuvenecido y alegre.

César, deseoso de despejar su mente de negativismo y ansiedad, le dijo al director que tenía muy buen aspecto.

–¡Gracias! Me pasa cada nueve de octubre...

César arrugó la frente.

–No le han contado nada sobre este asunto, ¿verdad?

Se encogió de hombros, demasiado cansado para desvelar enigmas.

–Ya sabía yo que no era usted un cotilla. Por eso siempre me ha caído bien. Además, no es el más popular entre sus colegas...

Días atrás, César se habría sentido profundamente avergonzado por su carácter apático y frío con sus colegas. Que Kawabashi desplegara ante él

sus defectos y debilidades le habría llenado de angustia. Ahora, sin embargo, acogió con indiferencia aquella noticia, que para él era nueva.

–Mi mujer desapareció el nueve de octubre. Hace doce años.

César sintió enseguida el interés por la historia de Kawabashi. Despejó su mente de bebés y mujeres de ojos rasgados, y prestó atención.

–Mi esposa, Rumiko, se preparaba para el vigésimo cumpleaños de Takeshi, nuestro hijo mayor. Estaba radiante, más hermosa que nunca y muy contenta. Era una de esas mujeres que mejora con la edad, como el vino. Ya de joven era una chica muy atractiva, con ojos grandes y piernas largas, pero también iba encajando muy bien los años que pasaban, no como yo, que me iba quedando calvo y amargado...

»Rumiko siempre decía: «¡Ven a correr al parque!», «¡Vamos a clases de baile!» o «¡Vayamos de viaje a Roma!». Yo intentaba seguir su entusiasmo, y nadie puede negar que lo intenté y que, por momentos, incluso estuve a la altura. Sé que ella lo valoraba y que me amaba por eso, y por muchas otras cosas.

»Fui a comprar al supermercado. Me acuerdo como si hubiese pasado ahora mismo, esta misma mañana: compré azúcar para hacer los pasteles, platos de plástico, vasos, vino, fruta, carne, pan, embutidos, tomates, caramelos de miel y helado de nueces. Conservo todos los detalles, le podría incluso decir el importe exacto de todo lo que compré. De camino a casa me llamó mi hijo:

«Padre, ¿dónde está madre?»

«Está en casa.»

«Acabamos de llegar a casa, y no está...»

»No sé si es que la memoria dibuja detalles en el tiempo. Dicen que sí. Yo no lo sé. Sin embargo, recuerdo, o creo recordar, una sensación horrible en el estómago, como si alguien me lanzase latigazos desde una ubicación secreta. Corrí hacia casa, a toda velocidad, y me encontré a mis hijos, y mis sobrinos, y amigos de la familia. La puerta trasera estaba abierta. Lo único que se había llevado Rumiko era la chaqueta, el teléfono, y algo de dinero en efectivo. Nada más.

»Siempre, hasta el día en que yo muera, recordaré la voz de mi hijo, aún inocente, ingenua: «Padre, ¿Dónde está madre?»

César siempre había sospechado que tras los rasgos, aparentemente apáticos de Kawabashi, se escondía una historia trágica y sustancial. Era como si todo lo que sucediese en su corazón pudiese tener, únicamente, un carácter sumamente trascendental.

Quiso saber más.

–A día de hoy no sabemos nada. No la volvimos a ver... Por supuesto hubo una investigación, y llegué a ser sospechoso de asesinato. Si mira en internet incluso podrá encontrar un artículo sobre el asunto, con mi fotografía y los detalles que le acabo de contar.

«Entonces, ¿se fue así? ¿Sin más?» Esto lo pensó César. Pero el director intuyó sus pensamientos:

–No sé si se fue con otro hombre o no. No crea que no lo he pensado. Y créame que antes me negaba a creer algo así... Pero ha pasado el tiempo,

y le perdonaría. A medida que pasaba el tiempo deseaba con toda mi alma que se hubiese ido con otro hombre. Mejor eso que...

Tras la reunión, César regresó a casa encogido en su abrigo. Se protegía del viento y del aire viciado, que le llegaba de todas partes. Todo lo que veía en su camino, las bicicletas aparcadas, los autobuses, los vagones del metro, las mascarillas de la gente, le recordaban a Rumiko, la esposa de Kawabashi. Existía una verdad, una única y tremenda verdad que se les escapaba a todos menos a ella. Divagó durante todo el trayecto sobre esa cuestión: si Ada desapareciese... ¿Desearía, después de tantos años, que estuviese a salvo, con otro hombre, igual que Kawabashi? ¿O la preferiría muerte, víctima de un horrible crimen?

No lo admitió, ni siquiera en sus cavilaciones más íntimas, pero no supo darse una respuesta clara.

Por la noche, Ada se despertó. Vio que eran las tres y media de la madrugada. La luz lunar se colaba por las diminutas rendijas de la persiana y teñía la habitación de un tono claro y azulado. Acababa de soñar con algo inquietante, algo relacionado con un bosque, con un triciclo y con gomas de borrar. No recordaba la trama.

Escuchó el moqueo de César, a su lado. No supo decir si estaba despierto o dormido, pero su cuerpo parecía alerta, atrapado por una especie de pensamiento.

Ella susurró, como si hubiese alguien más en la habitación, además de César:

–¿Estás despierto...?

Por respuesta obtuvo un sollozo sordo, un llanto patético.

César pensaba en Kawabashi, en su rostro al descubrir la ausencia de su esposa. Una marcha trágica y corrupta que se le pegaría de por vida a los huesos, que le convertiría en anciano antes de tiempo. Sintió una pena tan honda y horrorosa que se echó a llorar en medio de la noche.

Al escuchar la voz de Ada, su consciencia, como si fuese una presa, intentó atrapar las lágrimas que se abalanzaron de golpe hacia sus ojos, ya humedecidos por una especie de pre-llanto.

Ella, sin decir nada, le abrazó por detrás. Parecía que lo supiera todo. Su abrazo parecía decir que sabía lo de Kawabashi y que compartía su pena, y que también estaba al tanto de lo otro.

Arrullado por el aliento de Ada, se quedó dormido.

César se impuso una rutina emocional a partir de entonces: por las mañanas, antes de ir al instituto, salía a correr. A veces iba con Ada, que se acababa de aficionar, otras veces lo hacía solo. Tenía preparadas una serie de rutas por Shinjuku, algunas de seis kilómetros, otras de ocho y otras tres o cuatro, o de diez. En función del día, según la energía y lo que le apeteciese ver en aquel momento –parques, carreteras, centros comerciales, campos de béisbol– escogía una u otra.

Luego se reunía con el director con la excusa de hablar de las actividades extraescolares o de las clases, aunque en realidad lo que hacían era desayunar juntos y hablar de cualquier tema. Tras las clases tomaba algo con sus colegas –había decidido caerles un poco mejor– e iba a casa, donde leía un poco y luego daba un paseo e iba a de compras con Ada.

No veía a Keiko, ni ella le llamaba. César a veces se despertaba en mitad de la noche, creyendo que sostenía un niño en sus brazos, que se lo enseñaba a Ada y que ella lloraba y gritaba y se le caían las uñas. La mejor parte del día eran los desayunos con Kawabashi. El director le había enseñado las reglas del *shōgi*, un juego de mesa muy parecido al ajedrez. Todas las mañanas jugaban y hablaban de política, sobre todo al principio. César aprendió mucho de política japonesa al hablar con Kawabashi, cuyas palabras, quizás por la voz grave o por la idea que de él tenía César, lograban hacerle entender las cosas mejor que cualquier manual de historia o documental.

Un viernes por la mañana, César, particularmente agotado, habló con franqueza: «director Kawabashi... he dejado embarazada a Keiko Minami. Y, francamente, no sé qué debo hacer...»

El director, con las piezas de *shōgi* desplegadas sobre el tablero, se limitó a decir lo siguiente:

–Es su turno.

César movió ficha, cabizbajo, sin apenas aliento. Sus entrañas tronaban, pero a la vez sentía una extraordinaria energía en los brazos, una descomunal inercia, como si hubiese roto unas cadenas que le mantenían amarrado en una gruta inhóspita.

Pasaron dos turnos antes de que el director se refiriese al asunto:

–Creo que su error es pensar en qué hacer para arreglarlo. A veces hay que aceptar la derrota, o, en su caso, la metedura de pata. No debería pensar en cómo volver a su situación inicial, ya que allí no puede regresar. Lo que debería hacer en mi opinión, es pensar en cómo hacer lo correcto. César frunció los labios. Las palabras de Kawabashi le dejaba con la misma pregunta sin respuesta.

De nuevo, Kawabashi adivinó sus pensamientos:

–Eso se consigue dejando de pensar en uno mismo.

César no supo si la súbita revelación, que le hacía ver la cuestión clara como el agua, se debía a las palabras en sí o a su procedencia, es decir, a Kawabashi.

–Lo que haga a partir de ahora va a cambiar su vida para siempre, pero no debe pensar en eso, sino en las otras tres personas involucradas.

Imaginó frente a él a tres figuras. Ada, Keiko y una silueta negra y borrosa. Le miraban fijamente, serios, expectantes a sus movimientos.

–Es usted una buena persona, aunque ahora no lo crea. No permita que esto saque lo peor de sí mismo, ni que su vida se convierta en una procesión lenta y gris hacia la tumba. Mientras la muerte no se cruce en su camino, las cosas volverán a asentarse. No sea idiota. Sea feliz.

César iba a formular alguna pregunta acerca del método o, más bien, del secreto protocolo para llegar a la felicidad en sus circunstancias, pero Kawabashi prosiguió:

–Y tampoco se crea usted que es un dios. Ahora piensa que ha arruinado la vida de su novia, que, con sus actos, ha roto algo que jamás podrá repararse. Pero también ella será feliz si se lo propone. Y si no lo es, no será culpa de usted.

Ahora César lloraba abiertamente, sin disimulo. Existía un vínculo entre él y Kawabashi que no había existido nunca con nadie, ni siquiera con Ada. Años más tarde, recordaría con mucho cariño el despacho del director, y sus dedos largos y serenos, y su nariz picuda, y las fichas de *shōgi*.

–Deje de gimotear como una mujer. Le toca.

César se secó las lágrimas, extrañamente aliviado, y movió un general de plata. Al final, ganó la partida.

Parte 3

Las montañas

Watashi wa Omi. Estoy cansado. Agotado. Finalmente, todas las horas me han pasado factura. Pensaba que encontraría la determinación para aprovechar el tiempo, leer los libros que he traído, estudiar para el curso que viene... Pero me ha vencido el hastío. Es que han sido Once. Once horas. Y aún espero al siguiente avión que me lleve a esa ciudad desconocida y exótica para mí, que, supongo, será penosamente cotidiana para otros. A mí, en cambio me gusta Tokyo. Me encanta, me hace temblar de orgullo, de emoción. Ser engullido por esa colosal masa de individuos y distritos enormes hace que me sienta poderoso e insignificante a la vez, como si no fuese más que el dedo meñique de una gran bestia capaz de devorar el resto del mundo, como Godzilla. Me encanta Godzilla, aunque sea el enemigo número uno de Tokyo.

–Sigo pensando que es demasiado azúcar, Sara...

Miro hacia la heladería y se me clava la pena en el corazón. Pasamos de largo. Me encanta el helado. No hay nada que me guste más: ni los bistecs, ni los caramelos, ni los macarrones, no los flanes, ni los cacahuets. Todo eso me gusta, pero no hay nada tan rico como los helados, y si son de vainilla, más ricos aún. Y como acaba de comenzar el verano, pues siempre quiero helado.

Yo le digo:

–¡Eres una aguafiestas!

–No digas que soy aguafiestas... Soy tu tía, y no quiero que se te caigan todos los dientes antes de que te eches novio.

–¡Qué dices!

–¿Eso es lo que quieres? ¿Eh? ¿Quedarte sin dientes?

–¡Yo quiero un novio que me quiera incluso si no tengo dientes!

Mi tía comienza a hacerme cosquillas, y yo me meo de la risa. Ella también. Es como si al hacerme cosquillas ella sintiese lo mismo que yo.

–Venga, te compro un helado... ¡Pero solo una bola!

–¡Dos!

–Vale... ¡Pero solo dos!

Me siento un poco decepcionado: este aeropuerto es más pequeño que Narita. Mucho más pequeño. No me creo que una gran ciudad pueda tener un aeropuerto con tan pocas terminales. Viene un tipo de seguridad y pone su mano en mi espalda, me conduce por una serie de grandes pasillos. La gente viene y va con maletas y bolsas de compra. Qué aeropuerto tan pequeño.

Veo a mi padre a lo lejos. Está mirando su teléfono. Hace dos meses que no lo veo. Vive en Tokyo, como yo, pero no conmigo y con madre. Él tiene

su piso, en Minato. Él ha venido antes porque tenía que arreglar unos papeles para seguir viviendo en Tokyo. Normal, es que Tokyo es estupenda, seguro que es mejor que esta ciudad, que este país. Cuando me ve llegar percibo el rastro de la tristeza en su expresión: padre es muy sensible, aunque la gente no lo crea. Esta triste porque me ve más alto, porque he crecido bastante estos últimos meses. Tiene miedo de que crezca demasiado rápido.

Antes de llegar a él me veo reflejado en el escaparate de una librería, y hasta yo me estremezco al verme. No me reconozco. Llevo mi camiseta nueva una de los Miami Heat, turquesa, con las letras en rosa Hiroshi, el marido de madre, me la regalo por mi cumpleaños. Estoy un poco delgado, pero soy más alto que los chicos de mi clase. Mi madre siempre me felicita por tener tanto éxito con las chicas, pero yo siempre le digo: «soy un niño aún. Debo conocer mejor a las mujeres para pensar en el amor...» Dice mi madre que soy muy maduro para mi edad, incluso para admitir que soy un crío.

Padre sabe que no me gusta dar abrazos, pero se lo doy, porque hace tiempo que no le veo y porque sé que le gusta.

Me pregunta, emocionado:

–¿Cómo ha ido el vuelo, hijo?

–Ha sido... aburrido.

–¡Ya lo creo! Venga, vamos a comer algo.

–Me parece correcto.

Él se echa a reír, y yo no entiendo por qué.

–¿De qué te ríes?

–Nada, hijo. Vamos.

En el aparcamiento, observo el cielo y cierro los ojos. El sol acaricia mi piel bronceada, y padre me dice que debo beber mucha agua y comer fruta. Me encanta la sandía.

–Sí, pero en Tokyo hace aún más calor... El otro día alcanzamos los treinta y seis grados, y la humedad era insoportable.

Lo digo con orgullo, porque Tokyo es la mejor ciudad del mundo. A mi padre no le gusta que alardeé tanto de mi ciudad, pero yo me siento obligado, y siempre digo: «tenemos los tifones más grandes», «se tarda muchísimo tiempo en ir de una punta a la otra», «no hay metro con tanta muchedumbre en todo el mundo... ¡Hasta tenemos gente cuyo trabajo es encajar a la gente en los cagones!»

Yo sé que mi padre me quiere, pero al mismo tiempo le irrita. No sabe cómo encajarme en su vida, nos gustan cosas diferentes y cuando él hace el esfuerzo y empiezan a interesarse por mis aficiones, de repente deja de gustarme eso. Un día llegó a casa con un montón de cómics, y yo le dije: «es que ya no me gusta el manga, padre. Es una pérdida de tiempo.»

–Te prometo que va a ser un verano estupendo...

Estas palabras son más bien un deseo, o una oración al cielo.

Al entrar en el coche me pongo el cinturón de seguridad. Justo en ese instante, padre recibe un mensaje.

¿Tía? ¿Qué te pasa, tía?

Yo le hablo, pero ella no me escucha. Se queda mirando el móvil como una estatua.

–Tía Ada, ¿qué pasa? ¡Te has quedado blanca como las nubes!

Me subo al banco con cuidado para que no se me caiga el helado y miro la pantalla de su teléfono. El mensaje informa del fallecimiento de «un ser muy querido por todos cuantos le conocían.»

Y sigue:

«Nuestro amado Baltasar falleció en la noche de ayer tras dos días en cuidados intensivos. Luchó por su vida con el coraje que le caracterizaba, pero finalmente no pudo curarse de las heridas causadas por un desafortunado accidente de tráfico. Sus seres queridos nos reuniremos el próximo día siete para rendir homenaje a su vida.»

Padre lleva dos días de muy mal humor. Sé que era un viejo amigo suyo el señor que murió, pero es que yo lo veo, más que triste, enfadado.

Esta mañana me ha dicho:

«Corre, ponte la camisa y los zapatos, sé que te van un poco pequeños pero bueno, da igual.»

Yo hablo muy bien castellano, pero no es mi idioma natal, y él lo ha dicho todo muy rápido, con la boca casi cerrada. Seguro que pensaba en sus cosas. Le he dicho que no lo he entendido bien y me ha gritado muy fuerte. Yo... casi lloro. Pero él ha venido a abrazarme y a pedirme perdón:

«No me hagas caso... Es que no hago nada bien.»

Esto me ha puesto más triste que los gritos.

Ahora estamos en un taxi, de camino al funeral de su amigo. Él mira los otros coches que pasan por la carretera. Está mudo. No creo que quiera que yo le diga nada. Pero él me dice:

–Tranquilo, después de esto seguiremos con el plan. Iremos a la casa de los abuelos en la montaña. Ya verás que bien que lo pasamos.

Vamos a la montaña porque a mí antes me gustaba mucho ir de excursión a Okuchichibu o al monte Wanakurayama, con el colegio. Pero en realidad ya no me gusta. Ahora prefiero el mar. Pero no me atreví a decírselo a mi padre cuando me compró los billetes de avión.

La tía Ada está un poco mejor. Ya no llora en silencio, ni se mira al espejo como si esperase encontrar al espíritu de su amigo apareciendo detrás de ella. Ahora observa discretamente a la gente que está en el velatorio. Sin embargo, me parece un poco raro que nadie se acerque a ella a saludarla. Con lo mucho que ha sufrido ella... Aquí parece una desconocida, una eventual, alguien con quien el fallecido compartió un café en una ocasión. Una señora muy amable pero muy gorda me pregunta de qué conocía a Baltasar.

–¿Yo? Yo no le conocía... Era un amigo de mi tía.

Le explico que mis padres están de viaje en una isla muy chula y que yo pasaré unas semanas con mi tía. Ella no me ha preguntado, pero me encanta pensar que me queda todo este tiempo con mi tía, y decirlo hace que me sienta tan bien...

La señora me acaricia la cara y yo giro la cabeza. Es que su mano huele un poco raro, como a perfume quemado. Por la puerta veo a un chico que entra. Es un poco chinito, no mucho. Lo justo para parecer un dibujo

animado. Me mira con expresión seria, con ojos de mono aburrido. Qué guapo es.

Padre contempla el panorama de un rápido vistazo, y se queda de piedra al posar sus ojos sobre una mujer. Ella es hermosa, tiene los ojos pensativos y la expresión tranquila. La veo y me da ganas de descansar, de tumbarme en un sofá y dejar que me lea un libro de aventuras.

Se queda blanco, como si hubiese visto el espíritu de su amigo rondando por ahí. Se acerca a ella despacio, y yo le sigo con curiosidad. Ella también parece sorprendida, pero finalmente sonrío, y le da dos besos. Los demás asistentes les miran con atención, como si fuesen los protagonistas de una obra de teatro. Pero de una desagradable, porque todos les observan con el gesto torcido, parecido al que me sale a mí cuando tengo que comer brócoli. Detesto el brócoli.

Se hablan en voz baja, muy cerca el uno de otro. A mí eso no me interesa, y, aunque acabo de entrar ya me abruma el aburrimiento. Al fondo de la sala hay una niña, puede que un poco más pequeña que yo. Al verme sale corriendo y se esconde detrás de un pilar robusto que hay junto a la entrada. Qué imbécil, qué maleducada. Portarse así, en un funeral.

La niña se arrima y me observa, asustada. Yo me siento un poco desconcertado, porque soy alto, pero no intimidado mucho. Será por mi aspecto tranquilo, no sé. Tiene los ojos verdes, muy brillantes, y el pelo oscuro recogido en dos trenzas, una a cada lado. Sé que a los chicos japoneses les gustan las chicas de ojos claros, las occidentales. A mí me gustan más las chicas de Tokyo. Son bonitas y saben comportarse. Siento la mano de mi padre, en mi hombro. Sé que es mi padre porque conozco la forma de su mano en mi hombro, y porque me toca con cierta angustia, como si temiese romperme.

Me doy la vuelta, y veo que a su lado está la mujer.

–Omi. Mi amiga Ada quiere conocerte.

La mujer extiende su mano. Me mira fijamente a los ojos. No sé si sonrío o no, pero está claro que hay algo en mí que le impresiona.

Yo digo:

–Encantado de conocerla.

La mujer mira a mi padre, sorprendida. A todo el mundo le impresiona que hable castellano. A mí me parece de lo más normal.

Mi padre, orgulloso, dice algo sobre mis notas y mis actividades, y la mujer me da la enhorabuena, y me dice que soy muy guapo, que me parezco a mi madre.

–Gracias, gracias.

Me cuesta un poco acostumbrarme a no inclinar mi cuerpo para dar las gracias. Sé que a los occidentales les hace mucha gracia, y a mí no me gusta hacer gracia a nadie. Ella dice que me espere, que quiere que conozca a su sobrina.

El chico habla con mi tía. ¿Qué se estarán diciendo? ¿Quién ese ese niño? ¿Y ese hombre que le acompaña?

Ada mira a su alrededor. Me busca. Esa es la cara que pone cuando quiere

saber dónde estoy. Estira el cuello como un conejillo y observa el aire, nerviosa. Es el niño quien señala en mi dirección.

Ya no soporto más este sitio, este olor, estas personas tan tristes. Mi padre y la mujer charlan frente a nosotros pero nos ignoran, como si fuésemos notarios dando fe de las palabras que se dicen. Esta niña, Sara, me pone un poco nervioso. Veo de reojo que me mira, y cuando me vuelvo para preguntarle algo rehúye mi mirada. Qué rara, qué maleducada.

Ahora la mujer se pone a llorar. Es más guapa cuando llora. Estaban hablando de Baltasar, y a ella se le ha cortado la voz en medio de una palabra. Mi padre pone el brazo sobre su hombro, pero no como a mí. Me parece que al hacerlo se relaja, que vuelve a respirar después de mucho tiempo.

–No llores más, tía...

Yo no puedo ver triste a mi tía. Es que no puedo.

–Va, por favor. No llores.

–Tienes razón, cariño. Perdona.

El señor sonrío, y me acaricia la mejilla.

–Qué buena eres.

Yo sonrío y me ruborizo a propósito, como siempre que me dicen que soy buena. Río, porque sé que no lo soy. Es como si me guiñase un ojo a mí misma, o como si compartiese risitas secretas con mi doble.

Después del funeral comemos en un restaurante muy bonito. Está en lo alto de una colina desde la que se ve toda la ciudad, y al fondo, el mar.

Yo, que soy muy charlatana, le explico a Omi cuáles son los edificios que se ven desde el mirador. Pero él es un tonto, y no hace más que decir: «Tokyo es más antigua», «Tokyo es más grande», «Tokyo es mucho mejor» Qué pesado,

Pero entonces, después de un rato, me ha dicho:

–Cuando vengas a Tokyo ya lo verás por ti misma...

Y yo me he quedado pensando.

Padre y Ada no hacen más que hablar. Se miran durante largos ratos y susurran, con miedo a que nosotros les oigamos. O eso me parece a mí. Y yo, mientras tanto, tengo que hablar con Sara. Me cae bien, pero es muy pesada. No hace más que hablar de su ciudad y de su colegio, de sus amigas, de sus clases de tenis. A mí me gusta el tenis. Seguro que si jugamos, le gano. Es una chica.

Ada se acerca a nosotros, y a mí me sonrío y me acaricia el pelo. Me gusta cuando las mujeres de su edad me tocan el pelo, porque me gusta mucho mi pelo. Y me gusta como huele Ada: a primavera en una carretera.

Le dice a Sara:

–Cariño, ¿quieres que vayamos unos días a la montaña con César y Omi?

Yo miro a padre, sorprendido. Él no me mira, ni tampoco me pregunta a mí si me apetece que ellas vengan.

–Pero, ¿no íbamos a ir a casa de Diane a la playa?

Esta mañana imaginaba el sabor de la sal en la boca, el sol tostando mis brazos y mi espalda, la arena en los dedos de los pies. Ahora me imagino bichos y subidas empinadas. Y no me importa.

–Sí, pero podemos ir una semana a la montaña y luego ir a la playa.

–Bueno, vale.

–¿Segura? Si no quieres podemos ir directamente a casa de Diane. Ella me ha dicho que podemos...

–No, no, está bien. Me gusta la montaña.

–¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

–¡Desde siempre!

Al día siguiente, por la noche, llegamos a la casa que los abuelos tienen en la montaña. Ellos están de viaje en Francia y pasarán allí todo el verano. La esposa de la tía Virginia es de allí, y han alquilado un barco para viajar por el mar. A mí también me habría gustado ir, pero no he querido desilusionar a padre. Aunque, por otra parte, si lo que quería era pasar tiempo conmigo no entiendo porque vienen la mujer y Sara. Pero bueno.

Sara se ha quedado dormida junto a mí. Me gusta verla tan relajada, tan dormida, tan callada. Su cuerpo desprende un extraño calor relajante, como un teléfono apagado después de todo un día de llamadas y mensajes.

–Ya hemos llegado. –susurra padre, al llegar.

Nos envuelve una oscuridad casi absoluta. Estamos en una burbuja negra, me encanta. Muchos les asusta a oscuridad. A mí no. A mí me gusta. No veo montañas por ninguna parte. Sí veo una casa de dos plantas, de madera. La entrada está iluminada por una lámpara que hay junto a la puerta. Veo escaleras, un porche, un techo de pizarra, una chimenea. Dice mi padre que estuve aquí una vez, con dos años. Yo no me acuerdo de nada.

Padre coge en brazos a Ada y le susurra al oído: «Ssssh, ssssh...» Ella envuelve su cuello con sus brazos femeninos y delicados. Yo voy detrás, callado. Ada pasa el brazo por mi espalda y subimos juntos, como viejos amigos. Me estremezco cuando su piel toca mi nuca.

Al entrar, me sorprende un olor a alfombras, a mantas y a madera que me hace sentir extrañamente a salvo. Este olor, no sé por qué, me hace pensar en viejísimos indios nativos poseedores de divinos conocimientos, reservados solo a los ancianos que hablan con la naturaleza. La planta baja está gobernada por una chimenea sobre la que pivota todo lo demás: el sofá, mullido y oscuro, el sillón orejero, las estanterías. Subimos arriba, a las habitaciones, y me tumbo boca arriba. Todo lo hacemos en silencio, como si caminásemos sobre un lago helado, porque, según Ada, Sara tiene un sueño frágil: «se despierta con nada... Hasta el ruido de las gotas de lluvia en la ventana podría despertarla», dice. A mí me sorprende, porque Sara me parece una niña de sueño sano, de las que podría dormirse bajo el ojo de un huracán, como mi amigo Shinya, que, en una ocasión, de viaje en Kamakura, se quedó dormido en los lavabos del recinto del Gran Buda. Y luego no había manera de encontrarlo.

Duermo en una habitación de dos camastros pequeños. En una estoy yo.

En la otra está padre. Él ya duerme, o al menos está en silencio.

Pensando en el gran Buda de Kamakura me invade el sueño.

Me despierto con los ruidos que llegan de fuera. Oigo la risa de Sara, la de padre. Abajo, en la cocina, alguien trajina con trastos mientras escucha la radio. Creo que es la radio, porque no vi una tele anoche. Al bajar, Ada me da los buenos días con alegría y me dice que vaya afuera, que desayunarán bajo los árboles, ya que no hace demasiado calor. Yo le digo que primero debo ducharme y vestirme como es debido. No estoy presentable, tan despeinado, tan legañoso. Ella se ríe, y yo no entiendo por qué, lo que le hace aún más gracia.

El padre de Omi me dice que me parezco a mi tía, solo que mis ojos son verdes y los suyos negros. Por lo demás, igualitas. Me lo dice con una expresión un poco triste, como si la belleza fuese algo por lo que sentir compasión y no devoción.

Estamos pasándonos con los pies una pelota amarilla que él dice que es de volley pero yo sé que es de plástico, de tienda china ¿En qué momento empiezan a creer los adultos en la credulidad infinita de los niños?

Llega Omi, vestido con una camisa blanca, peinado, limpio como una avenida después de la lluvia.

Yo, en cambio, voy en pijama y huelo a almohada.

Le digo:

–¡Hey, dormilón!

Él hace como si nada, pero sé que le ha molestado.

–¿Qué hacéis? –pregunta, arremangándose la camisa.

Su padre le dice que juegan al fútbol, que si quiere jugar.

–No me gusta el fútbol –dice–. El béisbol es mucho mejor. En Tokyo jugamos a béisbol, no jugamos a fútbol.

Yo digo:

–Qué aguafiestas...

Un rato después estamos jugando a béisbol con un palo y una pelota de tenis. Yo lo detesto, porque no soy capaz de golpear la pelota, y Omi se ríe. Ada y César también. Yo me enfurruño y digo «¡No juego más!» Y ellos venga a reír. Debo ser muy graciosa.

Me encanta este sitio. Ahora veo las montañas, que anoche no veía por la oscuridad de la madrugada. No son muy altas, ni empinadas. Parecen los caparazones de unas enormes tortugas cubiertas de musgo. Se ven verdes y copiosas, pero mi padre dice que, en realidad, hay un montón de casitas y riachuelos allí a lo lejos. De hecho, según él, nuestra casa está en uno de esos «caparazones».

Cuando él habla, Ada le escucha. Yo tengo ganas de preguntarle a padre si está enamorado de esta mujer. Pero me da vergüenza.

–¡A ver, experto en béisbol! –exclama padre, sujetando la bola. Salgo del embrujo y veo que mi padre está delante de mí, a unos diez metros, imitando de forma penosa la postura de los *pitchers*–. ¡Demuestra cómo sabes batear!

Me la lanza –demasiado tibio, eso sí–, y yo golpeo orgulloso. Siento el Pum en mis manos, ese temblor, esa certeza de haberle dado un buen mamporro, como dicen aquí. Ada grita «¡wow!», y yo me fijo en Sara: mira la pelota con decepción, como si ese viaje emprendido por la esfera constatare su inferioridad.

Yo corro de base en base, y mi padre me da una palmada en la espalda. Me avergüenza decir que eso me hace feliz. Cuando finalizo mi primer *home run* en el extranjero, me fijo en que Sara no está.

–Ha ido a buscar la pelota... –dice Ada–. ¡La has enviado muy lejos!

Yo contesto, condescendiente:

–Voy a ayudarla.

–¡Qué pesado! ¡Qué idiota! ¡Es que es un pesado...! ¡Un idiota!

Me quedo sin imaginación cuando me enfado, siempre me pasa. Cuando mi madre me dice que llueve y que no podemos ir a la piscina siempre digo: «¡Qué mal! ¡Qué vergüenza! Es que me parece muy mal... ¡Una vergüenza!»

–Este Omi... Me pone de los nervios... ¡De los nervios!

Camino entre árboles buscando un destello amarillento entre la hojarasca. No pongo demasiado empeño, al fin y al cabo, la ha perdido él. Es más, si la encuentro, la escondo. Odio el béisbol. Ya lo tengo decidido.

Lo que me gusta es este silencio, el del bosque. Es un silencio lleno de ruidos, como crujidos misteriosos y bufidos de brisas que pasan por aquí y luego por allá. Es el silencio que me gusta, porque es el que me dice que, a pesar de no escuchar nada, no me he quedado sorda. Me siento tan tranquila, tan en paz... Es como si todo lo que tengo que decir, toda esta tensión que llevo dentro, dejase de tener importancia y hablasen solo los árboles y las hojas que crujen bajo mis pies.

Pero el silencio del bosque se rompe con su voz:

–¡Hey, tú!

Es Omi, que me persigue. Viene con la frente sudada, ya despeinado. Es extraño: quiero que se vaya, o, como mínimo, que me vea enfadada, pero al mismo tiempo quiero que se quede conmigo y me hable, que me diga lo que sea. Que me hable de su maldita Tokyo, si le da a gana.

–¿Qué haces? –me pregunta.

Pone los brazos en jarra, como si me regañase.

–¿A ti qué te parece? ¡Busco la pelotita de las narices!

–¡Si no está por aquí!

–¿Cómo qué no?

–La pelota ha caído por allí, obviamente.

Dice esto señalando en la otra dirección, en la opuesta a la que yo me dirijo. Es demasiado contraria a la que llevo yo. Me está tomando el pelo, seguro.

–Bah, bobadas...

Me gusta estar aquí, entre estos árboles, y estas rocas. Estoy muy lejos de Tokyo, pero sitios así se pueden encontrar en Japón, y por eso me siento en casa. Camino detrás de Sara, y observando sus pasitos torpes y decididos soy feliz. No sé qué significa eso, pero madre suele decir que cuando sentimos cosas que nos sorprenden suele significar que ocurre algo especial.

Sara se gira cada poco rato, se asegura de que le sigo de cerca y luego vuelve a arrugar su gesto de enfado, y sigue caminando.

Yo temo que, al volverse, perciba el bulto de mi bolsillo; la pelota de tenis la encontré al poco de salir a buscar a Sara, en realidad. Debió rebotar en

un árbol o en una rama y quedarse cerca de la casa. Ahora ella busca, pero tampoco es que se esmere en escudriñar el suelo.

–Oye, Sara –digo, pronunciando su nombre por primera vez–. ¿Estás buscando la pelota o solo estás de paseo?

–¡Calla!

–Es que si no miras el suelo no la vas a encontrar...

Sara se da la vuelta, enfurecida, y viene hacia mí:

–¡Esto es tu culpa...! ¡¿Por qué la tiraste tan lejos?!

–Es que...

–Eh, un momento... ¿Qué tienes ahí?

–¿Qué?

–¿Qué tienes en el bolsillo...? –Sara alarga el brazo, que anoche, dormida ella, me parecía corto e infantil pero que ahora me alcanza como una culebra larga, fibrosa y escurridiza–. A ver...

–¡No! ¡Detente!

Ella palpa mi pantalón, sobre la pelota, y se le iluminan los ojos.

–¡Oh!

Mi madre siempre dice que los hombres dicen muchas mentiras. En una ocasión le dije: «¡pero papá no!» Y ella, que acababa de discutir con él por alguna tontería, dijo: «¡papá también!» A mi aquello me dejó a cuadros, y francamente preocupada. Yo conocía muy bien a papá y nunca había advertido nada parecido a la falsedad, más allá de un inocente y perdonable «tranquila, no he puesto zanahoria en el caldo». Sin embargo, al poco tiempo lo comprendí y me sentí un poco aliviada. Si papá mentía a mamá, se alejaba para siempre, de forma definitiva, la fantasía de encontrar un chico guapo, listo y que además no mintiese nunca. Pero me ocurre algo extraño, y es que, aunque celebro la mentirijilla de Omi, me siento terriblemente sorprendida, no menos que si le hubiese visto una aleta en la espalda, o algo por el estilo. Al conocerle pesé que la verdad y la diligencia formaban parte de su naturaleza, del mismo modo que yo soy habladora o que me encanta la pizza. Sin una de esas cosas, Sara no sería *Sara*. Yo no sería *yo*.

Corro con todas mis fuerzas por el bosque, de vuelta a casa. Omi me persigue como un lobo, pero yo no me detengo. Quiero hacerle sufrir. Eso dice mi padre a veces: «¡a tu madre le encanta hacerme sufrir... ¡no hay nada que le guste más! Yo creo que a todas las mujeres os gusta hacer sufrir a los hombres... ¡No seas como tu madre!»

En una ocasión, cuando mi padre se había enfadado mucho con mi tía, entró en casa gritando esto: «Ada es una imbécil ¡No me extraña que su ex la dejara!» Aquello me hizo mucho daño, y estuve a punto de gritarle. Mi padre quiere mucho a mi tía, están muy unidos. Aquel día discutieron por algo, pero debieron olvidarlo deprisa, porque a los tres días ya estaban riendo y jugando como si fueran niños.

A pesar de aquello, yo creo que eso de que nos gusta incordiar es un poco cierto. Y ahora lo entiendo, porque estoy disfrutando:

–¡No corras! –grita él, desesperado.

Yo me río y muevo los brazos para ir más deprisa.

Esta noche hemos cenado macarrones. Yo me moría de hambre, pero he mantenido un buen comportamiento. Sara, sin embargo, come como una salvaje. Se ensucia toda, y mastica con la boca abierta. Y encima, se ríe. Es un desastre.

Me dice Ada:

–¿No quieres más?

Yo niego, y me limpio con la servilleta.

Ahora, después del postre –un flan casero hecho por Ada. Estaba rico– jugamos al trivial. A mí me gusta mucho. Jugamos por parejas; yo con Ada y mi padre con Sara. En realidad es una partida entre Ada y yo contra mi padre. Sara ríe, se aburre por momentos y juega a deslizarse por el suelo.

Al poco tiempo, Sara va por ahí soltando bufidos exasperados. Se abraza a Ada por detrás, que está sentada en el sofá, junto a mí, y dice, en tono cantarín:

–Me aburro...

–Espera, Sara. Ahora jugamos a otra cosa.

Me mira a mí, y sonrío con malicia. Yo no entiendo por qué.

Se me acerca, y me susurra al oído:

–Si no consigues que cambiemos de juego, les digo lo que has hecho hoy en el bosque...

Yo pongo cara de indiferencia. No es un asunto tan grave.

Pero ella añade, en mi oído:

–Así, pensarán que eres un perverso que me quería secuestrar en el bosque.

Ada y padre ríen divertidos. Deben pensar que compartimos secretitos y les gusta ver que nos llevamos bien.

Poco después "pierdo" el interés en el juego, y les propongo que juguemos a las cartas.

Y Ada exclama, toda graciosa:

–¡Sí! ¡Juguemos a las cartas!

Al día siguiente Sara no se encuentra bien. Le duele la barriga. Ada le acaricia la frente, y le dice que descanse, que está todo bien.

Yo acompaño a padre al pueblo, a pocos kilómetros de la casa. Durante el trayecto quiero preguntarle si ama a Ada, si va a ser su nueva novia o algo así. Pero no puedo. Me da vergüenza. Y como a él también le dan vergüenza estas cosas, siempre nos acabamos enterando de las cosas del otro de rebote, o por deducción.

El pueblo es poco más que un puñado de edificios bajos y casas de piedra, viejísimas. No es todo lo encantador que podría imaginar alguien cuando piensa en un pueblo de montaña, pero es útil, porque tiene un supermercado bien abastecido donde venden de todo, desde fruta o cereales a cantimploras de aluminio, cuerdas, o hachas.

Compramos un montón de comida y cosas para la casa. En el pasillo de los congelados me pregunta él a mí:

–¿Qué te parece Sara? Os lleváis bien, ¿no?

Yo me encojo de hombros.

–Sí. Es divertida.

-Es un terremoto... Me alegro de que os llevéis bien.

-¿Ada también era así de joven?

Mi padre se ríe. Dicen en la familia que tenemos una sonrisa parecida.

Pero yo casi nunca me veo la sonrisa.

-No, para nada. Ella era muy melancólica y reflexiva. Su hermano Oscar, el padre de Sara, sí que era un pieza...

Los altavoces del super claman la presencia en caja de una tal María. Acto seguido, como si fuese la banda sonora de esa mujer, suena una canción: «*ibailar pegados es bailar, igual que baila el mar... con los delfines!*».

Intuyo por el canturreo de una señora que es un tema famoso por aquí. Mi padre también la tararea mientras ojea el interior de las neveras. Yo doy unos pasos más y observo, en el pasillo de al lado, el aspecto de las frutas y las verduras: las manzanas son enormes y de un sospechoso verde fosforito. Sí me gusta el aspecto de las zanahorias, tan naranjas, tan perfectas. Siento ganas de llamar a mamá y decirle que estoy bien, y de ver a Sara.

Después de vomitar me encuentro mejor. Ada me acaricia la frente y yo cierro los ojos. Percibo un vacío en el estómago que me hace sentir bien, como si acabara de recibir un masaje.

-Tengo sed.

-Ya va, ya va.

Ada baja las escaleras y yo la sigo, y bebo agua fría, congelada.

-¡Espera a que se caliente un poco! ¡Te sentará mal!

A mí me da igual. El cuerpo pide agua fría, así que yo le doy agua fría. Que gustito.

Por la noche yo como arroz hervido con aceite. Los demás se hinchan a hamburguesas. Sobre todo César. Él es el peor. Mastica, me mira y hace «uhmmmm... ¡que rico!», solo para incordiar-me. Omi parece el padre, porque le mira con pereza y le dice que pare. Él come despacio, y a media hamburguesa dice:

-No quiero más...

Luego me mira y asiente. Es mi aliado.

Un par de días después Sara y yo convencemos a padre y a Ada para ir a la playa. Son dos horas y media de coche, y puede que no haga muy buen tiempo. Pero estamos decididos y no aceptaremos un no por respuesta.

Ellos aceptan nuestra propuesta sin rechistar, curiosamente, y Sara y yo lo celebramos como si hubiésemos vencido una final de béisbol.

Durante el trayecto yo le hablo de Shinya, mi mejor amigo. Le digo que es un poco más perezoso que yo y que no saca tan buenas notas, pero que es muy bueno y que nos divertimos muchos.

-Shinya es nombre de chico.

Ella asiente, impresionada.

-Él juega muy bien a baloncesto. Pero el béisbol no le gusta tanto...

Además, tiene los dientes torcidos. Espero que se los arregle cuando sea más mayor.

Ella me dice que su mejor amiga se llama Ana y que es pelirroja.

Estuvieron enfadas porque Damián, el chico que le gustaba a Ana, iba

detrás de Sara, pero finalmente las dos pasaron de él y volvieron a juntarse.

Espero que Omi no conozca nunca a Ana, porque entonces sabrá que no existe ningún Damián. Me he inventado un personaje radiante y atractivo que está por mí. Un chico fantasma del que, además, yo paso completamente.

La playa de este sitio es muy especial. Me recuerda a cuando voy a Kamakura con mamá y Hiroshi. Si cierro los ojos y me concentro en el sonido del mar, creo que estoy en Japón. Entonces escucho la voz de Sara: «¡vamos! ¡Chuta ya!», y no es que me traslade de nuevo aquí; más bien, imagino que ella está conmigo en Kamakura, y que se la presento a mis amigos, y todos alucinan porque es muy guapa y occidental. Yo haría un gesto con el brazo, como despreocupado, y diría: «bah.»

–Vale. Espera.

Le doy con todas mis fuerzas y envío la pelota al mar.

–¡Idiota!

Ella salta sobre las olas, y yo me quedo impresionado y un tanto cohibido, porque no sé si yo podría hacerlo tan bien como ella. Me encanta como se toma esta chica las cosas; es un poco ingenua, puede que inmadura –aunque solo tiene nueve años–, pero me gusta cómo piensa siempre en positivo, como si nada malo le pudiese pasar. Yo, en cambio, aunque parezco seguro de mí mismo, estoy siempre dudando si las cosas están bien o no o si debo cambiar o actuar de modo diferente. Ella no, ella pasa encima de las olas y se tira de cabeza como si tuviese branquias, como si, para ella, ahogarse fuese una cosa imposible.

Comemos helado y hamburguesas. César y Ada me dicen que tenga cuidado, pero es que estos dos días que estado un poco así no he comido casi nada. Tengo mucho azúcar que recuperar, y mucho kétchup y mostaza, jaja.

Cierro los ojos y escucho el viento, que desfila frente a mí. Me acaricia las orejas y el estómago:

–¡Amo el verano!

Los demás se ríen. También Omi. Espero que no piense que soy una cría tonta e imbécil. A partir de ahora le demostraré que puedo ser profunda, inteligente y astuta como él.

Intentaré ser más relajado, dejarme llevar. Al fin y al cabo, también yo soy un niño.

Llueve en la playa, y esto me hace sentir muy viva, como un animal salvaje, sin horarios ni menús ni escuelas. Solo vacaciones. No corro a refugiarme bajo ningún sitio. Dejo que me el agua me empape la piel y el pelo y el bañador y la espalda. Es como ir en una montaña rusa. Ada y César hablan bajo la sombrilla. Miran el mar como si viesen fantasmas en él.

Omi se me acerca por detrás. Lleva el pelo mojado. Qué guapo está.

–Han discutido.

–¿Qué dices?

–Sí. Les he escuchado...

Omi me explica que César y Ada estaban hablando de cosas del pasado, de Japón. De cuando vivían juntos.

–¿Juntos?!

–¿No sabías que tu tía había vivido en Japón?

–No, mi tía había vivido en *la* China.

–No. En Japón. China y Japón no son lo mismo.

–Bueno...

–Y se dice China, no *la* China...

Yo le saco la lengua, pero estoy preocupada. Este verano tan dulce depende de ellos dos. No quiero que se enfaden y que estos días desaparezcan. Creo que nunca viviré un verano tan bonito. Es extraño. Es como si muchas piezas se hubiesen colocado de manera caprichosa, sin que nadie interceda, para que estemos en la casa de la montaña los cuatro. No es muy probable que vuelva a suceder.

La lluvia ha comenzado a caer con fuerza, tanta que ni siquiera Sara ha querido seguir jugando. «¡Vamos a por helado! ¡Quiero helado!», ha dicho poco después, muy excitada. Y todos al chiringuito, a por helado.

Yo me quedo mirando el mar, ahora borroso tras la neblina blanca. La arena, húmeda, parece un barrizal. Estamos en una caseta de madera blanca y roída, solos. Además del camarero y un galgo que descansa junto a la batería del ventilador, no hay nadie. Yo siento un viento fresco en la cara, el olor de la sal y la humedad del bañador.

Padre recibe una llamada. Dice «es urgente», y se aleja unos metros.

Desde la distancia escucho su voz:

–Ah, hola, Kawabashi.

Yo me estiro como un chicle y le hago un gesto con la mano. Él sonrío y asiente.

–Omi te manda saludos... –Luego me mira a mí—. Saludos de Hideto.

Me gusta mucho Hideto (solo yo le llamo por su nombre. Incluso mi padre, después de tantos años de amistad y de sustituirle como director del Instituto Español de Tokyo, sigue guardándole un respeto incuestionable, como si se tratase de una figura religiosa muy especial). Pero más aún me gusta que le llame ahora. Es que mi padre es, en mi opinión, mucho más sensible de lo que la gente se cree. Y siempre se le cruzan muchas ideas y muchas emociones que le hacen sufrir... Pero después de hablar con Hideto está siempre más relajado, más optimista. Creo que Hideto, que antes era su jefe, le conoce de un modo profundo y muy especial. Cuando se ven siempre hablan de cualquier tema, juegan a *shōgi* y toman té rojo y comen *edamame*. Yo les observo, y me contagio de su calma. A veces, cuando miro a mi padre, siento que es mucho más joven, como si sus ojos revelasen, solo ante Hideto, todas sus inseguridades y las ganas de tapiarlas a través del conocimiento.

–Es Hideto... –le digo a Sara, que ni se inmuta—. Es el predecesor de mi padre.

–¿El precedequé...?

–El que era director antes de él. Es que mi padre es director.

Sara no parece impresionada, pero creo que es porque tiene un helado en

las manos. Cuando hay comida de por medio, a ella se le olvida todo. Sus sentidos se concentran exclusivamente en disfrutar del sabor.

Ahora saca la lengua para pasarla por encima de la bola de vainilla, y me mira con los ojos vacíos de mosquito.

Después vuelve padre, y he acertado de lleno: está contento, o, más bien, aliviado. Pasa el brazo por el hombro de Ada y sonrío. Ella le devuelve el gesto, un tanto cansado, y agarra con su mano el dedo índice de mi padre.

Si fuesen dos personas desconocidas resultaría una imagen tierna; dos padres felices y enamorados, compartiendo la alegría de ver la lluvia y el mar junto a sus hijos. Pero es mi padre, y nunca lo he visto así. Le he visto con otras mujeres, en Tokyo, paseando o comiendo. A veces sus "novias" intentaban ser simpáticas conmigo, pero exageraban en su comportamiento, en su acercamiento emocional.

Ahora me vuelvo hacia Sara, para ver lo que piensa. Ella me ignora a mí y a todo cuanto le rodea. Ella solo lame el helado, y mira las olas...

Hoy me he quemado, y eso que no hemos ido a la playa. Estábamos en la cima de una colina, uno de esos «caparazones», como le gusta decir a Omi (aunque yo no le veo la gracia) y nos hemos encontrado con un riachuelo. Yo he querido convencerme a mí misma de que puedo actuar de un modo diferente; no todo tiene que ser brincos y helados y escondites. Me he tumbado al lado de mi tía, en una toalla circular tendida sobre una enorme piedra plana, como cortada por la mitad. Y me he puesto a leer un libro de Enid Blyton que he encontrado en una estantería, en la casa.

César me ha dicho:

«Qué recuerdos... ¡creo que es la primera novela que leí en mi vida...!»

Y es que a mí leer me gusta, porque me relaja. De hecho me relaja tanto que me quedo siempre dormida. Al despertar, me quemaba todo el cuerpo. Mi tía y César no estaban, habían ido a dar una vuelta por los alrededores, y Omi estaba por ahí con la pelota.

«¡Que mal! ¡Mi espalda!»

En casa, mi tía me pone una crema, pero yo le digo que es una tonta, porque me ha dejado dormida ahí, al sol. Ella se disculpa, me da un beso enorme.

—¿Dónde estabas? —le pregunto.

—Hemos ido de paseo...

—Sí, pero...

—¡Ay, lo siento!

Omi me dice que se han ido cogidos de la mano, mirándose como dos tontos.

—Yo creo que están enamorados... Seguro que se han besado.

Sus palabras me hieren profundamente, me hacen sentir sucia, poco especial. Le digo que se calle y que me deje sola. Que no diga tonterías. El resto de la tarde llueve, afortunadamente. Yo me quedo acurrucada en la cama, en la penumbra. Escucho la lluvia en el tejado y en la ventana, y busco razones para sentirme triste, algo que rompa la cápsula donde esperan las lágrimas y que estas desfilen por mis mejillas hasta sentir el

tono salado en mis labios. Lo hago de vez en cuando, en días leves y sin gracia como este. A veces, cuando la felicidad ocupa todo el espacio, al más mínimo brote de angustia, de tristeza, de pesadumbre, intento descifrar su olor y su forma para contrastarlo con mi alegría. Es como ver una película de amor; yo lloro más cuando me siento enamorada que cuando nadie me gusta. El caso es que para conseguir esa sensación necesito que ese sentimiento negativo crezca y tome forma distinguible. Es peligroso, porque si me paso puede hacerse demasiado grande y entonces me paso un par de días (¡o más!) muy triste y desengañada. Ahora, sin embargo, lloraré un poco y luego, con el regusto ácido en la nariz, bajaré a merendar y a ver la tele.

Hoy hace un tiempo estupendo, creo que nunca he vivido uno mejor. Ayer llovió y hoy el aire es fresco, a pesar del sol que nos golpea en la frente. No sé, puede que sea cosa mía, que me haya despertado particularmente contento o motivado y que por eso ahora crea que el tiempo es especial. Pero nunca he respirado un aire así, o eso creo. En Tokyo seguro que no... Por la mañana hemos bajado al pueblo todos juntos y hemos desayunado en una pastelería. Los croissants no es que fueran nada del otro mundo pero me ha gustado ver pasar a la gente junto a la terraza, y padre me ha comprado unas gafas de sol rojas muy chulas. A Sara le ha comprado otras, unas rosas con las lentes en forma de corazón. Estaba muy graciosa.

Volviendo al coche me he fijado en que, mientras Sara y yo hablábamos de nuestras cosas, padre y Ada se han cogido de la mano. Caminaban unos pasos por detrás de nosotros y les he mirado de reojo. Sara también lo ha visto. Ninguno de los dos ha dicho nada.

Al volver a casa le he dicho a Sara, mientras jugábamos en el jardín y padre y Ada preparaban la comida:

–Padre y Ada estaban muy enamorados. Pero entonces padre conoció a madre y...

–¿Qué dices?

–Que mi padre conoció a mi madre y entonces Ada e dejó.

–Eso es imposible.

–Te digo que es verdad.

–¡Cállate! Seguro que Ada es mucho más guapa que tu madre.

–¿Y tú que sabrás, si nunca la has visto?

–Seguro que tu madre es una vaca gorda...

–No vuelvas a decir eso.

–¡Una vaca gorda! –Ella me señala y dibuja una horrible sonrisa juiciosa y cruel–. ¡Tu madre es una vaca gordísima! ¡Obesa!

Una fuerza me domina y se concentra en mi pecho. Sin poder pensar, sin tener tiempo para hacerlo, echo el brazo para atrás y arremeto contra ella. La bofetada produce un sonido elegante y poderoso. Ella se lleva la mano a la cara, y me mira con ojillos de conejo.

Yo digo, casi sin respiración:

–Tú... tú te lo has buscado.

Los eventos caen a mis pies como una cascada: ella se va llorando y

vuelve mi padre, con el gesto torcido, sorprendido por las palabras de la niña: «¿es eso cierto, Omi? ¿Has pegado a Sara?»

Yo me mantengo en pie, firme como un soldado del Emperador. Asiento y bajo la mirada, y veo el rostro de mi padre tornándose rojo y violento. Se acerca a mí con el brazo en alto.

La voz de Ada se interpone entre su bofetón y mi cara: «Para, para...», y él se relaja, sus músculos se destensan y vuelve a mirarme tranquilo, como si despertase de una hipnosis fugaz.

Voy castigado al cuarto y allí pienso en madre y en Tokyo, en la escuela y en mis amigos, en Shinya, en el olor de la casa de Hideto cuando vamos a visitarle. Tengo unas ganas tremendas de vivir todo eso, que ahora parece de otra vida.

Sin embargo, por mucho que piense en ellos, solo veo el rostro de Sara, agarrándose el moflete como si se le fuera a caer. La vergüenza jamás ha venido a mí con tanta fuerza. Ahora los pensamientos a los que he acudido para pedir socorro se vuelven contra mí: Shinya me mira decepcionado, mi madre está enfadada, Hideto me mira por encima de las gafas sin acabar de creerse que haya pegado a una niña. Qué vergüenza, que deshonor. Incluso el Emperador y la Emperatriz me observan con desprecio desde el trono. Pienso que no debo volver a Japón, que debo vagar por estas montañas por el resto de mi vida y restaurar el honor de mi familia.

Entre lágrimas el sueño viene a mí, como un bote salvavidas. No sé cuanto tiempo paso dormido, pero despierto, y la escasa luz que entra por la ventana me dice que han sido unas horas. El cielo está nublado, vuelve a llover. De abajo llega la música; el sonido es de un piano, y creo que es Chopin, pero no estoy seguro.

Yo me quedo un rato pensando en si bajar o no. Mi orgullo me lo impide. Al poco, escucho los pasos torpes y vacilantes (siempre a punto de tropezar) de Sara. Ella entra en la habitación. Yo me hago el dormido.

–¿Omi...?

Yo me quedo quieto, procuro no respirar. Ella viene corriendo y se lanza encima de la cama.

–¡Ay!

–¿Por qué no contestabas?

Me sorprende su capacidad para olvidarlo todo.

–Es que estaba durmiendo...

–Sí, ya...

–Te digo que sí.

–Vale, vale... ¿Bajas a merendar?

–No...

–Hay madalenas y helado.

–¿Helado de qué?

–De *cookies*. Si vienes te lo dejo a ti.

Intento mirarle a los ojos y pedir perdón, pero si lo hiciese, puede que ella me preguntase: «¿Perdón? ¿Por qué?».

Al final, bajamos las escaleras juntos, y ella está a punto de caer un par de veces. No sé cómo puede ser tan así.

Le digo:

-¡Ten cuidado!

Entonces le cojo la mano, por primera vez. Para que no se caiga. Ella toma mi gesto como algo natural, que no merece más atención ni posee significado especial. Es posible que, dentro de muchos años, recuerde este instante. Es posible que vuelva a él en momentos de pena, o de angustia, cuando necesite cobijarme en los momentos más felices.

Ahora ya pasan todo el tiempo juntos, y no disimulan nada. Yo me alegro por mi tía, porque está contenta y al mismo tiempo se ocupa de mí. Eso es lo que me importa, y no me siento culpable por ser un poco egoísta, porque veo que todo el mundo lo es un poquito.

César se porta muy bien con ella y la hace reír todo el tiempo. Se me hace raro, porque yo a él le acabo de conocer pero ellos siempre se están diciendo: «¿te acuerdas cuando...?», «¿Recuerdas ese día...?» o «¡No te creerás a quién me encontré el otro día en...!»

Y ella quizás dice: «Bufffff yo de lo que me acordaré siempre es de como saludabas a la señora Tamaki, ¿recuerdas?»

Y él, con cara de idiota y los ojos chispeantes: «¡Hola, hija de perra!»

Ella le da un toque en el hombro por decir esas cosas delante de nosotros, pero no puede evitar reírse y menear la cabeza. Está muy contenta, mi tía.

Luego hay momentos raros: esta mañana Omi estaba leyendo el periódico en el sillón, como un señor mayor. Yo le he dado un codazo a mi tía para que le mire, porque era gracioso. Ella se ha reído, pero en un instante su rostro se ha congelado y se ha acercado a él, lentamente, como si fuera un espíritu. Se ha agachado y le ha dado un beso en la mejilla y le ha acariciado el pelo. Le miraba como si fuera un conocido muy querido, como si le quisiese tanto como a mí, como si le conociese de sus años en Japón, cuando él no había nacido aún. Luego Omi y yo nos hemos mirado y hemos reído, sin entender nada.

Hoy vamos al cine. Yo no sé si me apetece meterme en una sala oscura a ver una película de la que, probablemente, entienda poco más de la mitad. Además, llevo días que solo tengo ganas de recorrer los bosques y beber zumo de piña sin camiseta. Sara, sin embargo, está más contenta, porque la película la elige ella.

Así que vamos al centro comercial del pueblo y compramos palomitas, refrescos y chokolatinas.

La película me gusta, porque va de unos amigos que están en el bosque y descubren una serie de tesoros, y huyen de unos tipos malos que quieren el dinero a toda costa. Es predecible, pero me gusta la música y la actitud determinada del protagonista. No se rinde nunca, como yo. Sara se queda dormida a mi lado a los pocos minutos de empezar. Parece el abuelo.

Padre y Ada están justo detrás de nosotros. Él me va ofreciendo caramelos pero yo le digo siempre que no:

-He comido suficientes palomitas.

Cuando digo estas cosas Ada siempre me mira y sonrío. Me resulta una persona agradable y dulce, pero su actitud me desconcierta.

A media película me vuelvo para pedirle a mi padre un poco de agua con gas: veo que los dos están apoyados en la frente del otro, con los ojos cerrados. Me recuerdan a esos hombres y mujeres de Pompeya, atrapados en la ceniza solidificada del Vesubio, congelados en los últimos gestos de sus vidas. Una vez, en la escuela, vimos un documental sobre el tema. Si uno de los «caparazones» de la cordillera resultase ser un antiquísimo volcán durmiente y erupcionase con violencia justo ahora, arrasándolo todo en un radio de cuarenta kilómetros, los historiadores futuros escogerían la imagen que ahora ven mis ojos para relatar lo sucedido. No tengo duda alguna de que ambos se quieren con una profundidad que, muy posiblemente, yo no sea capaz de comprender jamás. No solo porque aún soy pequeño e ignoro mucho de lo que creo entender; es que nunca he visto un amor como este, ni siquiera entre madre y Hiroshi, aunque sé que se quieren mucho, ni tampoco en las películas. Tengo la sensación de que el suyo es un amor *peligroso*. De que podría estallar y hacer daño a todo el mundo. Veo en padre una expresión desconocida, insondable, como si Ada hubiese descifrado –o vuelto a descifrar–, el complejo código para dominar por completo su corazón. Veo sus rostros azulados por la luz de la pantalla y siento que comparten sus pensamientos y deseos más profundos con solo intuirse el uno a otro. Ahora, vistos así, parece que recuerdan juntos los albores de una vida pasada y feliz, y a la vez compleja y repleta de momentos amargos. Un amor sufrido y espinoso, semilla de tantas inseguridades, tantos miedos. Yo me pregunto si un amor como ese merece la pena, pero al mismo tiempo me siento intensamente atraído por lo que ven mis ojos. Es un terreno inhóspito y que parece lejano, pero me siento atraído hacia él como una pequeña embarcación cerca de un remolino.

Estos pensamientos abotargan mi mente, y al volver la vista hacia la pantalla me siento ligeramente mareado. Junto a mí, Sara sigue dormida, con la última barrita de un *kit-kat* en la mano.

Tumbado en la cama, bocarriba, busco en las vigas del techo formas que me resulten curiosas. Sara entra en la habitación. Lleva un pijama azul con del dibujo de una rosa en el pecho. Trae un vaso de leche con cacao. –¿Quieres un poco?

Le digo que no y ella se encoge de hombros. Se tumba de un salto en la cama de mi padre.

–¿Qué haces? –Le pregunto.

–¿Qué?

–¿Qué haces aquí? Ahí duerme mi padre...

–Ah, me ha dicho mi tía que hoy duermo contigo...

Me sorprende ser yo el dramático y ella quien se lo tome a la ligera. O es completamente indiferente a la situación o más ingenua de lo que por edad le corresponde. Tal vez sea porque Ada es su tía, y no su madre, y por mucho que le quiera no es lo mismo, no vive con ella. Ahora que lo pienso, yo tampoco vivo con padre. Solo dos fines de semana al mes. También me sorprende su indiferencia por dormir con un chico. Yo nunca he dormido con una chica. No es que esté nervioso, pero tampoco voy a descansar tranquilo.

-Buenas noches... -le digo.

-Buenas noches.

Un rato después, Ada:

-Oye.

-Qué.

-¿Tú qué crees que pasa entre mi tía y tu padre?

Me apresuro a decir, como si mis palabras pudiesen tener algún peso en la relación entre los dos:

-No sé, no sé...

Ella me pregunta un par de cosas más, pero yo dejo de contestar. Ella insiste, pero creo que al final consigo convencerle de que me he quedado dormido.

Pasan los minutos, las horas, qué sé yo, y comienzo a escuchar el silencio. Me gusta estar en esta casa, pero me inquieta, más bien me fascina extrañamente, acostumbrarme a un lugar tan tranquilo. Me deja muy solo conmigo mismo, y me doy cuenta de que no me conozco tanto como pensaba.

-Pero sé que no estás dormido, eh...

Poco después escucho un trueno lejano, y me quedo dormido de verdad. En la televisión silenciada pasan los anuncios sin que nadie atiende. César lee el periódico en el sofá, y Ada, con la cabeza apoyada en su regazo y tapada con una fina manta granate, lee un libro. Omi está en el sillón, con los auriculares: sujeta una pequeña libreta en la que realiza dibujos de forma frenética. Y yo me aburro, aquí de pie, esperando que deje de llover. Se supone que en verano hace sol, pero últimamente, venga a llover.

Mi tía me dice que lea un poco o que haga como Omi, pero que me calme y esté quieta. Yo me enfurruño, porque veo que va pasando el día y aún no he puesto un pie fuera de casa. Me enfado con ellos, como si fuese cosa suya. Me enfado sobre todo con Omi, que me ignora ahora que es cuando más me aburro. Cada vez que me acerco a él y hago algún gesto para que me haga caso me mira como si fuese una ardilla molesta y boba, meneando la cabeza y vuelve a sus estúpidos dibujos raros de robots y máquinas con cañones que escupen humo y metralla.

Y encima Ada se queda dormida: tiene la mejilla incrustada en las rodillas de César. El libro, abierto de páginas, reposa en la alfombra.

-¡Uffff, qué palo!

-No despiertes a tu tía... que está cansada

Por su voz parece que también está a punto de caer en un plácido sueño de tarde.

-Pues yo me aburro.

Y él dice, sin dejar de mirar el periódico.

-Ve a dar un paseo, anda.

Salgo de casa por la puerta de atrás. Allí hay un viejo porche cubierto por un toldo de tela negra. En el jardín hay hueco enorme de tierra. Veo cables gruesos y negros aquí y allá, sacos y placas blancas junto a la mesa del porche. César dice que sus padres, los abuelos de Omi, estaban

haciendo una piscina para el verano pero que al final los obreros se retrasaron y lo dejan para más adelante. Total, nunca vienen...

El aire húmedo invade mis pulmones y yo me siento más tranquila. Me pregunto qué hay más allá, en los bosques que aún no hemos explorado, y cómo se verán los que sí hemos conocido bajo esta lluvia. César dice que hay que tener cuidado con los bosques, que son muy peligrosos. Una vez, según él, se perdió con su amigo del alma, y sus padres tardaron un montón en encontrarlos. ¡Y eso que estaban a menos de doscientos metros! ¡Qué burros!

Piso el césped con un pie y siento el chaparrón en mi espalda y en la nuca. Me siento alegre, y llena de vida. Excitada, vuelvo a entrar en casa, en busca de algo que me proteja de la lluvia, Me gusta mucho escuchar a los The Blankets, sobre todo la canción *I want to make fun of your fat*. La letra es graciosa y la voz del cantante me recuerda a un chimpancé payaso. Dibujo mejor cuando escucho música, es como si los trazos me saliesen solos, sin tener que pensar en lo que dibujo.

En una esquina de mi campo visual percibo movimiento: me quito los auriculares y veo que padre y Ada hablan. Discuten: «Pero ¿cómo le dejas ir sola?», «¿No ves que es pequeña?». «Lo siento, lo siento...», «No pensé que se fuera a alejar».

Mi padre hace estas cosas, a veces. Es muy bueno, pero cuando piensa en él mismo se le olvida todo lo demás. No lo hace realmente *pensando solo en sí mismo*. Es más bien una reacción natural e inevitable. No sé cómo explicarlo, pero no creo que mi padre sea, en efecto, un egoísta. Alguna vez también se ha olvidado de mis cosas, como los partidos o las excursiones que hacemos juntos, pero luego se siente muy mal y pasamos más tiempo juntos del que habíamos planeado inicialmente. Alguien debería enseñarle que la vida no puede funcionar así, pero es mucho más de lo que un *verdadero egoísta* haría.

Yo no quiero que nadie hable mal a mi padre, ni le humille, por muchos errores que cometa, así que me pongo de pie y digo que vayamos a buscarla.

Padre me dice, malhumorado.

–Tú no. Tú te quedas aquí.

No me atrevo a contradecirle, pero en cuanto ellos salen, desaparezco por la puerta trasera. No me gusta desobedecer, porque soy un chico educado y lo suficientemente maduro para entender *–o tener fe en –* que los adultos saben mejor que yo lo que debe hacerse en cada momento. Pero, en este caso, sé que debo salir a buscar a Sara. Por muchas razones, aunque ahora no pueda ni sepa enumerarlas.

No soy capaz de escuchar mi propia voz; mis gritos se quedan en nada, y no sé si el viento y la lluvia los amortiguan o es que ni siquiera soy capaz de producir sonidos. El goteo frenético que me emocionaba se ha convertido en un arreón violento y despiadado. Me siento engañada por la lluvia, y me juro a mí misma que no volveré a sentir esa fascinación tonta por ella. Quizás sea esa la clave para madurar, usar paraguas y cobijarse en casa durante la tormenta. Es una pena que haya tenido que descubrirlo

así, de esta manera tan dramática. Mi padre siempre me dice que soy una cafre, que solo aprendo a base de golpes y caídas estúpidas. Puede que tenga razón.

Si miro hacia arriba las gotas arremeten contra mi cara, como si un dios de las nubes quisiese taparme los ojos antes de acabar conmigo, para ejecutar me. Yo trato de trepar por este sitio que no sé qué es, pero la vegetación crece hacia abajo, hacia mí. Es como tratar de escalar por un tobogán empapado. Por el otro lado también lo intento, pero no lo consigo. No puedo. Y cada vez que lo hago, cada vez que trato de escapar solo consigo que mis fuerzas se apaguen y mi ánimo decaiga. Me siento débil. Débil, tonta y muy poco afortunada.

Dentro de mucho tiempo pensaré en este momento, cuando viva con mi marido y mi hija en París, donde trabajaré como arquitecta en un estudio de la rue de Rivoli. Se me congelará el cuerpo al recordar lo cerca que estuve de no volver a ver la luz del sol. O, más bien, de lo cerca que estuve de morir. Porque seré madura, y de pensamiento crítico, analítica, y no me gustarán los eufemismos. Pero eso será dentro de muchos años. Ahora, no puedo pensar en la muerte. Solo tengo nueve años. Ahora puedo pensar, únicamente, en no volver a ver a mis amigas, en olvidar el olor de mis juguetes, en dejar este verano a la mitad. También pienso en Omi, en sus ojos oscuros y su piel cetrina, en su cabello mojado, en su cara de tonto, y en cuando escondió la bola de béisbol para engañarme. Creo que nunca he visto una lluvia como esta. Pienso en los tifones de Japón, que lo arrasaban todo, y no imagino cómo podrían ser más violentos que esto. Escucho violentos crujidos, y los latigazos que da el viento me cortan la respiración. No veo con claridad y tengo la sensación de que las gotas me rasgan la piel.

Camino no sé a dónde, cubriéndome el rostro con torpeza. No puedo detenerme.

Pienso en los samuráis, y estoy seguro de que muchos de mis antepasados más ilustres se vieron en situaciones mucho más duras que esta: no seré yo quien no esté a la altura de la saga Minami, desde luego. Madre dice que en la familia ha habido sobre todo médicos y lingüistas, pero yo estoy convencido de que sangre samurái corre por mis venas, aunque sea solo la mitad.

No puedo dejar a Sara. Ella es joven, pequeña. Y un poco idiota. No puedo concebir su dolor por que sería el mío. Me cuesta explicar esto, pero cuando sea mayor, dentro de muchos años y viva en Tokyo con mi esposa y mis dos hijos, recordaré este momento, este instante en el que me doy cuenta de que soy un hombre valiente, y de que, por fin, conozco el amor. Cada empujón del vendaval me inyecta fuerza, y yo le grito a la tormenta: «*ino me importa! ino me detendré!*». Hablo en japonés, pero estoy seguro de que la tormenta me entiende, porque de un momento a otro se vuelve más violenta y me empuja por varios lados. Yo corro, esquivando sus embistes como si fuesen los de un toro de Niigata.

Tengo la sensación de que el ciclón que me atropella arrastra una voz ínfima, muy lejana. Puede que sea una de sus tretas, para que de media vuelta y me esconda en casa. Me doy cuenta de que esta es una

tempestad diabólica, orquestada por algún *yūrei* u otro tipo de espíritu maligno. Aquí también los tienen, aunque los occidentales no los conozcan. Por algún motivo, esto me hace sentir orgulloso. Entonces, vuelvo a escuchar ese rumor que acompañaba al viento. Ahora, sin embargo, tiene voz propia, y mensaje:

«¡Ayuda, ayuda!»

No sé si es la voz de Sara, pero lo más probable es que sí. Cuando la vea le daré un empujón antes de abrazarla, para decirle, en primer lugar, que es una estúpida sin remedio, y también para que sepa que me preocupo por ella.

Me acuerdo del colegio, del color del uniforme. Nunca me había gustado, pero ahora tengo ganas de ponérmelo otra vez; la falda es de un rojo que parece corroído, como si estuviese oxidada. Pero ahora me doy cuenta de que es único, que es más original que el de otros colegios, que son casi todos azules o verdes. También tengo ganas de volver a escuchar el sonido que hacen las pelotas de baloncesto al botar en el parqué, y de probar esas judías que nos dan a la hora de comer, que nunca me han gustado pero ahora se me antojan sabrosas como el pollo frito. Quiero mermelada. Quiero azúcar, películas de Disney, cepillo de dientes, limonada, Eros Ramazzotti, clases de inglés. Quiero ver los caparazones a primera hora de la mañana y desayunar con Omi y con mi tía. Quiero seguir aquí cuando empiece el otoño. Quiero crecer muchos años de sopetón pero habiendo disfrutado de todos y cada uno de ellos. Quiero que alguien me diga que soy guapa cada día y besar a un chico que se parezca a Joe Jonas. Quiero salir de aquí y darme una ducha caliente, y luego beber chocolate caliente mientras mi tía me abraza, y que Omi me observe desde la distancia con su mirada tranquila, cálida y protectora, como a de un fantasma bueno y presente.

Ahora me elevo en el aire y mientras el mundo se mueve.

«Quiero ir a casa, tengo deberes...»

Calla, calla, ya está... Es que eres una tonta...

Vuelvo a casa. Despacio. Ni siquiera sé si esta es la dirección, pero ya está conmigo. Ya la tengo entre mis brazos. Es como si la llevase a la habitación porque se ha quedado dormida en el sofá, viendo *anime*. No pesa nada, y me siento fuerte. Soy un auténtico samurái, y quien quiera negarlo deberá pasar por mí.

Empiezo a estar cansado, pero, por suerte, entre la bruma, aparecen padre y Ada. Les acompañan dos hombres con uniforme de guarda forestal. Están todos empapados, pero solo los forestales se pasan la manga por la frente y se tapan la cara. Ada y padre parece que no se mojen. Ada agarra a Sara como si fuese un muñeco, y le mira a los ojos entrecerrados.

Le dice que es una idiota, pero también le pide perdón y la sacude como si fuese una botella de leche con cacao, hasta que la despierta. Sara (¡la muy idiota!) se pasa la mano por la cara como si acabara de despertar de la siesta.

Estamos los cuatro de rodillas, ella en el centro. Las ramas de un árbol viejo nos cubren de aquella manera, y los otros dos hombres nos miran

pasmados, como si fuésemos espíritus perdidos en el bosque para toda la eternidad y fuésemos a desaparecer delante de sus narices.

Ada abraza a Sara con todas sus energías, como si quisiese introducirla en su cuerpo. Padre abraza a Ada y le besa la mejilla. Le dice: «te quiero, te quiero mucho... Nunca más me alejaré de ti. Nunca más». Los tres se funden en uno solo, se convierten en una especie de animal, de engendro superior, *mitad* padre, *mitad* Sara y *mitad* Ada, si es que algo puede tener tres mitades.

Me siento como en una película. Padre estira el brazo y me agarra, me atrae a esta nueva bestia que ahora tiene *cuatro mitades*. Es extraño; a pesar de la humedad, la intensidad y la ventolera percibo el olor fresco de Sara en su cuello. En este preciso instante me siento más en casa de lo que me he sentido en la vida, de lo que me sentiré jamás. Será siempre un lugar cálido al que regresar después de un largo y tortuoso viaje. Pasarán las décadas y se sucederán los momentos que conformarán mi vida, y yo, justo antes de morir, veré las caras húmedas y llorosas de padre y Ada y la mirada atontada, terriblemente hermosa, de Sara, y sentiré el viento en mi espalda, en mis brazos, en mi pelo.